

La voluntad encarcelada

Las 'luminosas trincheras de combate' de Sendero Luminoso del Perú



02
.3

José Luis Rénique

LA VOLUNTAD ENCARCELADA
LAS 'LUMINOSAS TRINCHERAS DE COMBATE' DE SENDERO LUMINOSO DEL PERÚ

La voluntad encarcelada

LAS 'LUMINOSAS TRINCHERAS DE COMBATE' DE
SENDERO LUMINOSO DEL PERÚ

José Luis Rénique

IEP Instituto de Estudios Peruanos

Serie: Ideología y Política 18

IEP EDICIONES

Horacio Urteaga 694, Lima 11 Telf. 332-6194 /
424-4856

Fax (51 1) 332-6173

E-mail: publicaciones@iep.org.pe

ISBN: 9972-51-087-5

Impreso en el Perú

julio, 2003

1,000 ejemplares

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú: 1501052003-3121

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este documento por cualquier medio sin permiso de los editores.

RÉNIQUE, JOSÉ LUIS

La voluntad encarcelada: las 'luminosas trincheras de combate' de Sendero Luminoso del Perú. Lima: IEP, 2003.- (Ideología y Política. 18)

SENDERO LUMINOSO/IDEOLOGÍAS POLÍTICAS/TERRORISMO/
PRISIONES/INSTITUCIONES PENALES/MAOÍSMO/PROBLEMAS
SOCIALES/PERÚ

W/ 04.04.02/I/18

A Blanca Rosa e Inés

Gracias

Contenido

Agradecimientos	11
1. Introducción	13
2. Tradición radical y voluntad senderista	20
La «patria criolla» en cuestión	22
En busca del partido	27
La hora de los amautas	29
La «nación aprista» y la tradición sumergida	33
De la ciudad al campo: Mariátegui el Ché y Mao Tse-Tung	40
Ayacucho: un Yenán andino	45
Tiempo de utopía	56
3. El Frontón: de «la cuota» a la «heroicidad»	58
La voluntad encarcelada	58
Abimael <i>versus</i> Alan	64
Poder civil. Solución militar	67
4. Canto Grande: vitrina de la revolución triunfante	72
El poder a la vuelta de la esquina	72
Comuna roja carcelaria	75
¡Masacre!	87

5. Yanamayo: la nueva gran decisión	92
Osmán Morote	92
Del «equilibrio estratégico» a la caída de la jefatura	97
«Acuerdistas» <i>versus</i> «felicianistas»: ¿guerra prolongada o etema?	108
Gonzalo cabalga de nuevo, o el topo sigue hozando	127
La batalla por la memoria: ¿una o varias verdades?	130
<i>Post-Scriptum</i>	140
6. Epílogo	143
7. Bibliografía citada	151

Agradecimientos

Este trabajo deriva de una ponencia presentada en el panel «Prisión política en América Latina» del Congreso Internacional de la *Latin American Studies Association*, llevado a cabo en Dalias, Texas, en marzo del 2003. A Carlos Aguirre de la Universidad de Oregon, organizador de dicho panel y sin cuyo estímulo este trabajo jamás hubiese visto la luz, mi agradecimiento. A mi hermano Arnaldo Rénique, igualmente, por alentarme a acompañarlo a visitar a los internos del pabellón 4B del penal de Miguel Castro Castro, Canto Grande, en una época de gran tensión. Ese es el origen remoto de este texto.

En junio del 2002, Eduardo Ballón Echegaray y Gino Costa Santolalla me proporcionaron ayuda crucial para la realización de este trabajo, que también agradezco encarecidamente.

En la realización de esta investigación he hecho uso de fondos provenientes del National Endowment for the Humanities «Extending the Reach» y del George N. Shuster Fellowship (Lehman College).

A Andrés Blondet, José Gonzáles Manrique, Gustavo Gorriti, Carlos Indacochea Espinoza, Ricardo Melgar Bao, Luis Pásara y Alberto Portugal, debo aliento, sugerencias y preguntas acuciosas que no siempre he podido responder a cabalidad. A Julio Cotler, cuyos comentarios y entusiasmo explican que este trabajo haya sido acogido por el Instituto de Estudios Peruanos, gracias igualmente.

Aunque no leyeron este manuscrito, agradezco a Forrest Collbum y Nelson Manrique enseñanzas importantes sobre el tema general del radicalismo latinoamericano y peruano.

A Elizabeth Acha y Carlos Iván Degregori de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación debo, la satisfacción de haber participado como consultor en el trabajo de dicho organismo en el altiplano. En esa condición acompañé a miembros del equipo regional del sur andino de la Comisión - Edgardo Rodríguez, Luz Herquinio, Percy Tapia. Raúl Salamanca. Ricardo Portocarrero e Iskra Chavez- en sus visitas al penal de máxima seguridad de Yanamayo, en junio del 2002. A todos ellos mi gratitud.

A mi madre -doña Juana Caycho de Rénique- en Lima, y a mi esposa e hija -Blanca Rosa Vílchez e Inés Rénique Vílchez- en Weehawken, les debo el calor de hogar vital para pensar y escribir. A Blanca Rosa, muy en particular, por la paciencia y el apoyo generoso de siempre.

Introducción

Virtualmente, la única manera de hablar directamente con Sendero es en prisión.
Robin Kirk (1991)¹

Dos DE MARZO DE 1982. Caía la noche en Huamanga cuando los pelotones guerrilleros comenzaron el ataque. No les tomó mucho tiempo controlar la ciudad. La cárcel departamental era su objetivo. Al final de la jornada 78, «camaradas» habían sido liberados y 168 presos comunes habían aprovechado la oportunidad para huir. No muy lejos de ahí en el cuartel Los Cabitos, las fuerzas del Ejército se limitaban a reforzar la vigilancia, esperando que en Lima, el alto mando decidiera si debían o no intervenir.²

Desdeñada por un presidente de la República de talante aristocrático. Enigmática o indefinible para sus primos hermanos izquierdistas, la insurgencia había avanzado con insospechada fuerza a largo de las serranías ayacuchanas. Se había iniciado el 18 de mayo de 1980 -con la ya célebre quema de ánforas electorales en el pueblo de Chuschi- el día en que se celebraban comicios presidenciales luego de 17 años de gobierno militar. El asalto a la cárcel de Ayacucho la pre

1. Robin Kirk, *Grabado en piedra. Las mujeres de Sendero Luminoso*, Lima, IEP, 1993, p. 54.
2. Para una reconstrucción del ataque a la cárcel de Ayacucho, véase Gustavo Gorriti. *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*, Lima, Editorial Apoyo, 199°, pp. 253-266.

sentaba como una amenaza extra regional y acaso nacional por primera vez. El hecho evidenciaba, para comenzar, la derrota de la policía, cuyos efectivos, frente al avance de los subversivos, habían ido confinándose a sus cuarteles urbanos. Los acontecimientos del 2 de marzo de 1982 demostraban cuán vulnerable era la fuerza policial ante un grupo de atacantes decididos y protegidos por la penumbra nocturna. Comprensiblemente, el reelegido Fernando Belaúnde Terry se resistía a enviar al Ejército -quien lo derrocó en 1968- a la «zona roja» ayacuchana. En 1965, durante su primer gobierno, le había encargado combatir las guerrillas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Luego de barrerlas, el Ejército hizo lo mismo con él. Así, la democracia renacía cediendo el campo a quienes se habían preparado para dirigir una guerra campesina, con el trasfondo de una reforma agraria que había dejado múltiples bombas de tiempo que los insurgentes estaban dispuestos a detonar.

Temiendo incursiones similares en otros puntos de la República, el gobierno tomó la decisión de concentrar a los insurgentes capturados en el antiguo penal de El Frontón. Ubicado en un islote frente al puerto del Callao, por décadas había servido para poner fuera de acción tanto a los delincuentes como a los opositores políticos. El propio Belaúnde Terry había pasado ahí una breve temporada. Considerado obsoleto, fue cerrado en los años setenta. Con el senderismo en alza, su condición de isla pareció ofrecer garantías. En los meses subsiguientes, decenas de «delincuentes subversivos» serían trasladados al apresuradamente rehabilitado penal. Imposible sospechar entonces que ése sería el origen de algunos de los más dramáticos episodios de la «guerra popular» senderista, fundamentalmente porque en ágil adaptación a las nuevas circunstancias, el liderazgo senderista determinaría que la conquista desde dentro de las prisiones, más que el asalto desde fuera, era el camino a seguir. No importaba cuán exitosa hubiese sido la toma del penal ayacuchano. Un guerra prolongada y no golpes propagandísticos era lo que el partido buscaba. Y en esa lógica, la dinámica misma de la confrontación le entregaba un inesperado presente: un espacio de acción tras las líneas enemigas. La cuestión era cómo manejar

ese capital en función del alzamiento que el Partido Comunista del Perú (PCP) dirigía.

Avanzaba éste del campo a la ciudad. La prisión ofrecía la posibilidad de establecer una suerte de avanzada en el corazón de la capital, muy cerca del centro mismo del poder. Transformar las «mazmorras de la reacción» en «luminosas trincheras de combate» debía ser el objetivo. Poniendo en juego su férrea voluntad de lucha, los «prisioneros de guerra» senderistas revertirían la situación de separación de la sociedad que, supuestamente, la prisión garantizaba, para desafiar –desde su mismo patio interior- al poder constituido: una incomparable oportunidad para demostrar su ruina moral y su inviabilidad. Esa era la lógica subversiva. En ese terreno, ellos prevalecerían sobre sus captores, apelando a su superioridad ideológica y política, su valor, su disciplina y su capacidad de entrega. Desde los tiempos del «martirologio» del Partido Aprista Peruano -en los años treinta y cuarenta-, ninguna organización política se había propuesto en el Perú hacer un uso político similar del espacio carcelario. Es decir, hacer política desde el encierro.

Examinar la evolución de la concepción senderista del trabajo político carcelario es el objetivo de este libro, no como un segmento autónomo de su insurrección, sino como una de sus dimensiones fundamentales. De los muchos escenarios en la que ésta se desarrolló -situados en su mayoría en los confines rurales del país-, la cárcel aparecía como el más cercano y «visible» desde el exterior. Una ventana propicia, por ende, para apreciar al conjunto de la «guerra popular», para comprender su dinámica y su lugar en la historia contemporánea del Perú, en la cual, para muchos, no es sino un accidente o una maldición.

Producto de una organización de abigarrada constitución ideológica, la táctica carcelaria senderista fue racionalizada y sistematizada en diversos documentos políticos. Parte de esta exploración es, por lo tanto, textual. Entrevistas y el conocimiento directo del espacio penal añaden a esta exploración la dimensión humana, la cual, a su vez, permite plantear nuevas interrogantes a la fuente escrita. No es éste, sin embargo, un estudio etnográfico de la vida de los senderistas en

prisión. El uso político -simbólico tanto como real- de la cárcel, su redefinición como arena de lucha político-militar a manos de una organización insurgente, es el tema central de este ensayo. Tal análisis se realiza desde la perspectiva de quienes concibieron y protagonizaron dicha redefinición: el líder y estratega máximo de esa organización, los dirigentes de las «trincheras luminosas de combate» -o LTC en los documentos senderistas- y sus soldados rasos cuya sangre proporcionaría la materia prima de la epopeya partidaria. Frente a las cosas humanas -siguiendo a Spinoza- ni reír, ni llorar, sino comprender. Esa es mi divisa.

La importancia de enfocar las intenciones humanas en el estudio de los movimientos revolucionarios -frente al excesivo énfasis concedido a los factores estructurales- ha sido recientemente subrayada por diversos autores.³ Comenzamos, por ello, examinando el desarrollo de la voluntad que se propuso emprender la audaz empresa política de transformar en «terrenos liberados» los lugares, precisamente, destinados a privar a los combatientes de su libertad. El punto de partida de esa política era la mente, la conciencia, la forja de un tipo de convicción capaz de llevar a la práctica con la mayor disciplina las acciones concebidas por la dirección. En circunstancias, más aún, en que el enemigo -la represión estatal contaba con todas las ventajas de su parte. De ahí que lo encarasen como un combate a ser definido, fundamentalmente, en el terreno de la superioridad ideológica y la fortaleza de carácter que de ello derivaba. Era ése el elemento que distinguía al PCP -usualmente conocido como Sendero Luminoso

3. Forrest D. Colburn, *The vogue of revolution in poor countries*, Princeton, Princeton University, 1994; Yvon Grenier, *The emergence of insurgency in El Salvador: ideology and political will*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, 1999; Eric Selbin, *Modern Latin American revolutions*, Boulder, Westview Press, 1993. En el caso de Sendero Luminoso, Cynthia McClintock, *Revolutionary movements in Latin America (El Salvador's FMLN & Peru's Shinning Path)*, Washington, D.C., US Institute of Peace Press, 1998, discute persuasivamente la futilidad de las teorías estructurales para explicar este caso en particular. Véase, asimismo, la crítica de Alan Knight a Theda Skocpol en -Social revolution: a Latin American perspective., en *Bulletín of Latin American Research*, 9: 2, 1990, p. 175-202.

(SL)- de sus congéneres de la izquierda peruana y latinoamericana: su apreciación del individuo como el máximo capital de su arsenal militar, el énfasis en su capacitación ideológica como factor clave de la transformación del militante en combatiente, el uso de la autoinmolación como un instrumento político, en una época en que una serie de corrientes maoístas post-Mao planteaban que el camino a la liberación universal pasaba por librar guerras «tercermundistas», en las que acaso millones debían morir para que un nuevo orden pudiese emerger.⁴ «Barrer lo viejo para que nazca lo nuevo», aquel eslogan -repetido *ad infinitum* en aulas, asentamiento s humanos y comunidades campesinas a lo largo del país- sintetizaba bien el crudo radicalismo senderista que, traducido en acciones, envolvería al Perú en un inaudito ciclo de violenta confrontación.

No sólo en referencia al poder incitador de una ideología universal, sin embargo, es que examinamos aquí el tema de la voluntad. Tiene ésta, asimismo, una densa historia local: tradiciones políticas de larga data, las cuales establecen lenguajes y categorías mentales que hacen posible la comunicación entre los individuos a través del tiempo y las generaciones. Voluntad y tradición política, por ello, son los temas iniciales de este análisis. Si pensamos en la tradición como una suerte de arsenal sedimentado a través del tiempo, la voluntad es la mano que hurga sus anaqueles en busca de implementos para combatir.

4. Es la versión que de la visión maoista post-Mao difunde actualmente el “camarada Prachanda”, (“Red flag flying on fue roof of fue world. Inside the revolution in Nepal: interview with Comrade Pachandra”, Chicago, RCP Publications, 2003, p. 35), líder e ideólogo de la “guerra popular” nepalesa a la que diversos autores atribuyen rasgos similares a la andina, tal como lo aseveraron diversos ponentes durante el evento “Andean and Himalayan maoist movements: a comparative workshop on social conflict in Peru and Nepal”, Universidad de Cornell, Ithaca, Nueva York, el 12 y 13 de abril del 2003. Véase también, R. Andrew Nickson, “Democratisation and the growth of communism in Nepal: a Peruvian scenario in the making?”, en *Journal of Commonwealth and Comparative Politics*, vol. 30, núm. 3, noviembre 1992, pp. 358-386. Véase por último los documentos del Movimiento Internacional Revolucionario, como “Long live marxism-leninismmaoism!”, diciembre 26, 1993.

Examinamos, a continuación, la vertiginosa historia de las LTC. El Frontón es el primer escenario de la conquista desde dentro de los penales peruanos. Ahí el concepto se probó y se desplegó por primera vez. Su destrucción, en junio de 1986, marcaría el paso a la fase siguiente de dicha historia. Animada por los sobrevivientes de la isla -portadores de la aureola de «heroicidad» que de su resistencia emanaba-, en el penal de Canto Grande, entre 1987 y 1992, la idea de la LTC alcanzaría su más depurada expresión. Sentían los senderistas, por aquel entonces, que tenían la victoria al alcance de la mano. En 1992, sin embargo, volvieron a pagar con sangre su singular audacia: una nueva masacre y un nuevo traslado. En el penal de máxima seguridad de Yanamayo, en las proximidades del lago Titicaca, la voluntad senderista sería puesta a prueba durante sus años de derrota militar, iniciados con la caída del líder en septiembre de 1992. La cárcel, a partir de entonces, devino un espacio fundamental en la lucha por la sobrevivencia del partido y en la búsqueda de un discurso «post-guerra popular», *ad hoc* para la era postfujimorista que hacia fines del 2000 se iniciaba.

La «cárcel senderista», en suma, vista como terreno de lucha de lo que Gustavo Gorriti denominó «la mayor insurrección en la historia del Perú». Vista, asimismo, como espacio de despliegue de la voluntad senderista; punto de llegada, a su vez, de una historia larga: la búsqueda secular del instrumento capaz de coadyuvar a la realización de la incumplida promesa de una tradición radical nacida en tiempos de la guerra con Chile. Un instrumento hecho de ideas y de voluntad, que permitiera lanzar la lucha por traerse abajo al Estado criollo -sucedáneo del colonialismo, soporte de la reproducción de la «feudalidad»-, desde el único lugar del que una ruptura tal podía proceder: la «milenaria» rebeldía de las «masas» rurales andinas. De Juan Bustamante a Manuel González Prada y de éste a Luis de la Puente Uceda, generación tras generación, muchos definieron su existencia en tomo a dicha búsqueda. Una búsqueda que Abimael Guzmán llevaría a su punto extremo en su personalizada versión de una «guerra popular» del campo a la ciudad inspirada en la revolución china. Su explosiva propuesta, por lo tanto -como diría el

historiador Steve J. Stern, nació “desde dentro”) y “en contra” de la historia del Perú,⁵ como sus LTC “desde dentro” y “en contra” del Estado peruano: la prisión como una metáfora del país.

Weehawken, 18 de mayo del 2003

5. “Introducción a la parte I”, en Steven J. Stern. Editor, *Los senderos insólitos del Perú. Guerra y sociedad. 1980-1995*. Lima. IEP-Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, 1999. pp. 30-37.

Tradición radical y voluntad senderista

*...el Perú esencial, el Perú invariable no fue, no pudo ser
nunca sino indio*

Luis E. Valcárcel (1927)¹

MIRADO DESDE FUERA, Sendero Luminoso (SL) es el producto de la expansión mundial del maoísmo en su versión radicalizada, aquella de los tiempos de la Gran Revolución Cultural Proletaria que barrió los campos y las ciudades chinas entre 1966 y 1976. Hay, de otro lado, naturalmente, procesos internos que explican su surgimiento y expansión. Si en la comprensión y sistematización de la historia política las tradiciones son una suerte de nevaduras o cauces que canalizan el aluvión de la memoria, si representan éstas «la ordenación de la materia bruta del pasado»,² SL es el sedimento de una historia de larga data -la búsqueda de un modelo de relación entre mestizos e indios-³ que en las décadas finales del siglo XIX se traduce en una «tradicón radical» que, como un río subterráneo,⁴ reco

1. Luis E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, Lima, Biblioteca Amauta, 1927, p. 116.

2. Karen Sanders, *Nación y tradición. Cinco discursos en tomo a la nación peruana 1885-1930*, Lima, PUCP-Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 83.

3. Véase al respecto, Manuel Marzal, «Del paternalismo colonial al moderno indigenismo en el Perú», en Miguel León Portilla *et al.*, *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*. vol. 2. Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1992, pp. 127, 152.

re el siglo xx hasta diluirse ante nuestros ojos en las postrimerías del milenio. Entre los acontecimientos que le dan origen podría mencionarse los siguientes:

- (a) La frustración con respecto al liberalismo: oportunidad democratizante desde 1821, devenido excluyente y «oligarquizado» hacia el decenio de 1870.
- (b) La derrota ante Chile en la guerra del Pacífico (1879-1883) que suscitó una crisis profunda de la «patria criolla».
- (c) El rumbo tomado por la reconstrucción de post-guerra: hacia fuera, dependiente, de espaldas a la sierra, a la cultura andina.
- (d) La frustración que la «revolución pierolista» de 1895 significó: apoyada por sectores medios del interior de la República, contra Lima, contra el curso «exportador» de la reconstrucción de post-guerra y, a fin de cuentas, preludio de la llamada «República Aristocrática».

De aquellas experiencias quedó, para un sector de la intelectualidad peruana, una lección fundamental: que para ser una nación moderna, el Perú debía reencontrarse con su eje histórico andino, con el verdadero protagonista de su historia, los indígenas -el «pueblo» perdido de los liberales-, y que su alma no podía ser otra que el glorioso pasado incaico, sistemáticamente desdeñado por los «hijos de los encomenderos» en el poder. Que, por ende, la fuerza capaz de generar tal reencuentro debía provenir de los confines andinos, donde el legado del «pasado milenario» truncado por el conquistador se mantenía vivo, a la espera de su reivindicación. Certeras o ficticias, apreciaciones tales sirvieron para entretejer una visión alternativa de nación, un horizonte impugnador, ora latente ora explícito, traducible en un discurso político en coyunturas particulares -de crisis e irrupción de masas- en que las ideas descarnadas protagonizaban «encuentros radicales con

4. La imagen del “río subterráneo” fue sugerida por el historiador cuzqueño José Tamayo Herrera para el caso del indigenismo cuzqueño, en un texto imprescindible para el estudio de los intelectuales peruanos. *Historia del indigenismo cusqueño. siglos XVI-XX*. Lima. Instituto Nacional de Cultura. 1980.

la sociedad». ⁵ Así, la densidad de los debates intelectuales mestizos en torno a la «cuestión del indio» -la particular densidad de «lo colonial» en última instancia- tanto como la existencia de grandes «masas campesinas» explican, en perspectiva, el singular arraigamiento que el maoísmo alcanzaría en el Perú de los años setenta. La voluntad senderista de la que hablamos es hija legítima de ese proceso.

La «patria criolla» en cuestión

El puneño Juan Bustamante (1808-1868) es, en esta historia, un referente importante para reflexionar sobre la impotencia del liberalismo peruano del siglo XIX y los caminos que abrió su frustración. Representante congresal por su tierra en varios períodos legislativos, autoridad política en diversos puntos del país, veterano de dos sangrientas insurrecciones liberales⁶ a las que había acudido con tropas indígenas aprestadas con su propio peculio, era asimismo un viajero impenitente, que -entre otros eventos memorables- había sido testigo de la revolución parisiense de 1848.⁷ Sus crónicas de viaje

5. Arif Dirlik, *The origins of Chinese communism*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, p. 264.
6. Sobre la historia del liberalismo peruano véase, Raúl Ferrero, *El liberalismo peruano. Contribución a una historia de las ideas*, Lima, Biblioteca de Autores Peruanos, 1958; Jorge Basadre, “Los hombres de traje negro”, en *Letras*, vol. 1, núm. 1, 1929, pp. 29-59; y Ulrich Mucke, “El liberalismo peruano después de Ramón Castilla: ideario y política de Manuel Pardo”, en *Homenaje a Félix Denegri Luna*, Lima, PUCP, 2000, pp. 558-570.
7. Juan Bustamante, *Apuntes y observaciones civiles, políticas y religiosas con las noticias adquiridas en este segundo viaje a la Europa por el peruano don Juan Bustamante*, París, Imprenta de Lacrampe y Cía, 1849 y *Viaje al Antiguo Mundo*, prólogo y selección de Ricardo Arbulú, Lima, Primer Festival del Libro Puneño, 1959. Para un perfil autobiográfico de Juan Bustamante véase Nils Jacobsen, “Civilization and its barbarism The inevitability of Juan Bustamante's failure”, en Judith Ewell y William H. Beezley, editores, *The human tradition in Latin America. The nineteenth century*, Wilmington, Delaware, SR Books, 1989, pp. 82-102. Para un análisis del contexto político nacional del movimiento, véase Carmen McEvoy, “Indio y nación: una lectura política de la rebelión de Huancané, 1866

trasuntan la decepción con su fe liberal de juventud y sus ilusiones de ver al Perú transformado en una nación moderna. Leal a sus convicciones, en sus años maduros asumió la defensa de las comunidades de la provincia puneña de Huancané frente al despotismo gamonal. Fundó para tal efecto la Sociedad Amiga de los Indios, impulsando en la propia capital de la República un importante movimiento de opinión: varios antiguos prefectos lo apoyaron, la prensa se hizo eco de la justicia de la demanda indígena,⁸ cabildeó asimismo contra las medidas represivas gestionadas por los terratenientes puneños en el Congreso de la República. El tono de su discurso evocaba el incumplido sueño liberal originario. Afirmaba querer ser nada más que un «verdadero republicano». Imaginó una Iglesia cuyos párrocos se casaban y formaban familias con el fin de dar ejemplo de moral y civilización a sus feligreses. Proclamó, por sobre todo, la sencilla y revolucionaria noción de que, no sólo «la asociación de los individuos moradores de la costa del Perú» sino también los «pueblos de indios» del interior eran elementos constituyentes de la nación. Así lo expresó en 1867 al calor de su campaña a favor de los indígenas de Huancané. Ni «hombres libres» ni «ciudadanos» podían ser éstos -manifestó-, si es que aún seguían arrastrando la «cadena del esclavo» que «para siempre debiera haber rodado en los campos de Ayacucho».⁹ Agotada su labor en Lima, retornó a Puno para luchar desde ahí contra el poder local. En la localidad de Pusi, acompañado de unos ochenta líderes comunales, cayó en manos de una partida annada comandada por el sub prefecto de Huancané: en la escuela del pueblo fueron quemados todos. Vivo todavía, Bustamante sería decapitado por un sargento de gendarmería.¹⁰ Enero de 1868. Pusi como límite geográfico y político de la posibilidad liberal: el triunfo del bárbaro poder local frente a la «civilizada» Lima.

1868”, en Carmen McEvoy, *Forjando la nación. Ensayos de historia republicana*. Lima, PUCP, 1999, pp. 61-118.

8. Todos estos materiales fueron reunidos por Bustamante en *Los indios del Perú* publicado en 1867.
9. *Los indios del Perú*, compilación hecha por Juan Bustamante, Lima 1867, pp. 8-9.
10. Emilio Vásquez, *La rebelión de Juan Bustamante*, Lima, Editorial Juan Mejía Baca, 1976, p. 206-207.

Quedará del acontecimiento una memoria doble: la de quienes esgriman el recuerdo de su muerte como un hecho aleccionador -el agitador liquidado por las propias «hordas sublevadas al persuadirse de su miserable engaño»-¹¹ y la de quienes venan su historia como la de un hombre justo que en defensa de los indios había llegado a enfrentarse a los miembros de su propia raza. Un hombre justo a quien -según la tradición oral- todavía podía vérselo «montado en su caballo negro, cruzando los cerros, galopando las pampas, subiendo las cuestas de Pusi y Taraco» en las «apachetas, en los atardeceres, detrás del arco iris, atravesando los ríos, esperando a sus tropas, a los campesinos pobres de las estancias». Vivo todavía porque «se ha juntado su cabeza con su cuerpo» gracias a que «una mujercita le había zurcido y curado sus heridas con llantén».¹² La apropiación mítica de la cruzada liberal de Bustamante: rasgo característico del pensamiento político andino,¹³ trasfondo ineludible del proceso formativo de la tradición radical.

La derrota peruana frente a Chile, una década después en la guerra del Pacífico (1879-1883), tanto como el curso de la subsiguiente reconstrucción, agudizana la percepción de un desfase profundo en la construcción nacional en su versión criolla. ¿Eran los indios culpables o víctimas de la debacle? ¿Eran ellos una rémora para la erección de la nación moderna o estaban llamados a ser, una vez liberados, sus agentes y constructores? En opinión del gran escritor limeño Ricardo Palma (1833-1919), la «causa principal» del fracaso de la «defensa de Lima» -tomada por el invasor en enero de 1881- había

11. La verdad en la cuestión indígena» (Apuntes), Arequipa, Tip. S. Quiróz, 1922, p. 8.

12. José Luis Ayala, *Yo fui canillita de José Carlos Mariátegui. (Auto) Biografía de Mariano Lanco Yura*, Lima, Kollao Editorial Periodística, 1990, pp. 165-66. Sobre la Visión andino-campesina de la política nacional véase Luis Miguel Glave, "Los campesinos leen su historia: un caso de identidad recreada y creación colectiva de imágenes (los comuneros canas 1920-1930)", *Revista de Indias*, 1990, vol. L, núm. 190, pp. 809-849.

13. El texto fundamental sobre la relación entre utopía y política en los Andes es el de Alberto Flores-Galindo, *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, Lima, Editorial Horizonte, tercera edición, 1988.

sido que la mayoría de sus defensores provenían de esa «raza abyecta y degradada, orgánicamente cobarde» que era el indio.¹⁴ Las mayorías indígenas eran más bien quienes formaban «el verdadero Perú», sostendría, por el contrario, Manuel Gonzáles Prada (1844-1918) -el gran impugnador novecentista de la «patria criolla»- a poco de terminada la guerra. La idea quedaba articulada: la consolidación de la nación peruana pasaba por terminar su exclusión. El reto no era menor. De hecho, en la década que prosiguió al retiro del invasor, sus principales dominadores, los terratenientes serranos, tomaron el control del Estado bajo el comando del general Andrés A. Cáceres. En su gobierno, con medidas como el contrato Grace, quedó establecida la matriz dependiente del desarrollo peruano posterior, basado por cierto, en la consolidación de los poderes locales provinciales.

Centralismo, dependencia, despotismo local, los males aborrecidos por liberales como Bustamente, extenderían su presencia, a partir de ahí, hasta bien entrado el siglo XX. La propia revolución de 1895¹⁵ -que en el interior del país había sido vista como una lucha en contra de aquellos males históricos- sería un peldaño más en la consolidación de aquel modelo, para muchos, insoslayablemente antinacional. Al llamado de Nicolás de Piérola -el gran caudillo populista del siglo XIX-, montoneras y guerrillas indígenas se habían alzado a lo largo de la sierra para luego converger sobre Lima derrotando en cruenta batalla nada menos que al Ejército Nacional.¹⁶ Contra

14. Ricardo Palma. *Cartas a Piérola sobre la ocupación chilena de Lima*. Lima, Editorial Milla Batres. 1979, p. 20.

15. Nelson Marique. *Yawar Mayu: sociedades terratenientes serranas 1879-1910*. Lima. Instituto Francés de Estudios Andinos-DESCO, 1988. Véase también Rory Miller. "The making of fue Grace contract: British bondholders and the Peruvian government. 1885-1890", en *Journal of Latin American Studies*. vol. 8, núm. 1. pp. 73-100.

16. Sobre las guerrillas indígenas durante el siglo XIX un texto imprescindible es el de Nelson Manrique. *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima. Centro de Investigación y Capacitación. 1981. Sobre las montoneras de 1895, véase Serena Fernández Alonso, "Las montoneras como expresión política armada en el camino hacia la constitucionalidad del Perú republicano. Siglo XIX", en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo L, número 1. 1963. pp. 163-180 y Manuel Jesús Obín. *Política peruana. Hombres y cosas*.

el militarismo y sus agentes locales se habían alzado los sectores medios provincianos. Los gobiernos civiles que prosiguieron, no obstante, dejarían intactas las bases regionales del Estado nacional, fomentando, más aún, una alianza agroexportadores-poder local de la que el Partido Civil sería el rostro institucional. El año 1995 en la memoria del interior quedaría como una traición. De ahí que, a lo largo de la etapa de regímenes civiles (1895-1919) conocida como «República Aristocrática», el «gonzalespradismo» -la corriente nacida de la identificación con el discurso impugnador de Gonzáles Prada- se convirtiese en el vehículo de la crítica provinciana del centralista Estado costeño.¹⁷ Toda una cultura literaria -incaísta, serranista, indigenista, anti-positivista- se erigiría en tomo a la brecha sísmica detectada por Gonzáles Prada, tenido como «apóstol» o «caudillo cultural» de su tiempo y más allá. De Clorinda Matto de Tumer (1854-1909) y Abelardo Gamarra «El Tunante» (1846-1824) a Abraham Valdelomar (1888-1919) y José Carlos Mariátegui (1894-1930), a través de estilos y generaciones, el «gonzalespradismo» operaría como una afiliación impugnatoria y radical, como una suerte de identidad alternativa para núcleos de *literati* esparcidos a través del discontinuo territorio nacional.¹⁸ Su discurso severo y denun

Apuntes de nuestro «Album Memoria». La revolución de 1894-1895. Reminiscencias y revelaciones. Lima, Imprenta de «El País», 1901.

17. Gerardo Leibner, «Pensamiento radical peruano: González Prada, Zulen, Mariátegui», en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, vol. 8, núm. 1, enero-junio 1997, pp. II-128 y David O. Wise, «La consagración de González Prada: maestros y epígonos, 1918-1931», en *Cuadernos Americanos*, vol. 250, núm. 5, 1983, pp. 136-172. Sobre la República Aristocrática, véase Manuel Burga y Alberto Flores-Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Lima, Ediciones Rikchay Perú, 1980; Pedro Planas, *La República Aristocrática: Lima*, Fundación F. Ebert, 1994; y Rory Miller, «La oligarquía costeña y la República Aristocrática en el Perú, 1895-1919», en *Revista de Indias*, 1988, vol. XLVIII, nos. 182-183.
18. De Abelardo Gamarra véase, *Ciudad de pelagatos*, Lima, Ediciones PEISA, 1973. Sobre Clorinda Matto de Tumer véase, Nelson Manrique, «Clorinda Matto y el nacimiento del indigenismo literario (*Aves sin nido* cien años después) », en *La piel y la pluma. Escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*, Lima, CIDIAG-SUR, 1999, pp. 29-58. Sobre el descubrimiento de Gonzáles Prada por la generación de Mariátegui y Valdelomar, véase Willy F. Pinto, *Manuel Gonzalez*

ciatorio, reproducido ad *infinitum* en publicaciones locales a través del Perú, proveería al arsenal radical con sus más efectivas armas retóricas.¹⁹ Faltaba el gatillo o detonador: la voluntad.

En busca del partido

En el sombrío período post-ocupación, Gonzáles Prada concebiría a una vanguardia de *literati* y pensadores como liderazgo nacional; un «partido radical de la literatura» que conduciría al país a cobrarse la revancha con Chile en la ruta a consolidarse como nación. La Unión Nacional fue ese partido cuya breve trayectoria sería una nueva frustración: fracasó el partido y quedó el «gonzalespradismo» como horizonte mental. Ideología, más que inspiración romántica, concluiría don Manuel, era lo que se precisaba. Exploró el anarquismo durante su periplo europeo (1891-1898).²⁰ Al retornar, las luchas obreras de comienzos del siglo XX alentaron aquella búsqueda. El «soplo de rebeldía» que «remueve hoy a las multitudes viene de

Prada: profeta olvidado (seis entrevistas y un apunte), segunda edición, Lima, Editorial Cibeles, 1985. Para una notable descripción del ambiente intelectual en la Lima del decenio de 1910 véase, Carmen McEvoy, «Entre la nostalgia y el escándalo: Abraham Valdelomar y la construcción de una sensibilidad moderna en las postrimerías de la 'República Aristocrática'», en *Forjando la nación. Ensayos de historia republicana*, Lima, PUCP y The University of the South, 1999, pp. 247-313.

19. Véase al respecto Manuel Valladares Quijano, «Movimientos intelectuales en provincias, 1900-1912-1933», tesis de magíster en literatura peruana y latinoamericana, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Escuela de Postgrado, Lima 1999. Agradezco al autor haberme permitido la consulta de este interesante trabajo de investigación.
20. Sobre la trayectoria de Manuel González Prada, véase, Luis Alberto Sánchez, *Nuestras vidas son los ríos: historia y leyenda de los González Prada*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones, 1977; Adriana de González Prada, *Mi Manuel*, Lima, Editorial Cultura Antártica S.A., 1947; y Hugo García Salvatecci, *Visión de un apóstol: pensamiento del maestro González Prada*, prólogo de Luis Alberto Sánchez, Lima, EMISA Editores, 1990.

pensadores o solitarios» escribió en 1905: las revoluciones, por lo tanto, «vienen de arriba y se operan desde abajo».²¹ Era el esbozo de una marcha hacia el pueblo que, en el caso de la masa indígena -la gran mayoría nacional-, encontraba su desafío mayor. Ésta, por ese entonces, reaccionaba ante el avance de la gran propiedad promovido por el crecimiento exportador. Decenas de «mensajeros» saltaban el cerco gamonal para llegar a Lima a demandar justicia. El gobierno nombraba comisiones investigadoras que eran recibidas por manifestaciones multitudinarias en diversas provincias de la sierra sur.²² Pedro Zulen (1891-1925), Dora Mayer (1868-1959), el sociólogo Carlos Lisson y el liberal arequipeño Francisco Mostajo (1874-1935), fundaron en 1909 la Asociación Pro-Indígena, verdadero sucedáneo de la Sociedad Amiga de los Indios de Juan Bustamante.²³ El «problema del indio» entró a la agenda nacional.

De los mismos partidos «oligárquicos» -demócrata y civilista-hegemónicos durante la República Aristocrática surgieron inquietudes «indigenistas» impelidas por un afán integrador. Víctor Andrés Belaúnde, Francisco García Calderón (1883-1953) y José de la Riva Agüero (1885-1944) -la llamada «generación del novecientos»- incidieron en la necesidad de desmontar el mecanismo gamonal despótico y depredador que desde la localidad atenazaba la consolidación republicana.²⁴ Uno de los suyos, Manuel Vicente Villarán (1873-1958), propuso dar protección legal a la comunidad indígena: «es el

21. Manuel González Prada, «El intelectual y el obrero», en *Horas de lucha*, Lima, Ediciones PEISA, 1969, pp. 51-60.

22. Véase al respecto José Urquiaga, *Indios (Puna 1916)*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina, 1977; y Erasmo Roca, *Por la clase indígena*. Lima, 1935.

23. Wilfredo Kapsoli, *El pensamiento de la Asociación Pro-Indígena*. Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas, 1980.

24. Sobre el pensamiento de la generación del novecientos véase Osmar González, *Sanchos fracasados: los arielistas y el pensamiento político peruano*, Lima, Ediciones PREAL, 1996; Luis Loayza, *Sobre el novecientos*, Lima, Hueso Húmero, 1990; César Pacheco Vélez, «El proyecto nacional de V.A. Belaúnde y su generación», en *Ensayos de simpatía. Sobre ideas y generaciones en el Perú del siglo XX*, Lima, Universidad del Pacífico, 1993, pp. 237-284; y Pedro Planas, *El 900. Balance y recuperación*, Lima, CITDEC, 1994.

contrapeso del caciquismo» escribió en 1907.²⁵ «¡Queremos patria!», demandó Belaúnde en 1914. El Partido Nacional Democrático que en 1915 ellos formaron -un intento de dar una salida ilustrada a la crisis del orden civilista-demócrata-, como la Unión Nacional antes -partido de intelectuales ambos-, no alcanzó a despegar.²⁶

La hora de los amautas

Más propicio para milenaristas que para letrados ilustrados era el ambiente que la guerra mundial y la revolución de octubre, de un lado, y las rebeliones indígenas, del otro, infundían en el Perú. En 1917, Teodomiro Gutiérrez Cuevas -un oficial militar inicialmente designado comisionado indígena por el mandatario demócrata Guillermo Billinghurst- se convirtió en líder indígena bajo el nombre de Rumimaqui, capturando con su gesto la imaginación de anarquistas y radicales. Como lo registró el joven periodista José Carlos Mariátegui, hasta la lejana Lima llegaba el eco de la rebelión: «La ciudad se agita, se estremece, se llena de angustia», y es que «debe andar por allí el general Rumimaqui con una tea encendida en la mano derecha». Y mientras sus seguidores «sueñan con la restauración de su mascaipacha simbólica», en la capital «tenemos arte incaico, teatro incaico, música incaica». Se diría -concluyó el cronista- «que asistimos a un renacimiento peruano».²⁷ El Comité Pro-Derecho Indígena Tawantinsuyo, con subcomités a lo largo de las sierras sur y central, fue el más destacado producto de la confluencia de «militan

25. Manuel Vicente Villarán, «Condición legal de las comunidades indígenas», en M.V. Villarán, *Páginas escogidas*, Lima 1962, pp. 3-8.

26. Sobre la breve historia del PDN véase Carmen McEvoy, *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*, Lima, PUCP, 1997, p. 412 y siguientes.

27. José Carlos Mariátegui, «Minuto solemne (*voces*)», 25 de abril de 1917, en *Mariátegui total*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, pp. 2901-2903. Para un perfil de Rumimaqui véase, Carlos Contreras y Jorge Bracamonte, «Rumi Maqui en la sierra central. Documentos inéditos de 1907», Documento de Trabajo núm. 25, Lima, IEP, 1988.

tes» y «mensajeros» indígenas.²⁸ Fue alentado, incluso, por el propio gobierno modernizante de Augusto B. Leguía (1919-1930) que, en su pugna contra la República Aristocrática, hizo del indigenismo la ideología oficial en sus primeros años en el poder.²⁹ Sus aliados indigenistas le imprimieron discursos en quechua en que el aparecía como la reencarnación de Wiracocha.

La intelectualidad regional se sumó al entusiasmo proindio. Bergsonianos, intuicionistas, anti-positivistas, sintieron que podían captar el espíritu de un resurgimiento andino que los «racistas científicos» negaban: «nuevos indios», cultos y nacionalistas, emergerían -según Uriel García- como los verdaderos forjadores de la nación. En la comunidad indígena -a ojos del piurano Hildebrando Castro Pozo- estaba el embrión de la futura cooperativa socialista.³⁰ Desde el siglo XVI, el Perú -según Luis E. Valcárcel- había vivido «fuera de sí», consumiendo los «frutos podridos» de una civilización decadente. A su debido tiempo llegarían las «huestes tamerlánicas» encargadas de practicar «la necesaria evulsión». Ni los despreciables mestizos, ni Lima con sus «chinerías» y sus «zamberías», nada en la «femenina» costa podría detener el gallardo resurgimiento de la «masculina» sierra. Si la «generación del novecientos» había delineado el paradigma de una nación mestiza, para la «generación del centenario» la nación surgiría de una inevitable polarización: de los Andes «irradiará otra

28. Véase al respecto, Wilfredo Kapsoli, *Ayllus del sol. Anarquismo y utopía andina*, Lima, Ediciones Tarea, 1984; Manuel Burga, «Los profetas de la rebelión, 1920-1923 (imaginación y realidad en una sublevación andina)», en J.P. Deler e Y. Saint-Geours, compiladores, *Estados y naciones en los Andes (hacia una historia comparativa: Bolivia-Colombia-Ecuador-Perú)*, vol. II, Lima, IFEA-IEP, 1986, pp. 465-517; y Gerardo Leibner, «Radicalism and integration: the Tahuantinsuyu-Comrnitee experience and the *Indigenismo* of Leguía reconsidered. 1919-1924», (ms.).

29. José Luis Rénique, *Los sueños de la sierra*, Lima, CEPES. 1991, capítulo 3.

30. José Uriel García, *El nuevo indio. Ensayos indianistas sobre la sierra surperuana*, segunda edición corregida, Cuzco. H.G. Rozas Sucesores, 1937; e Hildebrando Castro Pozo, *Del ayllu al cooperativismo socialista*, Lima, Ediciones PEISA. 1973.

vez la cultura»; la sierra, a fin de cuentas, «es la nacionalidad». Luis E. Valcárcel, 1927.³¹

De retorno de Europa -imbuido del espíritu de «crisis de Occidente» y de «resurgimiento de los pueblos orientales»-, José Carlos Mariátegui percibió en esa prédica indófila el material espiritual y cultural que permitiría al socialismo entroncar con la demanda indígena.³² Si Valcárcel y sus amigos habían logrado captar el contenido mítico del pensamiento andino y el socialismo era una «planta exógena» requerida de aclimatación, en la fusión de ambos estaba el sendero hacia la nación moderna. De hacer este encuentro realidad se encargaría una vanguardia docta en las ideas de avanzada y a la vez sensible a los impulsos telúricos del mundo del Ande, una suerte de «amautas» de nuevo tipo. Como los «jóvenes turcos» de Ataurk y los Meiji del Japón, creía Mariátegui, coadyuvarían estos -fusionando mito y marxismo, tradición y modernidad- a la forja de una gran voluntad colectiva genuinamente nacional.³³ Es decir, del «pensador solitario» del González Prada de 1905 al esbozo del partido como «estado mayor» de artistas e intelectuales. En el caso del Cuzco la fusión comunismo-indigenismo dio sus primeros pasos.³⁴ Corriendo contra el tiempo, en octubre de 1928, fundó Mariátegui el Partido Socialista que a poco de su muerte -en abril de 1931- cambiaría de nombre a Partido Comunista, adoptando una línea clasista opuesta al «valcarcelismo» y cualquier otra tendencia

31. Luis E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, p. 120 y p.107.

32. Sobre Mariátegui y el indigenismo, véase Manuel Aquézo, recopilador. *La polémica del indigenismo*, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima. Mosca Azul. 1987. Sobre el debate indígena y nacional en general. Malgorzata Nalewajko. *El debate nacional en el Perú(1920-1933)*. Varsovia 1995. Sobre la vital relación entre vanguardismo e indigenismo, véase Cynthia Vich. *Indigenismo de vanguardia en el Perú. Un estudio sobre el Boletín Titikaka*. Lima. PUCP. 2000.

33. Véase por ejemplo. José Carlos Mariátegui. «Lo nacional y lo exótico», 1924, en *Mariátegui total*. pp. 289-291.

34. Véase al respecto. Carlos Ferdinand Cuadros. *La vertiente cusqueña del comunismo peruano*, Lima. Editorial Horizonte. 1990 y Julio C. Gutiérrez. *Así nació el Cuzco rojo*. Cuzco 1986.

«filoindígena» de la «pequeña burguesía intelectual». ³⁵ La voluntad había encontrado su instrumento; cultura e ideología. sin embargo, parecían divorciarse en la definición del camino de la revolución.

Para la tradición radical, los años veinte ³⁶ son un período crucial: la bisagra entre el *literati* y el militante, entre el «gonzalespradismo» y el marxismo, entre el cenáculo y el partido. De ahí su larga sombra a lo largo del siglo XX. El «mariateguismo» -uno de sus más refinados productos- operaría como texto fundamental de una propuesta socialista afincada en la comunidad indígena andina. Frente a la «generación del novecientos» se definieron los de la «generación del centenario» como un momento de ruptura con el formalismo académico y el «batiburrillo mental» de los «profesores de idealismo»novecentistas, ávidos más bien de «vida de militante» y pletóricos de «preocupación social». ³⁷ Ellos, la tradición letrada. Noso

35. La cita proviene de un documento del PCP de los años treinta. citado en J.L. Rénique, *Los sueños de la sierra*, p. 173. Sobre Mariátegui y el tema indígena véase Gerardo Leibner, *El mito del socialismo indígena de Mariátegui*. Lima, PUCP. 1999; Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*. Puebla. Editorial Autónoma de Puebla. 1985; José Aricó. *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. selección y prólogo de José Aricó. México. Siglo XXI Editores. 1978; y Alberto Flores-Galindo. *La agonía de Mariátegui*, Lima, DESCO, 1980.
36. Los años veinte en un sentido amplio, incluyendo los últimos años de la década anterior, cuando se produjeron el primer paro general obrero y la reforma universitaria y se sintieron en el Perú las reverberaciones de las revoluciones mexicana, rusa y, por supuesto, de la primera guerra mundial. Véase al respecto: Jesús Chavarría. «The intellectuals and the crisis of modern Peruvian nationalism: 1870-1919», en *Hispanic American Historical Review*, 50: 2. mayo, 1970, pp. 257-278; Jeffrey L. Klaiber. «The popular universities and fue origins of Aprismo. 1921-1924». en *Hispanic American Historical Review*, 55 (4), noviembre 1975, pp. 693-715; Juan Manuel Gamarra Romero, *La reforma universitaria. El movimiento estudiantil de los años 20 en el Perú*, Lima, Okura Editores. 1987; Peter Blanchard. *The Origins of the Peruvian labor movement*. Pittsburgh. University of Pittsburgh Press. 1982; y José Luis Rénique. «De *literati* a socialista: el caso de Juan Croniqueur. 1911-1919». en *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y. Javier Flores Espinoza y Rafael Varon Gabai*. editores. Lima. PUCP, 2002. pp. 157-178.
37. Luis Alberto Sánchez, *Balance y liquidación del 900*. Santiago de Chile. Ediciones Ercilla. 1941. p. 22 y siguientes.

tras, la «nueva generación antiimperialista».³⁸ Lo único rescatable de ese pasado letrado era González Prada. La lucha por la reforma universitaria (1919-1921) los había puesto frente a frente. La brecha se profundizó a lo largo de la década. Ruptura, vanguardismo, inflexión mesiánica, marcas indelebles de la tradición radical.

La «nación aprista» y la tradición sumergida

Hacia 1930, sin embargo, no sólo el «encuentro radical» se había disipado. El país entraba en una larga noche de dictaduras y «dictablandas» funcionales a la preservación del orden oligárquico-gamonal más allá de su propio impulso vital. En ese contexto, además de divorciarse, indigenismo y comunismo fueron perdiendo el filo impugnador. El primero, devino discurso antropológico -modemizante e integrador- desvinculado de la demanda indígena realmente existente.³⁹ El segundo, entretanto, tras lanzar al campesino Eduardo Quispe como candidato presidencial simbólico en 1931 y una heroica (aunque fracasada) incursión en los centros mineros de la

38. Víctor Raúl Haya de la Torre. «El pensamiento de la nueva generación antiimperialista latinoamericana contra el enemigo de fuera y contra el enemigo de dentro», discurso en París, junio de 1925. en *Obras completas*. tomo I. Lima, Editorial Juan Mejía Baca, 1884. pp. 73-79. Véase también. «La realidad del Perú», carta a Julio R. Barcos, Buenos Aires, 1925. en *ibid.*, pp. 59-72.

39. Sobre el curso del indigenismo luego de 1930, los textos imprescindibles son: Luis E. Válcárcel, *Memorias*, Lima, IEP, 1981; y José Tamayo Herrera, *Historia del indigenismo cuzqueño republican.* Lima, 1978 e *Historia social e indigenismo en el altiplano*, Lima. Editorial Treintaitrés, 1982. Sobre las contradicciones del indigenismo véase, Carlos Franco, «Impresiones del indigenismo», en *La otra modernidad (imágenes de la sociedad peruana)*, Lima, CEDEP, 1991, pp. 57-77; Deborah A. Poole, «Ciencia, peligrosidad y represión en la criminología indigenista peruana»; Carlos Aguirre y Charles Walker. *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX.* Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1990. pp. 335-367; Mirko Lauer, *Andes imaginarios. Discursos del indigenismo 2*, Lima, SUR-CBC, 1997; y Marisol de la Cadena, *Indigenous mestizos: the politics of race and culture in Cuzco, Peru, 1919-1991.* Durham y Londres. Durham University Press. 2000. capítulos 1 y 2.

sierra central, ⁴⁰ sufrió una cierta dispersión. En su versión costeña, el «comunismo criollo» tomaría la forma de una intelectualizada militancia pro-soviética o, en el mejor de los casos, de un obrerismo acomodaticio. ⁴¹ En su versión serrana, de otro lado, aparecía como un asunto de abogados y maestros de acendrado regionalismo indigenista, ajustado por lo demás a las viejas jerarquías. La tradición radical, más aún, sufriría su más importante desgajamiento, vinculado este a la emergencia de la otra gran figura de la «generación del centenario»: Víctor Raúl Haya de la Torre. ⁴²

De Trujillo -en la costa norte- al Cuzco -en la sierra sur-, acudió Haya a las fuentes de la tradición radical; enarbó sus ideas, se identificó con su espíritu: «la nueva comuna rusa es la vieja comunidad incaica modernizada» afirmó en 1925. Predijo, más aún, una revolución que, como una suerte de contraparte de la mexicana, tendría como escenario la Sud América andina. ⁴³ Deportado por el régimen de Augusto

40. Véase al respecto, Alberto Flores-Galindo, *Los mineros de Cerro de Pasco. 1900-1930. Un intento de caracterización social*, en Alberto Flores-Galindo, *Obras completas*, tomo 1, Lima, Fundación AndinaSUR, 1993, pp. 10-134; José Deustua y Alberto Flores-Galindo, «Los comunistas y el movimiento obrero», en *ibid.*, pp. 137-179; y José Luis Rénique, «¡Mueran los gringos, viva la huelga! Los mineros de la Cerro de Pasco Corporation en 1930», en *Márgenes* 4, marzo 1990, pp. 241-267.

41. «Sobre la .derechización» del Partido Comunista, véase Adam Anderle, *Los movimientos políticos en el Perú entre las dos guerras mundiales*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1985 y César Guadalupe, «El Partido Comunista Peruano de 1930 a 1942 ¿El período de Ravines?», en *Debates en Sociología*, vol. 12-14, 1989, pp. 101-128.

42. Para una biografía «hayista» del fundador del APRA, véase Luis Alberto Sánchez, *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua* (1934), tercera edición, Lima 1979. Dos excelentes estudios críticos del pensamiento hayista inicial son, Pedro Planas, *Los orígenes del APRA: el joven Hay*, segunda edición, Lima, Okura Editores, 1986; y Planas, Pedro y Hugo Vallenás, «Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo (aportes para una contextualización del pensamiento de Haya de la Torre)», en Raúl Chanamé, Pedro Planas, Hugo Vallenás, María Teresa Quiróz, *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*, Lima, Instituto Cambio y Desarrollo, 1990, pp. 96-220.

43. V.R. Haya de la Torre, «Carta a un universitario argentino», Londres, junio de 1925, en *obras completas*, tomo 1, pp. 80-89.

B. Leguía, a través de su largo exilio (1923-1931) Haya produjo una singular síntesis ideológica -el «aprismo»- que presentó como una alternativa de transformación frente al socialismo mariateguista. Jorge Basadre, el gran historiador peruano, captó mejor que nadie la esencia híbrida de lo que muchos denominarían el «hayismo»:

Como ideología, la Acción Popular Revolucionaria Americana aparecía, en mi concepto, mucho menos profunda, original y realista de lo que alegaban sus jefes y sus partidarios y de lo que han creído algunos comentaristas extranjeros, sobre todo norteamericanos. Representaba, a mi parecer, un producto típico de la primera guerra mundial. Del comunismo, al principio, estuvo muy cerca y de él captó inicialmente la visión catastrófica y palingénica del acontecer histórico. Bien pronto llegó a emanciparse, sin embargo, de la directiva rusa de ese partido y de su rigidez doctrinaria. Lógicamente, se orientó entonces hacia el acercamiento a ciertos aspectos del nacional-socialismo alemán, incluyendo algunos de orden coreográfico y escenográfico. Por otra parte, tomó inicialmente mucho del Kuo Ming Tang chino, del que, por cierto, adoptó la plataforma anti-imperialista. Se inspiró en la Revolución Mexicana para afirmar algunos postulados indigenistas y agraristas, muy tomados en cuenta por observadores benévolos del partido en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos, aunque sin real importancia en la trayectoria seguida por el aprismo dentro de la vida peruana, como se probó en su obra parlamentaria de 1945-46 y de 1963-68. Y presentó, eventualmente, algunos de los aspectos terroristas y de acción directa de grupos exaltados de Europa Oriental o del Cercano Oriente como la «Guardia de Hierro» rumana o el «Fadayam Islam» de Irán; andamiaje que se explica y acaso se justifica en parte por las persecuciones que sufrió y que el paso de los años ha borrado.⁴⁴

Híbridez ideológica y liderazgo altamente personalizado se dieron la mano para lanzar -en el contexto de irrupción popular de los tempranos años treinta- al Partido Aprista Peruano.

44. Jorge Basadre, *Apertura. Textos sobre temas de historia, educación, cultura y política, escritos entre 1924 y 1977*, Lima, Ediciones Taller, 1978, p. 465. Sobre el tema véase también, Jorge Nieto Montesinos, «Haya, Mariátegui y el comunismo latinoamericano: 1926-1928», en *Socialismo y Participación* núm. 35, septiembre 1986, pp. 49-69.

Su revolución se encarnó en el gran partido de masas que el Partido Comunista de Mariátegui jamás llegaría a ser. Acosado por la represión, no obstante, el aprismo terminó encerrado en la dinámica urbana, aprendiendo a sobrevivir en los sucesivos exilios, constreñido a los marcos de un «simulacro de nación» -fundamentalmente norteño- que de las catacumbas saldría nuevamente para conducir al Perú a su salvación: «¡Sólo el APRA salvará al Perú!», era el lema y saludo del aprismo clandestino de los años treinta y cuarenta.⁴⁵ En los años subsiguientes, el curso de su evolución doctrinaria lo separaría cada vez más del cauce radical, acrecentándose -hasta el punto de la violencia- el antagonismo entre apristas y comunistas.

Por la literatura, más que por la política, pareció discurrir por esos años lo medular de la tradición radical.⁴⁶ De la década del treinta a la del cincuenta es la fase subterránea de su historia. Una pléyade de poetas y narradores sostuvo el firmamento imaginario de lo andino como lo verdaderamente peruano: la forma latente de la tradición radical.⁴⁷ El derrotero de esta *petite histoire* hay que seguirlo a través de los densos acerbos literarios locales usualmente marginados de las «historias de la literatura peruana» concebidas en Lima. Y el rastro de su influencia hay que buscarlo en los discursos regionalistas impartidos por los maestros en las escuelas de las provincias andinas del Perú.⁴⁸ Sensible, brillante, atormentado, el escritor andahuaylinc -nacido y criado en el mundo quechua- José María Arguedas (1911-1969) emergió

45. K. Sanders, *Noción y tradición. Cinco discursos en tomo a la noción peruana 1885-1930*, p. 415.

46. Antonio Comejo Polar, *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Lima, CEP, 1989; Tomás Escajadillo, *La narrativa indigenista peruana*, Lima, Amaru Editores, 1994; y Goran Tocilovac, *La comunidad indígena y Ciro Alegria: Un estudio de El mundo es ancho y ajeno*, Lima, Ediciones de la Biblioteca Universitaria, 1975.

47. Sobre el peculiar proceso de la literatura peruana véase, Antonio Cornejo Polar, *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Lima, CEP, 1989.

48. Véase al respecto, Carlos Contreras, «Maestros, mistis y campesinos en el Perú rural del siglo XX» Documento de Trabajo núm. 80, Lima, IEP, 1996.

hacia 1960 como símbolo de todos ellos. La célebre mesa redonda sobre la novela arguediana *Todas las sangres* (Instituto de Estudios Peruanos, Lima, junio de 1965) dejó un precioso testimonio de las conflictivas visiones que del campo se tenía entre los intelectuales peruanos: entre los *literati* andinos representados por Arguedas y aquellos educados en el marxismo y las ciencias sociales.

A lo largo de la década anterior las migraciones de la sierra a la costa habían transformado la faz del país. La segunda desplazaba a la primera como la región más poblada del país. La urbanización se imponía sobre lo rural. El Perú, más aún, aparecía ahora como la nación mestiza prevista por Víctor Andrés Belaúnde. En esas circunstancias, ¿era real el mítico mundo de indios y señores que Arguedas presentaba o lo era más el de los campesinos clasistas que algunos sociólogos comenzaban a describir?⁴⁹ Lo indiscutible era el peso decreciente que la sierra iba teniendo en la vida del país: el problema del indio se había convertido en un asunto técnico-administrativo manejado por una oficina de «asuntos indígenas» o por proyectos como el Plan Nacional de Integración de la Población Aborigen. Analfabetos, además, la mayoría de sus pobladores estaban impedidos de votar. La ciudadanía era un bien alcanzable a condición de marchar hacia la ciudad. Los empleos, además, estaban en la costa. La política económica, asimismo, lejos de alinearse con la idea del «desarrollo hacia adentro» prevaleciente en otros países latinoamericanos, volvía a la ortodoxia liberal de tiempos de la República Aristocrática.⁵⁰ La sierra languidecía mientras tanto: la crisis agraria abarcaba ahora a comunidades y haciendas. Muchos hacendados comenzaron a pensar en que la salida era convertir a sus propiedades en cooperati

49. Guillermo Rochabrún, editor. *La mesa redonda sobre Todas las sangres*. Lima. PUCP e IEP, segunda edición, 2000. Sobre el sentir de los escritores de la época véase. Ciro Alegría. José María Arguedas y otros, *Primer encuentro de narradores peruanos. Arequipa 1965*, Lima, Latinoamericana Editores. 1965.

50. Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram, *Peru 1890-1977. Growth & policy in an open economy*, Nueva York, Columbia University Press, 1978. p. 149.

vas agrarias.⁵¹ En circunstancias tales, no era inusual que los políticos se refirieran a esta como una región ignota, confinada a la más acuciante marginalidad:

...en la población indígena perdura su oscura trilogía de mito, ignorancia y servidumbre. Y así, envuelta en el opio de todos estos complejos que nublan el criterio y lo despojan de perspectiva humana, la conciencia colectiva da la impresión de vivir ajena a las palpitaciones de nuestro tiempo y de abandonarse al vaivén de las circunstancias, sin encarar los deberes del futuro y con rezago evidente de nuestra evolución sociológica y estatal.⁵²

El año era 1955 y José Luis Bustamante y Rivero -defenestrado presidente constitucional en 1948- era el autor. Antes del fin de esa década, paradójicamente, los valles de La Convención y Lares estallaron en revuelta.⁵³ Y en los primeros años de la siguiente, varias provincias más a lo largo de la sierra siguieron su ejemplo: se multiplicaron los sindicatos agrarios y cientos de haciendas fueron invadidas. Belaúnde Terry -arequipeño como Bustamante- tuvo que recorrer toda la sierra del Perú ofreciendo una reforma agraria para poder ganar las elecciones de 1963. Un escritor limeño -Manuel Scorza (1928-1983)- hizo de las luchas agrarias de la sierra central una difundida saga literaria (*El redoble por Rancas, El jinete insomne, Garabombo, el invisible, El cantar de Agapito Robles, La tumba del relámpago*).⁵⁴ Durante mucho tiempo -señalaría Scorza-, hubo «el malentendido de los blancos que escribían novelas sobre los indios sin conocerlos,

51. C.F. Belón y Barrionuevo, *La industria ganadera del departamento de Puno y su economía social*, Arequipa 1945.

52. José Luis Bustamante y Rivero, «Mensaje al Perú», Lima 1955, p. 4.

53. Véase al respecto, Eduardo Fioravanti, *Latifundismo y sindicalismo agrario en el Perú*, Lima, IEP, 1974.

54. Tomás Escajadillo, «Scorza antes del último combate», en *Hispanamerica* 55, abril 1990. pp. 51-72. Sobre los movimientos campesinos de los sesenta, véase Manuel Burga y Alberto Flores-Galindo, «Feudalismo andino y movimientos sociales (1866-1965)», en *Obras completas*, vol. V, Lima, Sur, 1997, pp. 167-245 y Howard Handelman, *Struggle in the Andes: peasant political mobilization in Peru*, Austin, University of Texas Press, 1974.

es decir, desde fuera», hasta que recién «en la época moderna» se escriben libros desde «el interior de la sociedad indígena». En el caso peruano, «el primero fue Arguedas, y, el segundo, pienso que puedo ser yo». Y al hacerla, se habían encontrado con la épica misma -mítica, soterrada, incomprendida- de los Andes:

¿Sabe usted lo que a mí me parece, que es un novelista como puedo ser yo, o un novelista como Arguedas? Somos como hombres que estuviéramos soñando en una noche que ha pasado hace cien, doscientos o trescientos años, y, de pronto, nos hubieran despertado y hubiéramos empezado a hablar. Y este discurso completamente delirante y completamente desmesurado son nuestras novelas.⁵⁵

Casi como un personaje literario él mismo, Hugo Blanco -el gran agitador de La Convención- vinculó la lucha por la tierra con una vieja reivindicación cultural, perseguida antes por «nuestro padre: el indigenismo» de Circ Alegria, Luis E. Valcárcel y José María Arguedas. «Nosotros -continuó- partimos del punto al cual ellos habían llegado». «Como en las novelas de Arguedas», con la conquista de la tierra el indio se reencontraba, descubría su fuerza, delineaba la «forma india» del camino revolucionario, añadió Blanco. Y a quienes viesan en esto una actitud «chauvinista, regionalista, racista, y opuesta al internacionalismo revolucionario y aún a la integridad peruana» habría que responderles -sentenció- que para nosotros, los «indios revolucionarios», la única forma en que «podemos incorporamos a la humanidad es como indios», pues es «nuestra manera de ser gentes».⁵⁶ En el puño crispado de Blanco, la tradición radical retornaba a la superficie; demandando al «clasismo» comunista por lo demás, considerar la existencia de una cuestión étnica.

55. Manuel Scorza. «Sobre la irrealidad total, he puesto la realidad absoluta». Entrevista inédita (1979), <http://www.ucm.es/info/especulo/numero7/scorza.htm>

56. Rugo Blanco, *Tierra o muerte. Las luchas campesinas en el Perú*, México, Siglo XXI Editores, tercera edición, 1979. pp. 147 Y 148.

De la ciudad al campo: Mariátegui, el Ché y Mao Tse-Tung

Tras los múltiples encuentros de militantes y campesinos que se producían en diversos puntos de la sierra, actuaban las reverberaciones en el Perú de las revoluciones china y cubana. Revivía con ello el planteamiento de una revolución de base agraria. Los viejos partidos de los años veinte aparecieron, desde esta perspectiva, como obstáculos más que como instrumentos para la acción. Un grupo de jóvenes disidentes apristas y comunistas entrenados en Cuba encabezó, en 1965, un efímero movimiento guerrillero. Desvinculados del movimiento agrario -ya para ese entonces en situación de repliegue, terminaron internándose en las zonas selváticas del oriente peruano, seguras desde el punto de vista militar pero inservibles desde un punto de vista político. La gran lección habría de ser que, sólo cuando «los guerrilleros encuentren formas de operar en las sierras y en las descubiertas altiplanicies de la puna» -capitalizando así la «gran tradición montonera» supuestamente allí concentrada-, podría ser exitosa la lucha armada en el Perú.⁵⁷ Movimiento efímero, pero altamente simbólico, que conmovió a un medio intelectual abrumado por «la mediocridad de la vida cultural, la horrible Lima y la dureza de la vida».⁵⁸

Del fracaso del año 1965 surgió el impulso de la llamada «nueva izquierda», insurreccional, crítica del PC y de la vía

57. Héctor Béjar, *Las guerrillas de 1965: balance y perspectiva*, Lima, Ediciones PEISA, 1973, pp. 156-157. Véase también: León G. Campbell, «The historiography of the Peruvian guerrilla movement, 1960-1965», en *Latin American Research Review* 8 (1), 1973, pp. 45-70; Luis de la Puente Uceda, «The Peruvian revolution: concepts and perspectives», en *Monthly Review*, noviembre 1965, pp. 12-42; César Lévano, «Lessons of the guerrilla struggle in Peru», en *WorldMarxist Review* 9, 1966, pp. 44-51; Movimiento de Izquierda Revolucionaria «Manifiesto de Chiclayo-Segunda Declaración de La Habana», Lima, Ediciones Voz Rebelde, 1963; Manuel Jesús Orbegoso, «Un rebelde con causa» (entrevista a Luis de la Puente Uceda), en *MJO-entrevistas*, Lima 1989; y Américo Pumaruna (Ricardo Letts), «Perú: Revolución, insurrección y guenillas», en *Pensamiento Crítico*, La Habana, vol. 1, febrero 1967, pp. 74-128.

58. Miguel Gutiérrez, *La generación del 50: un mundo dividido*, p. 177 y p.185.

soviética, abierta a una variedad de tendencias ideológicas: trotskista, cristiana, socialista, campesinista, maoísta.⁵⁹ Una izquierda radical que, a lo largo de los años setenta, persistiría en el debate sobre la «vía insurreccional» revestida de la mística que emanaba la memoria de la entrega de jóvenes como Luis de la Puente, Javier Heraud, Máximo Velando, Guillermo Lobatón o Juan Pablo Chango Muchos años después, quienes se consideraban sus sucesores, seguirían viéndolos con extrema veneración: «Hablar sobre la nueva izquierda en su fase fundadora - manifestaría Jorge Nieto- es en extremo delicado», significaba «hablar de nuestros héroes, de aquellos que en su mayoría murieron para realizar sus sueños. ¿Qué derecho nos asiste a nosotros, hombres comunes, para intentar entrever sus circunstancias y reclamarles sus ausencias?». ⁶⁰ La «izquierda de los setenta», erigida sobre la «izquierda guerrillera» de la década anterior - según el viejo dirigente comunista Jorge del Prado-, «tuvo la virtud de hacemos comprender a los comunistas» el descuido en que se había incurrido al desatender «el análisis científico de la realidad», pero «no valoró como era debido el aporte de la clase obrera organizada». ⁶¹ Su identidad ideológica, ciertamente, provenía del mayo parisino, de la primavera de Praga de 1968 o del proceso de radicalización que venía ocurriendo dentro de la Iglesia peruana bajo el liderazgo teológico y emocional del sacerdote Gustavo Gutiérrez. Ajena a la vertiente comunista de la tradición radical, entró a la disputa por «el legado de Mariátegui» y por todos los aprestos simbólicos que la legitimarían como una vanguardia revolucionaria. La reforma agraria la lanzaría al campo.

La revolución china, más que el «guevarismo pequeño burgués», ofrecía un modelo mucho más persuasivo para los comunistas peruanos. A inicios de los años sesenta habían llegado hasta el Perú los ecos del cisma chino-soviético. No fue

59. Alberto Flores-Galindo, «La nueva izquierda: sin faros ni mapas» en *Obras completas*, tomo IV, Lima, CONCYTEC-Sur, 1996, pp.117124.

60. Jorge Nieto Montesinos, «¿Vieja o nueva izquierda?», en Alberto Adrianzen, editor, *Pensamiento político peruano 1930-1968*, Lima, DESCO, 1990, pp. 381-410.

61. Jorge del Prado, «Testimonio de parte», en *Quehacer* 109, septiembre-octubre, 1997.

un hecho espontáneo; los chinos pusieron especial cuidado en difundir sus puntos de vista en América Latina. La labor de difusión incluía visitas a la tierra de Mao que muchos cuadros locales aceptarían gustosos.⁶² En 1964, la «fracción roja» expulsó a los traidores «jrushovianos» del PCP. Los cuadros «campesinos» y la juventud del partido se fueron, mayoritariamente, con los «pequineses». Mientras unos recibían entrenamiento militar en Cuba,⁶³ otros se dirigieron a China a formarse «en la más alta escuela de marxismo que ha tenido la Tierra».⁶⁴ Volvieron con una convicción profunda: con sus propios ojos habían visto que el maoísmo era la forma contemporánea del marxismo-leninismo para los países atrasados «con inmensas masas campesinas y proporcionalmente reducidas clases obreras». El profesor de filosofía Abimael Guzmán Reynoso era uno de ellos.⁶⁵ «En el año 1968 -recordaría éste años después- combatimos el castrismo», criticando su planteamiento de crear «zonas inexpugnables» en regiones remotas de la ceja de selva, contraponiéndole «el principio militar que dice donde llega un hombre llega otro».⁶⁶

Más de un comunista peruano se vería reflejado en los jefes revolucionarios chinos que, de la nada, habían construido el mayor ejército campesino que había visto la historia universal. El repudio a la alternativa guerrillera «a la cubana» era una de las puntas de la gesta de una identidad maoísta

62. William E. Ratliff, «Chinese communist cultural diplomacy toward Latin America, 1949-1960», en *Hispanic American Historical Review*, vol. 49 (1), 1969, pp. 53-79.

63. Véase al respecto Jon Lee Anderson, *Che. A revolutionary life*, Nueva York, Grave Press, 1997, p. 34 y siguientes y p. 678 y siguientes.

64. «Entrevista con el Presidente Gonzalo», Lima, 1988, http://www.blythe.org/peru-pcp/jdocs_sp/entrevis.htm

65. Para una breve biografía de Abimael Guzmán, véase Gustavo Gorriti, «Shining Path's Stalin and Trotsky», en David Scott Palmer, editor, *Shining Path of Peru*, Nueva York St. Martin's Press, 1992, pp. 149-169.

66. «Comentario al documento escrito por el camarada Feliciano cabeza del bloque escisionista y la línea revisionista» (notas de exposición del Presidente Gonzalo, sin corregir), octubre 15, 1995, <http://mitglied.lycos.de/mppa/html/documentos4/>

peruana. La otra era la disputa por el legado de Mariátegui.⁶⁷ En la versión de los «pequineses» locales, éste había sostenido la necesidad de que las masas se armaran «para la lucha insurreccional que habria de bajar de los Andes, del campo a la ciudad a través de la violencia de las masas, de la guerra popular».⁶⁸ La versión «moscovita» lo asimilaba más bien al camino obrero de corte gradualista. Abimael Guzmán emprendió en 1968 una cruzada personal contra quienes querían hacer del célebre Amauta «un humanista o un humanistoide, deformado liberal burgués», distorsionando así el legado de quien -según Guzmán- había planteado la necesidad de «organizar la fuerza armada del campesinado» y la formación de soviets en el campo.⁶⁹

El golpe militar de 1968 afectaría en formas inesperadas el curso de estas querellas. La reforma agraria, en particular, desafió la imaginación de los marxistas locales. El campo se abrió súbitamente al activismo político. Resurgieron con ello los viejos debates de los años veinte, en el marco, asimismo, de un nuevo ciclo de «encuentro radical con la sociedad». ¿Liquidaba el reformismo militar el latifundismo y la feudalidad? ¿Había en el campo peruano una cuestión étnica por resolver? De ello dependía la estrategia a desplegar. En el vacío de ideas e información sobre la compleja realidad rural nacional, cerrado -con la muerte del Che- el ciclo de la guerrilla «a la cubana», con el PC brindando «apoyo crítico» al régimen militar, el maoísmo se instauró como el discurso opositorista hegemónico para una amplia franja de la izquierda radical, más allá de la explícitamente reconocida constelación «pequinesa».⁷⁰ En una evidente relectura de los hechos -según uno

67. Véase al respecto Iván Hinojosa, «El retorno de Mariátegui (después del diluvio) », en *Quehacer* 88, mayo-abril, 1994, pp. 87-91.

68. Manuel Jesús Granados. La conducta política: un caso particular tesis de bachillerato en antropología, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, 1981. p. 77.

69. Véase también Abimael Guzmán. «Para entender a Mariátegui.(1968)» en Luis Arce Borja, editor, *Guerra popular en el Perú*. Bruselas 1989, pp. 43-58.

70. Para un detallado mapeo de la constelación izquierdista. véase Ricardo Letts, *La izquierda peruana. Organizaciones y tendencias*, Lima. Mosca Azul Editores. 1981.

de los sobrevivientes de la guerrilla del MIR-, el verdadero objetivo de Luis de la Puente Uceda había sido «la construcción del partido con ideología marxista-leninista-pensamiento Mao Tse-Tung» que desencadenara la «lucha armada del campo a la ciudad».

Carlos Iván Degregori, militante de la generación joven del MIR, encontraría en Mao «la clave del universo», el camino de la revolución.⁷¹ El líder chino -según el literato Miguel Gutiérrez- recordaría que, por ese entonces, Mao aparecía como «el paradigma del hombre total: filósofo, militar, político, poeta y jubiloso amante de la vida y las mujeres».⁷² Otro distinguido escritor, José María Arguedas, plantearía que la experiencia china demostraba «lo que es capaz de hacer un pueblo de antiquísima cultura, considerando su propia antigüedad histórica y la técnica moderna».⁷³ Universidades y sindicatos de docentes se convirtieron en centros privilegiados de presencia maoísta.⁷⁴ En los años setenta, según el sociólogo Nicolás Lynch, San Marcos -el principal centro universitario del país- era «un templo de Mao Tse Tung».⁷⁵

La efervescencia alcanzó los claustros de la tradicional Pontificia Universidad Católica, donde partidos de fuerte retórica maoísta, como el Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Revolucionaria-Proletario Comunista, reclutaron a numerosos cuadros juveniles dispuestos a incorporarse a los frentes campesino o minero en zonas remotas del interior

71. Citado en Osmar Gonzáles, *Señales sin respuesta. Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú*. 1968-1989. Lima, 1999, p.72.

72. Miguel Gutiérrez. *La generación del 50: un mundo dividido*. Lima 1988. p. 175.

73. Razón de ser del indigenismo en el Perú., en *Formación de una cultura nacional indoamericana*. México. Siglo XXI. 1981, pp. 183-197.

74. Alan Angell, «Classroom maoists: fue politics of Peruvian schoolteachers under militar government», en *The Bulletin of Latin American Research Review*. vol. 1, núm. 2. mayo 1982. pp. 1-20 y Carlos Iván Degregori, «La revolución de los manuales: la expansión del marxismo-leninismo en las ciencias sociales y la génesis de Sendero Luminoso.. en *Revista Peruana de Ciencias Sociales*. 2 (3). septiembre-diciembre 1990. pp. 103-125.

75. Nicolás Lynch. *Los jóvenes rojos de San Marcos*. Lima, El Zorro de Abajo Ediciones, 1990. p. 64.

del país. Un joven dirigente llegado de París se encargó de dirigir la primera escuela de formación de cuadros destinados a organizar las bases campesinas del PCR en la sierra del país. Mao Tse- Tung fue el nombre elegido para aquella primera promoción.⁷⁶

Dentro de la constelación maoísta, sin embargo, las diferencias eran acaso tan importantes como las similitudes. Al maoísmo intelectualizado asimilado en el mayo francés se oponía diametralmente aquel de raíz estalinista aprendido en la China de la Revolución Cultural. Lynch, asimismo, se refería a este como un «maoísmo provinciano» marcado por actitudes «anti-modernas» y proclividades radicales y autoritarias que revelaban su origen social terrateniente.⁷⁷ Hacia 1970, en efecto, el mundo maoísta «provinciano» era visto desde Lima como un enjambre de cacicazgos crudamente revestidos de ideología, signados por el arribismo y el clientelaje, cuyo espacio natural era las universidades públicas. ¿Quiénes eran los «verdaderos» mariateguistas y quiénes los «verdaderos» maoístas? Con la «revolución velasquista» a la ofensiva, el «deslinde» y «zanjamiento» no podía esperar.

Ayacucho: un Yenán andino

Inesperadamente, divisiones y convergencias de por medio.⁷⁸ hacia 1970 Huamanga se había convertido en uno de los polos

76. Santiago Pedraglio y Augusto Castro Carpio, entrevistas con el autor.

77. *La transición conservadora. Movimientos social y democracia en el Perú 1975-1978*, El Zorro de Abajo Ediciones. Lima 1992. p. 220.

78. Véase al respecto. Axel Ranque. «Les origines et les divisions des partis maoistes péruviens dans les années 1960», memoria de maestría en historia, Universidad de Paris 1, septiembre 1992.

79. Sobre este período de la historia ayacuchana, son lecturas imprescindibles Carlos Iván Degregori. *El surgimiento de Sendero Luminoso*. Lima. IEP. 1990 y *Ayacucho: raíces de una crisis*. Ayacucho. Instituto de Estudios Regionales José Mana Arguedas, 1986. Para los antecedentes sociales y políticos de esa región, véase. Jeffrey Gamarra. «Estado. modernidad y sociedad regional: Ayacucho 1920-1940», en *Apuntes*, 31, segundo semestre, 1992. pp. 103- 114 y Luis Miguel

en la sistematización de una alternativa maoísta.⁷⁹ Excepcionalmente, el comunismo ayacuchano había sido reavivado con la reapertura de la universidad local (cerrada en 1886) a fines de los años cincuenta. Por diversos factores, la resistencia al régimen de Velasco fue particularmente dura. Si los pro-moscovitas le extendían su «apoyo crítico», los «pequineses» lo caracterizaban como fascista. Destacaban entre ellos los ayacuchanos. La reforma agraria les suscitaba particular repudio. Ciudadinos y prepotentes -observaba Aracelio Castillo-, los funcionarios velasquistas trataban de «indios», «chutos» o «chacra runa» a sus supuestos beneficiarios quienes, no pocas veces, respondían, reverencialmente, tratándolos de «papay». ⁸⁰ Eran incapaces de apreciar -anotó Antonio Díaz Martínez- que «el espíritu del ayllu» seguía vivo «después de más de ocho siglos». ⁸¹ Apreciaciones como estas probaban que bastaba «escudriñar la propagandizada destrucción de la feudalidad» para encontrar «la esencia semifeudal» que subyacía «a la llamada reforma agraria». ⁸² Solamente los «estudiantes provenientes de sectores aburguesados, los llamados 'pitucos' de las universidades particulares» -en otra opinión- podían prestar oídos a la peregrina idea de que la sociedad peruana era «predominantemente capitalista». ⁸³

La insistencia en la condición semifeudal de la sociedad peruana era el sustento de la aplicabilidad en el Perú del modelo maoísta. Su propia apreciación era que «las contradicciones son más agudas en el interior que en la capital, en el

Glave y Jaime Urrutia. «Radicalismo político en elites regionales: Ayacucho 1930-1956». en *Debate Agrario* 31, agosto 2001. pp. 137.

80. Aracelio Castillo Cruz. «El movimiento popular de junio de 1969 (Huanta y Huamanga Ayacucho)», tesis de doctor en Sociología. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima 1972. p. 115.

81. Antonio Díaz Martínez. *Ayacucho: hambre y esperanza*, Ayacucho. Ediciones Waman Puma. 1969. p. 261.

82. PCP, «Retornemos a Mariátegui y reconstituimos su partido» (1975) en Luis Arce Borja, editor. *Guerra popular en el Perú (Pensamiento Gonzalo)*. Bruselas 1989. pp. 59-91.

83. Félix Valencia Quintanilla. *La semifeudalidad en el Perú y la supuesta predominancia capitalista de Rodrigo Montoya*, Lima 1974. p. 10.

campo que en la ciudad. Y en el campo, más en unas regiones que en otras». ⁸⁴ En la politización de esas contradicciones, en la voluntad de desatar en toda su amplitud el odio de clase ahí acumulado, sin temer -como Mao- los «excesos» del «huracán campesino», ⁸⁵ radicaba la posibilidad revolucionaria en el Perú. Cualquier otra cosa era campesinismo puro: fomentar tomas de tierras -como hacía la «nueva izquierda»-, por ejemplo, lo que lejos de contribuir a su destrucción coadyuvaba a estabilizar el orden agrario, perennizando su base semifeudal. Mariátegui había marcado la pauta: había descubierto el potencial transformador de la movilización campesina, pero sin adoptar «el punto de vista del campesino», porque si así hubiese sido, «sería un pequeño burgués revolucionario y nada más». ⁸⁶ De lo que se trataba era de llevar al campesinado la ideología del proletariado, la verdad universal y científica del marxismo-leninismo. ¿Cómo desarrollar el instrumento político capaz de emprender esa misión hasta sus últimas consecuencias?

La separación del PCP Sendero Luminoso del tronco pequinés principal-conocido como Bandera Roja-, bajo la conducción del doctor Guzmán hacia 1970, es un hito fundamental en esa historia. Se inicia entonces un proceso serio por refundar la identidad comunista bajo un sino maoísta. Al menos dos elementos de ese proceso merecen ser subrayados en este recuento. Uno de ellos es el esfuerzo de asimilación de

84. Bandera Roja núm. 42, citado en C.I. Degregori, *El surgimiento de Sendero Luminoso*, p. 177.

85. Según Mao, «sin recurrir a la máxima fuerza, el campesinado jamás lograría derrocar el poder de los terratenientes. profundamente arraigado a través de los milenios. El campo necesita de un poderoso auge revolucionario, pues sólo éste puede agitar a los millones y millones de campesinos y convertirlos en una gran fuerza. Los 'excesos' son precisamente producto de la fuerza de los campesinos despertada por el poderoso auge revolucionario en las zonas rurales. (...) Para decirlo con toda franqueza, en todas las aldeas se necesita un breve período de terror». En «Informe sobre una investigación del Movimiento Campesino en Hunan», en *Obras escogidas de Man Tse-Tung*. Pekín. Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968. primera edición. tomo 1, pp. 19-59.

86. A. Guzmán, «Para entender a Mariátegui», p. 55.

la tradición comunista, sintetizado de la siguiente manera por un observador:

Sendero Luminoso puso especial cuidado en cooptar a «veteranos» del PC desechados por el ala pro-soviética. Les interesaba rescatar sus experiencias, la tradición comunista. El objetivo era hacer memoria por la vía oral. No conozco de otra organización política de izquierda que le diese tanta importancia a la tradición oral, la que se convirtió en parte sustantiva de su capital político. Escuchar a un cuadro senderista era más respetable que leerlo en los setenta. Fragmentos de las experiencias de los años veinte aparecen en algunos textos de *Voz Campesina* y en otros documentos, incluso elementos literarios y canciones. Sus mandos de dirección no venían de las Ciencias Sociales sino de las Humanidades, principalmente de filosofía, literatura, educación. La retórica letrada y provinciana va a ser un sello distintivo de SL con respecto a las demás izquierdas.

El otro elemento es el uso del espacio universitario como medio para llegar a los sectores de quienes provendrían los futuros «militantes de hierro» del PCP senderista. Una carta escrita por el propio Abimael Guzmán en mayo de 1973 revela la manera en que la «lucha político-ideológica» y la vida universitaria se entrelazaban en el marco del desarrollo organizativo partidario. Escribe su autor desde Lima con el fin de actualizar a un colega sobre gestiones realizadas en la capital. Por momentos, el tono informativo cede paso a otro más prescriptivo; dentro de una general cordialidad el escribiente termina «dándome línea» a su interlocutor.

Una primera sección de dicha carta se refiere a nombramientos en la universidad, en el colegio de aplicación de esta y en otros puestos magisteriales fuera de Huamanga. Entre los nombres mencionados surgen los de Luis Kawata y Osmán Morote, miembros, eventualmente, de la dirección senderista. Un segundo tema es el presupuestal. Insiste el catedrático Guzmán en la necesidad de contratar a un profesional para hacerse cargo de la «extensión universitaria», labor que «está muy desatendida y merece reforzarse para desarrollar las vinculaciones con los barrios y el pueblo en especial». El tercer tema entra más de lleno en el ámbito político. El gobierno está tratando de crear condiciones para una intervención -ano

ta Guzmán-, y para ello buscan «dividirnos» manipulando los recursos presupuestales, los niveles salariales concretamente. Para evitarlo, era necesario «ligarse más a la colectividad» forjando un «frente del pueblo» y «trabajar por lograr una unidad más amplia hasta el plano nacional». Promete enviar al respecto un «plan de acción». En el cuarto punto indica la importancia «cada día mayor» que, para «desarrollar la lucha», reviste el trabajo en el «Centro». Se trata de un círculo de estudios que congrega a profesores y estudiantes. Sus tareas: completar el estudio del Anti-Dhuring; y emprender «el estudio y la crítica del oportunismo en economía y socialismo». En este último aspecto era «urgente tratar a [Ernest] Mandel y a [Martha] Hamecker» y «hacer la crítica de posiciones políticas, de Patria Roja y el liquidacionismo especialmente». El quinto punto tiene que ver con la organización de la «semana de Mariátegui». Propone realizar una exposición -cuyo título debía ser «Mariátegui: hombre pensante y operante»-, capaz de dar «una lección viva y rápida de amplio alcance a estudiantes nuevos y pueblo», que debía complementarse con un festival de películas chinas aportadas por la embajada de ese país en el Perú. Se despidió lamentando no haber podido estar en Huamanga para participar en los festejos del cumpleaños de su corresponsal, -me dicen que han estado de rompe y raja, arrancando con su santo y con duración prolongada». Sugiere, sin embargo, que ea lo mejor pronto recuperamos lo perdido.⁸⁷

Entre el activismo, la docencia y las parrandas, el profesor Guzmán se sitúa como una suerte de bisagra entre la tradición comunista y el comunismo peruano del futuro. En un medio tradicional, la reapertura de la Universidad San Cristóbal de Huamanga en los años sesenta había significado el inicio de una nueva era. La llegada de profesores de afuera que renovaron el ambiente intelectual, la politización del estudiantado y un inaudito ímpetu de participación de la mujer en la actividad pública, fueron algunos de los efectos de dicho evento institucional. En 1969, con el combativo movimiento en defensa de la gratuidad de la enseñanza, Ayacucho había

87. De A. Guzmán al señor ingeniero José Díaz Flores. Lima. 8 de mayo de 1973. Carta mecanografiada.

ganado notoriedad nacional y emergía como una suerte de «Yenán andino».⁸⁸

El caso de Antonio Díaz Martínez proporciona indicios sobre la composición del núcleo inicial senderista conocido como «la sagrada familia». Natural de Chota, Cajamarca, nació entre las obligaciones de la «chacra» y las lecturas de Víctor Hugo, Émile Zola y Gustavo Bécquer incentivadas por su madre.⁸⁹ Del padre -según su esposa- recordaba de adulto, sus «inquietudes políticas» y su participación en «los movimientos sociales» de los años treinta. por lo que fue «duramente perseguido». Era éste un hombre estudioso, doctorado en filosofía en la Universidad de San Marcos, que prefirió quedarse en su provincia como profesor de educación secundaria. Como él, Antonio marchó a Lima a realizar estudios universitarios, graduándose en agronomía en la Universidad Agraria de La Molina. A fines de los años cincuenta visitó Ayacucho por primera vez, recorriendo -a pie, a caballo y en camioneta casi todo el territorio «ayacuchano» como funcionario del Plan Nacional del Desarrollo del Sur del Perú. Vinculado a otra dependencia estatal -el Instituto de Reforma Agraria y Colonización-, colaboró en la fundación de un centro de colonización en Pichari, cerca de San Francisco, en las márgenes del río Apurímac, en la selva ayacuchana. Desencantado con el Estado, en 1964 se refugia en la renaciente Universidad de San Cristóbal de Huamanga. Fue por aquel entonces que

...es ganado por el magisterio del doctor Abimael Guzmán, quien liderando el Movimiento Democrático, al que concurre un buen número de intelectuales de diferentes especialidades, transforma a la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga en un Centro de divulgación científica al servicio de las mayorías,

88. C.I. Degregori, *El surgimiento de Sendero Luminoso*, p. 184. Sobre el ambiente ayacuchano del período véase también G. Gorriti, «Shining Path's Stalin and Trotsky».

89. Ésta y las siguientes referencias a la vida de Díaz Martínez proceden de «Semblanza de Antonio Díaz Martínez (asesinado en el penal de Lurigancho, Lima, el 19 de junio de 1986)», en *Boletín Indigenista*, Barcelona, vol. 30, núm. 38, 1988, pp. 17-30. Véase también, Colin Harding, «Antonio Díaz Martínez and the ideology of Sendero Luminoso», en *Bulletín of Latin American Research*, vol. 7 (1), 1988, pp. 65-73.

y en la más importante tribuna política de las décadas 60 y 70. Es la época en que el histórico dirigente siembra la semilla que germinará después.

En 1969 publica *Ayacucho, hambre y esperanza*, basado en sus viajes a lo largo del departamento acompañado de sus estudiantes: una mezcla de anécdotas y análisis que transmite su desencanto con la visión burocrática del supuesto «desarrollo» y su búsqueda de una solución distinta. Merced a becas e invitaciones viaja a Suiza, Francia, Argentina, Uruguay, Ecuador, Chile, Egipto y, finalmente, China en 1974. Sus hallazgos en la patria de Mao serían difundidos en un nuevo libro. Si los campesinos chinos podían mover montañas y desviar ríos -escribió Díaz Martínez- era porque el PC «había sistematizado de forma científica miles de años de experiencia práctica del pueblo» y porque la Revolución Cultural «había roto con las últimas barreras del pensamiento retrógrado».⁹⁰ En 1976 retornó a Huamanga. Progresivamente, las salidas al campo con estudiantes fueron confundándose con los preparativos del alzamiento inminente. El primero de mayo de 1979, recordaría la compañera de Díaz Martínez, participaron en la celebración ayacuchana del Día Internacional del Proletariado:

...ese mar de banderas rojas que avanzaba rutilante entre cánticos revolucionarios, hermosa señal de que se inauguraba otra época para nuestra patria. Era el pueblo ayacuchano, hombres y mujeres, trabajadores y estudiantes. que desde los barrios se movilizaban por las calles de Huamanga, suscitando emoción y esperanza en los pobres, temor en los sectores conservadores y sorpresa en los represivos (...) Nunca antes había ocurrido tal hecho. Las masas pobres de la ciudad se adueñaron por unas horas de las calles, remeciendo las casonas y las iglesias de Huamanga....

En ese ambiente, se completó la «hermosa transformación» del académico Díaz Martínez en «intelectual revolucionario». A ello se referiría años después ya como «prisionero de guerra» de su partido en algunas cartas de 1985 y 1986:

90. Antonio Díaz Martínez, *China: La revolución agraria*, Lima, Mosca Azul Editores, 1978, p. 134 y p.109.

La transformación de nuestra mente requiere de mucho esfuerzo, férrea voluntad y alta vigilancia, y también de someter nuestra práctica social al método de la crítica y autocrítica constante (...) Nuestra materialidad en transformación está sujeta a un conjunto de contradicciones que se resuelven en un enfrentamiento constante (...) Una participación comprometida cada vez más ligada al pueblo es lo que tiene que hacer la Pequeña Burguesía como clase, y la Pequeña Burguesía intelectualizada necesita más participación aún, porque a causa de la formación burguesa ha separado inconscientemente la capacidad intelectual de la manual, es decir (...) impidiendo el desarrollo del hombre en un todo operante y pensante.

La autocrítica constante, la «lucha de dos líneas» como método de depuración y fortalecimiento partidario, era una de las grandes lecciones que el contacto con la experiencia china había dejado a los maoístas ayacuchanos. En el «arrasamiento» de posiciones «incorrectas» y el «aniquilamiento» de la individualidad, «machacando» ideas e imponiendo la «sujeción» a la «línea correcta», el doctor Guzmán era imbatible. Ahí estaba la clave de su docencia y su liderazgo.

A fines de los años setenta, Lima -como el resto del país- vivía los efectos de una gran oleada popular anti-dictadura. En 1975 Velasco había sido reemplazado en la presidencia de la República en lo que marcó el fin del ciclo «revolucionario» del régimen militar cuya «segunda fase» recurrió a políticas de ajuste que impulsaron la movilización. En ese contexto, la «nueva izquierda» o «izquierda de los setenta» se convertiría en un fenómeno nacional. Al iniciarse la transición democrática aceptó entrar en la arena electoral. Fue entre fines de los años setenta e inicios de los ochenta acaso la más fuerte «izquierda electoral» en toda la región latinoamericana. Diversos centros académicos, ONG, grupos vinculados a la Iglesia, gremios y organizaciones populares eran los pilares de su accionar. Sus estrategias buscaban la fórmula para construir una organización que reflejara la variedad de un país crecientemente urbanizado pero que conservaba marcadas divisiones étnicas, culturales y regionales.

El contraste con el derrotero seguido por el maoísmo ayacuchano no podía ser mayor. El ánimo revisionista de los primeros marchaba en dirección contraria a su búsqueda de

una supuesta ortodoxia ideológica. Apoyándose en una serie de fuentes -de Gramsci y el eurocomunismo a la teología de la liberación y el sandinismo-,⁹¹ la «izquierda limeña» buscaba matizar o inclusive desmontar el revolucionarismo campesinista derivado de la tradición radical. Se llegaba a interrogar la obra de Mariátegui desde perspectivas heterodoxas, admitiéndose la existencia de varios «mariateguismos».⁹² El Perú de 1970, claro, no era el de 1920. Mientras, desde Ayacucho Guzmán proclamaba la necesidad de seguir el camino del amauta «realmente al pie de la letra».⁹³ Si los primeros buscaban escapar del núcleo duro de la tradición radical en su afán de dirigirse a un país crecientemente complejo, SL se afirmaba en ella para avanzar hacia una propuesta de insurgencia de base rural que iba a contramano con las tendencias prevalecientes en el conjunto de la izquierda latinoamericana. A fines de los años setenta, con la «nueva izquierda» ya plenamente inserta en el ámbito de la legalidad, SL había adquirido una particular configuración en la que confluían los elementos siguientes:

- (a) El espíritu de la vieja tradición radical construida en tomo a la idea de una gran transformación iniciada en los confines rurales de la nación. depurada de sus contenidos míticos o indigenistas. sub sumida en una visión netamente clasista de la sociedad peruana.

91. Sobre la influencia centroamericana en la construcción del partido revolucionario en el Perú, véase Eduardo Cáceres, «Acerca de la construcción del Partido Mariateguista de masas en las condiciones del nuevo periodo político», en *Rocinante Mariateguista* núm. 2, octubre 1986. Sobre la influencia gramsciana en la izquierda peruana véase Robert Paris. «Mariátegui y Gramsci: prolegómenos a un estudio contrastado de la difusión del marxismo». en *Socialismo y Participación*, 23, septiembre 1983, pp. 31-54. Sobre la influencia de la teología de la liberación en los partidos de izquierda. véase Luis Pásara, *Radicalización y conflicto en la Iglesia peruana*, Lima. Ediciones El Virrey. 1986.

92. Hugo Neira. «El pensamiento de José Carlos Mariátegui: Los «mariateguismos»», en *Socialismo y Participación* 23, septiembre 1983, pp. 55-76.

93. A. Guzmán. «Para entender a Mariátegui». p. 57.

- (b) La ideología y métodos organizativos de la revolución moderna captados y reprocesados por el PCP-SL, de la experiencia histórica comunista y de la izquierda guerrillera de los años sesenta.
- (c) Las doctrinas sobre operaciones de la guerra de guerrillas.⁹⁴

El perfil, en breve, de una insurgencia de «nuevo tipo» claramente diferenciada de la dinámica de la «nueva izquierda», en muchos de cuyos sectores «los viejos preceptos republicanos de libertad e igualdad ciudadanas» iban dejando de ser «simples motivos de la retórica política» para comenzar a tener «una significación concreta e inmediata».⁹⁵ Unos formaban guerreros, los otros, promotores del desarrollo. Unos llegaban al campo afiliados a diversas ONG o a parroquias progresistas, los otros como parte de un partido en trance de convertirse en «maquinaria de guerra». La voluntad de incendiar la pradera *versus* la cruzada por la justicia.⁹⁶ SL se había quedado con el fuego de la tradición radical.

En Ayacucho, a fines de los años setenta, la decisión por la lucha armada era un secreto a voces. En torno a dicha decisión el liderazgo senderista buscó centralizar a todos los maoístas dispuestos a cruzar el Rubicón. El llamado encontró eco, inclusive, entre sectores de la «nueva izquierda» francamente inclinados hacia el maoísmo. Según un informe, por ese entonces se habría celebrado una reunión de «todos los grupos que adherían al marxismo-leninismo-maoísmo» en la que Abimael Guzmán anunció la decisión de «iniciar la guerra

94. Esta caracterización se apoya en Raj Desai y Harry Eckstein, «Insurgency. The transformation of peasant rebellion», en *World Politics*, vol. XLII, núm. 4, julio 1990, pp. 441-465.

95. Julio Cotler, «El descubrimiento de la democracia en América Latina» (ms.). Sobre el tema, véase también Jorge Nieto, *Izquierda y democracia en el Perú, 1975-1980*, Lima. DESCO. 1983 y Kenneth M. Roberts, *Deepening democracy? The modern left and social movements in Chile and Peru*, California, Stanford University Press, 1998, parte III.

96. Sobre los vínculos entre Sendero Luminoso y las otras vertientes izquierdistas, véase Iván Hinojosa. «Sobre parientes pobres y nuevos ricos: las relaciones entre Sendero Luminoso y la izquierda radical peruana», en S. Stern, editor, *Los senderos insólitos del Perú*, pp. 73-92.

popular y que lo siguieran». Nadie aceptó, porque en ese momento -concluye el informe- SL era visto como un «grupúsculo» más.⁹⁷ Postular una «guerra campesina» desde la zona más pobre del Perú en el momento mismo en que el país intentaba una transición democrática acrecida por millones de analfabetos, votantes por primera vez, y tras una de las más radicales reformas agrarias aplicadas en América Latina, parecía cuestión de lunáticos.

En apariencia insignificante, el PCP-SL era, en realidad -como ha observado Carlos Iván Degregori- una suerte de «estrella enana»: una acumulación de energía reconcentrada a punto de estallar,⁹⁸ un cuerpo cuyo núcleo era su firmeza ideológica, encarnada en sus «militantes de hierro» y en su indeclinable voluntad de lucha. El contingente, en otras palabras, capaz de llevar a su concreción final la vieja visión radical en su versión contemporánea de «guerra popular prolongada del campo a la ciudad». Los individuos, en suma. Capaces de convertirse en el «centro polar» de la tempestad que la «guerra popular» habría de desatar,⁹⁹ cuya adscripción a una ideología científica daba a su lucha local una dimensión universal.

Si algo había aprendido el profesor Guzmán en China, era que en una guerra propiamente popular, el individuo y su mente -la voluntad humana- eran más importantes que el armamento a utilizar. De formación kantiana, maestro en la manipulación de las mentes juveniles puestas a su cargo por la sociedad y el Estado, sabía que contaba en la «masa estudiantil» con un capital humano inimaginable para sus enemigos y competidores. «No tengo amigos, sólo camaradas», declararía años después.¹⁰⁰ Estaba el doctor Guzmán preparado para atravesar los «ríos de sangre» que la «guerra popular» suscitaría.

97. Pablo O'Brien, «Video Secreto. Abimael se rindió sonriendo y Vladimiro se comió el jamón», en *Caretas*, mayo 9, 2002.

98. Carlos Iván Degregori, «A dwarf start», en *NACLA, Report on the Americas*, vol. XXIV, núm. 4, diciembre-enero 1990-1991, pp. 10 - 16.

99. «Por la nueva bandera», en *El Pensamiento Gonzalo*, pp. 141-159.

100. Entrevista al Presidente Gonzalo (1988).

Tiempo de utopía

«No somos nada salvo ser comunistas»,¹⁰¹ diría el líder senderista a sus seguidores un año antes de iniciar la lucha. Tal condición requería, no sólo diluir la propia individualidad en el mecanismo de una máquina de guerra, sino aceptar que la propia vida, que la disposición a pagar una «cuota» de sangre, era condición para el crecimiento del partido. Para eso, este les había «forjado en retar a la muerte y llevar la vida en la punta de los dedos para entregarla en el momento que la revolución nos lo demande».¹⁰² La revolución mundial entraba en «ofensiva estratégica».¹⁰³ Una «grandiosa epopeya» era lo que se abría. Y en ella el Perú se convertiría en una suerte de faro universal, lo que asimismo convertiría al doctor Guzmán en la «cuarta espada» -después de Marx, Lenin y Mao de la revolución mundial, además de transformar los impulsos agresivos en una pasión: el odio de clase, la ideología senderista, buscaba «convertir los deseos de muerte en afán de heroísmo». La propia inmolación presentada como la culminación de un camino de coherencia y consecuencia con los principios.¹⁰⁴ Así se apreciaría desde fuera lo que ellos llamaban formación política.

Movidas por ese intoxicante combustible, las huestes senderistas se lanzaron a batir el campo ayacuchano. En marzo de 1982 se sentían lo suficientemente fuertes como para tomar por asalto la cárcel de la ciudad. Comenzaba a desplegarse la «necesaria evulsión» prevista por Valcárcel. Tras el fracaso del reformismo militar -con una país joven, bullente, de frágil tradición democrática, en acelerado proceso de «descampesinización» y «desindianización», repleto de graduados condenados al subempleo o la migración y un Estado en repliegue-¹⁰⁵

101. «Por la nueva bandera», p. 144.

102. Entrevista al -Presidente Gonzalo., 1988.

103. «Somos los iniciadores», 1980, en *El Pensamiento Gonzalo*, pp. 163 - 178.

104. Gonzalo Portocarrero, *Razones de sangre*, Lima, PUCP, 1998, p.26.

105. Cifras de la CEPAL indicaban que el Perú había experimentado una gran revolución educativa. Entre 1960 y 1980 el porcentaje

el ambiente parecía propicio para discursos de tono milenarista y refundador como el de Guzmán o su negación dialéctica liberal: el «otro sendero» de su paisano arequipeño Hernando de Soto.¹⁰⁶ El mercantilismo -según este- «casi siempre» terminaba en «violencia» y no había razón para pensar que iba a ser diferente en un país como el Perú donde políticas económicas propias del siglo XVI europeo seguían vigentes. En 1990, sus planteamientos se convirtieron en el programa de una candidatura -Mario Vargas Llosa- de ímpetu refundador: juntos harían la revolución liberal y el Perú sería, finalmente, una nación moderna.¹⁰⁷ Sobrecogido por los acontecimientos, el historiador Alberto Flores-Galindo vio, de un lado, reaparecer a los «contingentes de nuevos mestizos» que, desde tiempos de la conquista habían estado «sedimentando frustraciones»,¹⁰⁸ y del otro, el altanero trotar de «los caballos de los conquistadores» cabalgando «otra vez». 1980-1990: «década perdida» en Latinoamérica, tiempo de utopías en el Perú.¹⁰⁹

de jóvenes de 18 a 25 años que estudiaba educación superior en el Perú pasó de 19% a 76%, mucho más que el promedio para «países de nivel medio de desarrollo». Esto ocurría «a contracorriente del repliegue de la inversión estatal en el sector». Carlos Iván Degregori. «Juventud rural peruana: entre los dos senderos». Seminario de Expertos sobre Juventud Rural, Modernidad y Democracia en América Latina, Santiago de Chile, 26 al 28 de octubre de 1993. Sobre los cambios ideológicos y culturales en el mundo educativo. véase Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart. *El Perú desde la escuela*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989. Maruja Martínez, *Entre el honor y la furia*, Lima. Sur, 1997 y N. Lynch, *Los jóvenes rojos de San Marcos*.

106. Hernando de Soto. *El otro sendero*. Lima 1986.

107. Hernando de Soto. «¿Violencia o el otro sendero?» http://www.ileperu.org/contenido/Articulos/elotrosendero__desoto.htm

108. *Buscando un Inca*, p. 382. Sobre el resurgimiento del interés por lo andino en los medios académicos peruanos durante los años ochenta, véase Carlos Arroyo. «Los historiadores y lo andino», en Carlos Arroyo, *Encuentros: historia y movimientos sociales en el Perú*, Lima. Ediciones Memoria Angosta. 1989. pp. 23-43.

109. Agradezco a Julio Cotler sus comentarios sobre el tono utópico de ese período. A este tema me he referido en «Flores-Galindo y Vargas Llosa: un debate ficticio sobre utopías reales». en *Ciberayllu*, 1997. <http://www.andes.missouri.edu> y «La Utopía andina hoy», en *Debate Agrario* 2, junio, 1988, pp. 131-45.

El Frontón: de «la cuota» a la «heroicidad»

*Terroristas de mierda, entraremos a tu casita, comeremos
tus tripitas, beberemos tu sangrecita, cortaremos tus cabecitas,
picaremos tus ojitos, aplastaremos tus tobillitos...
Canción de combate de los sinchis¹*

*Con bazukas abren boquetes en las paredes. Boquetes que abrían
las hiena, boquetes que cerraban los combatientes.
Testimonio de El Frontón. 19 de junio de 1986²*

La voluntad encarcelada

Se la había cerrado a mediados de los años setenta juzgándosela desfasada con respecto a los nuevos tiempos. La amenaza senderista la reabrió. Visitar la isla penal de El Frontón era como un viaje al pasado: sus celdas de castigo infestadas de ratas expuestas al vaivén de las olas cargadas, sus vetustas instalaciones eran ya un material de leyenda. Por su aspecto, el nuevo edificio construido para alojar a los senderistas sería conocido como el Pabellón Azul. La vida cotidiana de los presos, sin embargo, tenía lugar sobre todo entre las peñas y en los espacios abiertos. Nada demasiado sorprendente para los estándares de las miserables prisiones peruanas, agobiadas ahora por un reto mayor, el flujo de detenidos procedentes de

1. Edgar Montiel. «Siete señales en el accidentado sendero de la democracia peruana», en *Nuestra América*, México. núm. 13. enero-abril, pp. 75-89.
2. PCP. «¡Férrea resistencia feroz! (testimonios gráficos)».

dos novísimos flagelos: el narcotráfico con su poder corruptor y la subversión senderista con su inaudita voluntad de confrontación. El Centro de Rehabilitación Social de Lurigancho era el símbolo elocuente de esta situación. Construido para albergar a 1,500 reclusos acomodaba, a comienzos de los años ochenta, a más de 6,000. Tal sobrepoblación, como era natural, atentaba contra cualquier posibilidad de control. Según un estudio, no había dentro del penal «ninguna persona o autoridad relevante que no sea preso». La Guardia Republicana era responsable de resguardar el perímetro del penal, pero no los interiores. Ahí, «absolutamente todas las normas de convivencia estuvieron determinadas por los mismos presos». Me atrevería a decir, puntualizó el autor del mencionado estudio:

...que el Penal de Lurigancho es el único penal de esas dimensiones en el mundo, en donde los presos tienen la llave de su celda, se encargan de la seguridad interna (ingreso y salida de cada pabellón), cocinan sus alimentos, determinan sanciones para los infractores de sus normas, tienen cuchillos, lanzas, pistolas y granadas de guerra, e incluso declaran «pena de muerte» para algunos internos: es decir, que son los mismos presos, y no otra autoridad externa, quienes establecen sus normas de organización y convivencia, y se encargan de hacerlas cumplir o, en todo caso, de sancionar su incumplimiento.³

Por ese entonces, los hechos de sangre eran a tal punto parte de la vivencia cotidiana en las cárceles del Perú que, según el propio ministro de Justicia, si se pidiese la cabeza del responsable de ese sector cada vez que se victimara a un interno -habría que reemplazar al ministro de Justicia cada 15 días».⁴

De ese precario encierro de la portentosa voluntad senderista fue testigo el periodista Gustavo Gorriti, quien visitó la isla-penal siete meses después del asalto a la cárcel de Ayacucho, 480 internos la habitaban por esos días. Ya para ese entonces, la prensa no cesaba de advertir que ese establecimiento era «una bomba de tiempo». No bien habían arribado

3. José Luis Pérez Guadalupe, *Faites y atorrantes. Una etnografía del penal de Lurigancho*, Lima, Centro de Investigaciones Teológicas, 1994.

4. *La República*, marzo 15, 1981.

los senderistas, comenzaron a emplazar a las autoridades encarándoles la falta de agua, de energía eléctrica y la deficiente alimentación. Fue el cuadro que Gorriti registró para la posteridad: los prisioneros haciendo turno para recibir sus alimentos, «dos delegados senderistas abrumaban a reproches a un empleado de penales por la tardanza». La masa de ellos, más allá, «mantenía la formación con obvia disciplina militar». Mientras los delegados discutían, los presos empezaron a corear consignas. Viejo conocedor de la subcultura izquierdista, Gorriti observó la particular forma de agitar: el «énfasis preciso y cortante», la perfecta disciplina. En cierto momento comenzaron a cantar. «Cantaron cerca de una hora» observó el periodista: «un coro preciso y solemne». De repente, un centinela de la torre que dominaba el patio disparó al aire. Metido dentro de la formación, Gorriti observó que no solamente ésta no se alteró, sino que el vigor de las canciones tampoco sufrió merma alguna. Inició, a continuación, el diálogo con los reclusos. Que la palabra de «Gonzalo» es «artículo de fe» fue su comprobación principal. Sendero -concluyó- había emprendido «la conquista de la prisión desde dentro».⁵ No había que ir muy lejos para buscar el modelo: estaba en la realidad misma de las prisiones. Al agudo olfato subversivo del doctor Guzmán no podía pasarle desapercibido un hecho flagrante: para «militantes de hierro», como los suyos, las cárceles peruanas simplemente no tenían muros. La cuestión era cómo capitalizar este hecho políticamente.

Admitiendo la derrota de la policía, a fines de 1982 el gobierno decidió poner en manos de los militares la «solución» del «problema subversivo». Con el recuerdo de 1965 en la memoria -ocurrido como ahora con Belaúnde Terry en la presidencia-, la operación aparecía como un simple trámite con fecha fija de culminación. Lo inmediato fue que la entrada de *rangers* e infantes de marina a la «zona roja» ayacuchana se reflejó en un dramático incremento del número de víctimas oficialmente registradas: los 151 muertos de 1982 se convirtieron en 2,282; los heridos pasaron de 177 a 371, mientras que se despuntaba un nuevo rubro de las estadísticas de la violencia con 245 desaparecidos.⁶ Las «pequeñas historias»

5. G. Gorriti, *Sendero*, pp. 369-371.

del terror desatado por la tropa se filtraron hasta los patios de la prisión, acicateando el espíritu revolucionario de los detenidos. En esos días en que la «guerra popular» se jugaba la existencia, El Frontón se convirtió en la vidriera del partido, donde la aún enigmática organización podía exhibir su voluntad revolucionaria y gritarle al país su disciplinada y «científica» rabia.

Más que la temida explosión, un conflicto casi crónico fue lo que en los años subsiguientes se vivió en El Frontón. El 23 de diciembre de 1982, los prisioneros de guerra se atrincheraron durante cinco días ante la amenaza de una requisa. En los primeros meses de 1983 se produjeron al menos tres confrontaciones que ocasionaron titulares en la prensa local. Varios heridos de bala resultaron de la primera de ellas. En la tercera, los presos senderistas se negaron a recibir a los representantes del ministro de Justicia, exigiendo la presencia de la Cruz Roja Internacional.⁷ El patrón se repetiría con persistencia. Cada negociación conllevaría nuevas concesiones para los prisioneros. En los meses siguientes el mismo tipo de conflicto surgió en otros penales con población senderista. Huancavelica, Huánuco, Trujillo, Callao, Lurigancho, serían escenario de protestas con rehenes, atrincheramientos y confrontación. En este último penal, una requisa realizada en junio reveló la existencia de un pequeño arsenal de cuchillos, bombas molotov y «numerosas banderitas con la hoz y el martillo».⁸ Con 2,400 detenidos por terrorismo, el sistema penitenciario no se daba abasto.⁹ Los propios policías se levantaron demandando un aumento salarial a inicios de año. En marzo de 1984, la barbarie carcelaria quedó expuesta al país en un motín que la televisión transmitió en vivo por varias horas. Sus protagonistas comunes fueron delincuentes. El Sexto -un antiguo penal en el centro de Lima- fue el escenario. Tras el descuartizamiento de rehenes transmitido por televisión nacional, al final hubo 22 muertos y cincuenta

6. Alberto Flores-Galindo. *Buscando un Inca*, tercera edición. Lima, Editorial Horizonte. 1988. p. 395.

7. *El Diario*, enero 2, 1983; *Expreso*, marzo 20, 1983; *La República*, marzo 23, 1983.

8. *La República*, junio 8, 1983.

9. Mayoría de diarios, Banco de datos de DESCO, mayo 30, 1983.

heridos. La prensa señaló a un conocido narcotraficante y nada menos que a Antonio Díaz Martínez, como gestores del drama. En una carta dirigida a su esposa, dejó este registro de la pesadez de esos días:

Hoy ha sido nuevamente otro día intenso, brusco, donde la mugre, el dolor, la droga y la desesperanza se revuelcan frente a un poder reaccionario y violento que no hace nada por cambiar las cárceles; o más bien hace lo posible porque los hombres que han delinquido se hundan más.¹⁰

En El Frontón, mientras tanto, el avance de los prisioneros parecía incontenible. El 4 de abril retuvieron rehenes por treinta horas obteniendo la satisfacción de la mayoría de los 15 puntos de su pliego de reclamos. Entre las demandas denegadas estaban: la difusión de una proclama, ser considerados «prisioneros de guerra» y que El Frontón sea llamado «campo de concentración».¹¹ Igual, la violencia retomó a fines de mes: nuevas demandas, nuevas concesiones y el mismo e invariable clima de tensión. En marzo de 1985, un informe oficial observó que «los 400 terroristas internados en la isla penal de El Frontón pueden provocar en cualquier momento un motín de gravísimas consecuencias» pues «desde hace más de un año no hay control sobre ellos y han sobrepasado la autoridad de los empleados civiles de la Dirección General de Establecimientos Penales».¹²

Once motines de presos comunes y seis conflictos involucrando a los prisioneros senderistas harían del año 1985 un año penal particularmente agitado. Destaca entre estos, el de mediados de julio por haber sido un movimiento coordinado entre tres centros penales (Lurigancho, Santa Bárbara y El Frontón). Se firma, como resultado, un acta más, en la que queda anotado que las autoridades confieren a los reclamantes el estatus de «presos especiales», aparte de comprometerse a realizar mejoras infraestructurales y la entrega a los presos de la administración del dinero asignado por el Estado para la

10. Carta del 24 de agosto de 1984 citada en .Semblanza de Antonio Díaz Martínez», p. 27.

11. *Expreso, La República*, abril 15, 1985.

12. *Expreso*, marzo 14, 1985.

alimentación.¹³ Ante el Congreso de la República, el ministro de Justicia debió reconocer que, debido a la resistencia de los reclusos, por veinte meses ya, el personal de seguridad no había podido ingresar al pabellón asignado a los presos senderistas en la isla-penal de El Frontón.¹⁴ En este ambiente erizado, las requisas periódicas acarrearán inevitablemente confrontación. Los prisioneros demandaban que se realizaran con previo aviso y con presencia de veedores reconocidos. Las autoridades, por su parte, aducían que requerían del factor sorpresa para que estas fuesen efectivas. El 4 de octubre, en Lurigancho, una requisas, precisamente, devino en un choque sangriento: treinta reclusos senderistas murieron. Nuevamente, al infortunado ingeniero Díaz Martínez le correspondió dejar testimonio del horror: relata las seis horas de asedio que precedieron a la incursión, «yo salí casi ileso – dice pero ya afuera me masacraron los Guardias Republicanos». Y si no le habían matado -continuó- había sido porque había logrado salir mientras otros uniformados, entraban al -Pabellón Británico» a «rematar a la gente adentro y luego con el incendio que generaron prendieron a heridos y muertos».

Para entonces -octubre de 1985-, tras casi dos años de prisión y el segundo encuentro cara a cara con la muerte, su testimonio transmite el inequívoco sello de la mística partidaria: la prescindencia de la individualidad, la autoinmolación que se justifica en la inevitabilidad de la victoria. El eco de un acto de transfiguración. Los murales del «Presidente Gonzalo» «han sido intencionalmente destruidos como si se despedazara un mito», todas las instalaciones «que nosotros logramos construir con amor y paciencia para buscar un relativo bienestar, trabajando más de dos meses íntegros, han sido derruidos con ensañamiento en un solo día». De poco les había valido. Para todos era claro que «en medio del desorden se levanta el sol», pues mientras -aquí en el centro y entraña del monstruo sólo pueden recurrir a la matanza, genocidio y masacre», en -la montaña» como -un relámpago de fuego. arde victoriosa» la guerra popular. Un hecho, más aún. le llena de orgullo

13. Rolando Ames, Jorge del Prado y otros, «Informe al Congreso sobre los sucesos de los penales», Lima, 1988, p. 26.

14. Ibid., p. 28.

y emoción: «cuando tirados boca abajo los 250 sobrevivientes, mientras los apaleaban y masacraban, empezaron a cantar nuestras canciones», demostrando así que «sobre los escombros se levanta el orden», que «el optimismo y el espíritu de lucha no nos abandona en ningún momento». Al final, «por la acción del partido» el «revés sufrido se había convertido en un «éxito político». Gracias a que la acción había sido enfrentada con «heroísmo revolucionario», la sangre derramada se convertía en «rojas banderas tremolantes que convocan a proseguir la lucha».¹⁵

Guzmán consagró la memoria de la masacre del 4 de octubre de 1985 declarándolo «día del prisionero político», estableciendo a partir de ahí el papel de los caídos en manos de la represión en el desarrollo de la «guerra popular». Que «la actividad política y militar de un comunista» no se acababa «el día que es detenido» era el pilar de su planteamiento. Su responsabilidad, por el contrario, se concretaba en «la transformación de las negras mazmorras reaccionarias en Luminosas Trincheras de Combate», cuyo papel era «politizar y propagandizar en el seno de nuestro pueblo la Guerra Popular y la República Popular del Perú». Al «país y al universo» los presos políticos y prisioneros de guerra demostrarían los inauditos alcances de su «resistencia heroica», la fortaleza tenaz de los mejores hijos de nuestro pueblo, la que nada sino el genocidio podía atraer del «reaccionario gobierno aprista».¹⁶

Abimael versus Alan

En el horizonte senderista 1985 no podía ser un año cualquiera. Era un año de elecciones generales y el posible triunfador era un líder que, dentro del general desprecio que les inspiraban todos los políticos burgueses, representaba un adversario de fuste. Con Alan García Pérez llegaría al poder la demagogia nacionalista, la posibilidad de arrastrar a las «masas atrasadas» y ponerlas en contra de la «guerra popular», más aún si

15. Cartas del 6 y 10 de octubre de 1985 citadas en «Semblanza de Antonio Díaz Martínez», p. 27.

16. «4 de octubre. Día del prisionero de guerra».

el frente de la «izquierda electorera», como calculaba el doctor Guzmán, se avenía a actuar como su «furgón de cola». El nuevo mandatario, en efecto, tenía una propuesta para la sierra. Concentró su atención durante su campaña en el departamento de Puna que, según anunció, pasaría a ser la sede de un plan de recuperación del «trapecio andino». A través de una serie de eventos denominados «Rimanakuy» («conversemos» en lengua quechua), más aún, planteó una alianza entre el régimen y las comunidades campesinas altiplánicas a las que ofreció un programa de empleo temporal (PAIT), un banco agrario con participación campesina en su directorio y un programa de «crédito cero» para el campo. ¿La vieja estrategia contrainsurgente de secarle el campo a la guerrilla móvil previniendo su capacidad de generar respaldo? SL, en todo caso, se apresuró a «desenmascarar» al líder aprista desde el inicio mismo de su mandato.

En una proclama hecha pública en los meses previos al sufragio, éste ridiculizaba cualquier esperanza electoral.¹⁷ La «guerra popular» había demostrado cuán caduca y enferma era la sociedad peruana. El problema era cambiarla. Votar sólo iba a servir «al establecimiento de un gobierno más genocida», pues así lo determinaba «la necesidad del Viejo Estado» puesto a la defensiva por el empuje del «pueblo levantado en armas». Y quién si no ellos iban a encargarse de demostrar la falsedad del discurso «democrático-popular» de García Pérez. No en vano acababan de probar de cuánto eran capaces al sobrevivir el infierno de la represión militar. Habían entrado a Ayacucho como un ejército de ocupación, como los norteamericanos en Vietnam. El Ejecutivo les había extendido carta blanca para arrasar. Pero se habían encontrado con una guerra campesina dirigida por el PCP y no habían podido derrotarla. Tras la dura lucha en torno al restablecimiento-contrarrestablecimiento entre el «viejo y el nuevo poder» en los años 1983 y 1984, 1985 se abría como el año de la expansión de la «guerra

17. PCP, «No votar: sino generalizar la guerra de guerrillas para conquistar el poder para el pueblo, en *Guerra popular en el Perú (El Pensamiento Gonzalo)*, recopilación y edición de Luis Arce Borja. Bruselas. 1989, pp. 208-216.

popular» a «todo el ámbito de nuestras serranías de Norte a Sur».¹⁸

Los hechos de la guerra corroboraron el análisis: SL se dispuso a sepultar en su mismo origen el intento aprista de reajustar la estrategia antisubversiva enfocando el aspecto social. «Aniquilamientos selectivos» de apristas en diversos puntos de la República, el asesinato de un alto oficial de la Marina, atentados en Lima contra restaurantes y centros comerciales, todo ello apuntaba al pronto «desenmascaramiento» del «demagogo» García Pérez. El establecimiento del estado de emergencia y el toque de queda en Lima y Callao en febrero de 1986 fue celebrado por Guzmán Reynoso como un hito en el desarrollo de la guerra: el «viejo poder» que abdicaba de sus atribuciones poniendo, una vez más, todo en manos de los militares. En tal contexto se reafirmaba la condición de las prisiones como arenas privilegiadas de lucha. Ahí el concepto del partido como «máquina de guerra» alcanzaba su expresión más depurada, en virtud de la eliminación casi completa de los espacios individuales. Era la consolidación de las LTC. Así vieron ese proceso los investigadores de una comisión parlamentaria:

Desde la ingestión de alimentos a la lectura de revistas y periódicos e incluso a la recepción de cartas, todo se hallaba regimentado por el colectivo. Se podía llegar al castigo corporal de aquellos que no cumplieran satisfactoriamente las decisiones del partido. Esta actitud se acentuaba en la relación con los disidentes, quienes eran hostigados incluso físicamente. Asimismo, su comportamiento respecto a los presos de otras tendencias políticas, especialmente de la Izquierda Unida y MRTA era hostil, lo que hizo difícil y finalmente imposible la convivencia en el mismo pabellón de presos de los diferentes grupos [políticos].¹⁹ Impotentes, las autoridades carcelarias siguieron retrocediendo a lo largo de 1985 y 1986, firmando actas de compromi

18. PCP «Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial» (agosto 1986), en *Guerra popular en el Perú*, pp. 219-304.

19. R. Ames y otros, «Informe al Congreso sobre los sucesos de los penales».

so para salir del problema inmediato. que luego no serían capaces de cumplir, lo que llevaría a nuevas protestas cada vez más belicosas y efectivas. La antes mencionada confrontación de octubre de 1985 (que dejó un saldo de treinta muertos) aumentó la preocupación sin motivar reales medidas preventivas. Las opciones inmediatas eran pocas. En los penales. los acontecimientos parecían seguir un ineluctable curso de colisión. En este contexto, el planteamiento de que el estado mayor senderista estaba afinado en las prisiones ganó credibilidad. Sutilmente, estas iban siendo definidas como objetivo militar. Guzmán decidió anticiparse: emplear a fondo el capital político acumulado en las prisiones, antes de enfrentar un desalojo en desventaja. Ardiente anti-revisionista, al fin y al cabo, escogió la celebración de un congreso de la Internacional Socialista para enfrentar a quien en ese entonces era todavía uno de los mandatarios más respaldados en la atribulada historia de la democracia peruana.²⁰

Poder civil. Solución militar

El 18 de junio, Lima despertó con la noticia de un nuevo conflicto penal. Nada absolutamente excepcional hubo en la manera en que los reclusos se declararon en rebeldía en los tres establecimientos participantes en la acción: captura de rehenes al romper el alba, atrincheramiento general, entrega del pliego de reclamos -más de veinte puntos referidos a condiciones de vida de los presos y coronados por la demanda de presencia de la prensa -en la suscripción de los acuerdos y en la ejecución de los mismos»- y luego -a esperar la respuesta, o bien entra el gobierno a negociar o bien entra a genocidio». La táctica no era distinta a la utilizada a lo largo de los dos años previos. La atmósfera, sin embargo, lo era.

20. En septiembre de 1985, a dos meses de iniciar su mandato, García Pérez contaba con un 90% de aprobación. Entre febrero y junio de 1986 dicho porcentaje fluctuaba entre un 81% y un 85%. En julio había descendido a 70%, en lo que sería el inicio de una caída gradual y sostenida. Carlos Reyna, *La anunciación de Fujimori Alan García 1985-1990*, Lima, DESCO, 2000, p. 55

A raíz del asesinato del contra-almirante Ponce Canessa por un «escuadrón de aniquilamiento» senderista, el ministro de Marina había advertido a los «subversivos» de que habían «despertado al león» con consecuencias imprevisibles. Para García Pérez, el evento social-demócrata era un paso muy importante en su aspiración de convertirse en una figura de envergadura latinoamericana y acaso tercermundista. El evento había atraído numerosa prensa extranjera. Durante meses, los senderistas habían venido advirtiendo que se venía el genocidio. Aquella mañana se encontraban mental y físicamente preparados para esa eventualidad. Así lo expresaron los sobrevivientes y lo corroboraron sus adversarios. «Resistencia feroz» era la orden del día. La certeza, en otras palabras, de que «sólo muertos» los sacarían de sus pabellones. El gobierno negociaba con ellos o los mataba. Esa era «la decisión unánime de comunistas y combatientes de la LTC» , quienes se aprestaban a vivir ese día «con la moral elevada al tope y dispuestos a asumir cualquiera fueran las circunstancias y el costo a pagar pues el plan era justo y correcto y se habían cumplido con todos los preparativos». ²¹ Acaso pensaban que el peso de su propia tradición partidaria iba a empujar al régimen a negociar. Los apristas no podían explicar su historia sin el martirologio de sus presos en sus dos largos períodos de clandestinidad: de los años treinta a los cuarenta y, luego, durante los cincuenta. El propio padre del presidente García era uno de los protagonistas del llamado «martirologio» del aprismo. Don Carlos García Ronceros era prisionero político al momento del nacimiento del futuro mandatario.

A la hora de la verdad, de poco sirvieron las memorias y las afinidades que de una común historia de persecuciones podían derivar. Tras algunos pálidos intentos de mediación de autoridades menores, hacia las dos de la tarde llegó a los penales una orden terminante de Palacio: «restablecer el orden con la máxima energía que permite la Ley, preservando -en lo posible-la vida de los rehenes y rescatando el principio

21. PCP, «Cronología del genocidio de junio. Luminosa Trinchera de Combate de El Frontón». Para una reconstrucción literaria de la batalla dentro del Pabellón Azul de El Frontón, véase el cuento de Dante Castro Arrasco, «El ángel de la isla», publicado en el libro *Parte de combate*, <http://www.angelfire.com/dc/combate/index.html>

de autoridad». El mandatario se había sentido acorralado y sometido, como él mismo diría, a un «chantaje inaceptable». y su respuesta -como la de sus eventuales adversarios- era una opción política que -como después lo interpretaría la Comisión Investigadora del Congreso de la República- identificaba «el rescatar el principio de autoridad con el imponerse por la fuerza». De otro lado, al no estar acompañada por una eficaz vigilancia civil, dicha opción significaba una completa abdicación del poder constitucional en manos de la fuerza militar. Cuando el operativo de restablecimiento del orden en el penal de Lurigancho culminó -al amanecer del 19 de junio-, había 124 muertos. No se conocía de sobrevivientes. Ese fue el sombrío y brutal resultado de la orden presidencial. Se refirió el informe oficial a las numerosas veces en que se les había conminado a rendirse, ya sus respuestas enfervorizadas con lemas como «A lavar con sangre nuestra sangre» o «Morir de pie antes que humillarse de rodillas». Los muertos -continuaba el informe- eran el resultado de los explosivos lanzados por las fuerzas del orden y de los propios reclusos que victimaban a aquellos que pretendían entregarse. Al final muchos se habían rendido, sólo para «caer abatidos por el accionar directo de la fuerza interviniente» en una operación que, por su excesiva rapidez, no dejó oportunidad para «dictar las órdenes precisas para evitar estos excesos».²²

Aún se combatía en El Frontón cuando la masacre de Lurigancho ya había sido consumada. Ahí, la confrontación tomaba la forma de una «guerra convencional». De hecho, las características del terreno permitían el uso de un armamento de mayor poder destructor, y la total autonomía que habían disfrutado los reclusos durante largos meses les había permitido una cabal preparación defensiva. Se decía que los reclusos habían construido túneles, que contaban con un arsenal subterráneo. Pro mediando la tarde, la Comisión de paz -que el gobierno había nombrado algunos meses antes- había intentado mediar.²³ Fue rechazada con firmeza por los prisioneros.

22. Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. «Informe de los sucesos ocurridos en los penales», julio 2, 1986 en «Informe al Congreso sobre los sucesos de los penales». pp. 338-362.

23. Sus integrantes eran los médicos Fernando Cabieses y César Rodríguez Rabanal y el abogado Diego García Sayán.

Entre las cinco de la tarde y las tres de la mañana del 19 de junio, las fuerzas de la Guardia Republicana apoyadas por efectivos navales comenzaron la destrucción del llamado Pabellón Azul convertido en un bastión senderista. Les respondieron con «dardos, flechas, ballestas, hondas, las armas de fuego arrebatadas a los rehenes». Tras una pausa, a las cuatro de la mañana entró a tallar la infantería de Marina, usando bazucas y cañones. A las tres de la tarde, el Pabellón Azul sucumbió sepultando cadáveres, heridos y sobrevivientes y los supuestos túneles y arsenales que en su vientre albergaba. «Veinte horas de combate, ni un solo grito de queja ni dolor», dirá el testimonio senderista. Veintinueve sobrevivientes y «un número indeterminado de cadáveres de DDSS [delincuentes subversivos] sepultado por los escombros», concluye el informe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. En 119 se fijaría, más tarde, la cifra de fallecidos, contando aquellos que, rescatados vivos, habían sido posteriormente ejecutados.²⁴ Al atardecer del 19, la LTC de El Frontón pertenecía al pasado, aunque los detalles de su abatimiento seguirían merodeando al poder militar durante la próxima década y media. En los días subsiguientes sus sobrevivientes comenzaron a llegar a Canto Grande. Desde su escondite en algún lugar del país, el doctor Guzmán comenzaba la tarea de inscribir lo ahí vivido en las páginas de la «guerra popular».

En mayo de 1981, el PCP había comenzado a prepararse para enfrentar el «baño de sangre» que «tenía que venir» cuando las Fuerzas Armadas entraran a combatir a la «guerra popular».²⁵ En 1984 podía preciarse de haber sobrevivido. Grabado a fuego en la mente de sus integrantes, el concepto de «la cuota» ayudó a convertir a los militantes en guerreros, a asimilar la experiencia de matar y ser matado.²⁶ La revolución, a fin de cuentas, como había dicho Mao, no era «ofrecer un banquete» ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer

24. Para un examen pormenorizado, sobre el tema, véase Amnesty International, «Disappearances, torture and summary executions by government forces after the prison revolts of June 1986». Londres, Amnesty International Publications, 1987. pp. 41-62.

25. Entrevista a Abimael Guzmán, *El Diario*, julio 24, 1988.

26. Véase sobre el tema G. Gorriti. *Sendero*. pp. 157-169.

un bordado» sino «un acto de violencia» mediante el cual una clase derrocaba a otra.²⁷ En 1985, ese Sendero renacido tras la marcha por el desierto del «genocidio» militar comenzó a mostrar al país sus credenciales revolucionarias; su preparación, en particular, para no doblegarse ante la potencia de los aparatos armados del Estado. A las prisiones correspondió un papel central en esa crucial operación propagandística. En reconocimiento al combate, el 4 de octubre de 1985 fue declarado por el partido como el «día del prisionero de guerra».²⁸ La lógica era inapelable: lejos de ahogar la revolución, «la sangre derramada atizaba y regaba la revolución por todo el país». Las masacres de junio, más aún, dejaban establecida -ante muchos peruanos- la superioridad moral de los senderistas.²⁹ A costo de su propia muerte, los prisioneros de guerra habían provocado «el más grande remecimiento del Estado peruano hasta hoy y la mayor repercusión de la guerra popular, dentro y fuera del país». García Pérez había quedado desmascarado: su gobierno, lejos de ser demócrata y popular, era fascista y corporativo. Y de paso, se había golpeado a la internacional revisionista, en tanto que el PCP había demostrado «ser capaz de enfrentar violentas ofensivas persistentes y siniestras y todo un genocidio de grandes proporciones». Un hito tan importante merecía ser grabado con caracteres especiales en la santoral senderista. En textos y folletos se glorificaría la epopeya,³⁰ y el «día del prisionero político» dejaría paso al «día de la heroicidad». Si «la cuota» había sido parte de la anunciación, la «heroicidad» era el versículo prominente del evangelio que con la sangre de los reclusos de Lurigancho y El Frontón se había comenzado a escribir. Y entre ambos, era El Frontón -donde la masa había muerto combatiendo, a diferencia de Lurigancho en que se había rendido- adonde había que mirar en busca del ejemplo luminoso a seguir: doctor Guzmán *dixit*.

27. «Informe sobre la investigación del movimiento campesino en Hunán. (1927), Mao Tse Tung, *Obras escogidas*, vol. I.

28. PCP, Presidente Gonzalo, «Dar la vida por el partido», junio 1987.

29. PCP, «Nada ni nadie podrá derrotarnos», junio 1986.

30. Véase, por ejemplo, « ¡Férrea resistencia feroz! (testimonios gráficos), y « ¡Día de la Heroicidad! Tercer aniversario., junio 1989.

Canto Grande: vitrina de la revolución triunfante

*En 1992 pasé a las escuelas populares, ahí conocí a todos mis
camaradas. Sentíamos algo así como que estábamos
tomando el poder.
Un militante senderista¹*

El poder a la vuelta de la esquina

Fortalecido por la sangre de sus mártires, hacia 1986 Sendero entró en una etapa de optimismo desbordante. Imposible ahora que alguien pretendiera minimizarlos: la «guerra popular» se había convertido en «el problema principal que enfrenta el Estado peruano». ² Era así como se veían. Con cifras y porcentajes, el doctor Guzmán demostraba en farragosos documentos de creciente circulación la ilegitimidad del tinglado electorero. El culto partidario hacia su persona comenzó a desbordarse al exterior: le dio por llamar al jefe de Estado aprista, «ese que funge de presidente», mientras su nombre bautismal sucumbía para siempre ante su mítico *nom de guerre*: «Presidente Gonzalo». Presidencial, efectivamente, en julio de 1988 aceptó conceder una «entrevista» al órgano oficioso senderista con tono de mensaje a la nación. Y en 1990 -tras refutar una vez más las pretensiones de legitimidad del proceso

1. Citado en Pablo Sandoval. «El olvido está lleno de memoria. Juventud universitaria y violencia política en el Perú: la matanza de estudiantes de La Cantuta» (ms.). Agradezco al autor haberme permitido consultar la versión previa de este importante estudio.
2. PCP. «Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial».

electoral-, manifestaría que «diez años victoriosos» de guerra popular «sustentada en las masas» y «bajo la dirección del partido» se concretaban en «la estremecedora perspectiva real de conquistar el poder en todo el país». ³ La debacle del régimen aprista, la hiperinflación incontenible, las múltiples denuncias de corrupción, daban credibilidad a sus palabras. En esas condiciones, el reclutamiento senderista entre la juventud estudiantil alcanzaría sus cuotas más altas, impulsando una intensa dinámica que le permitió establecer -como observó Carlos Iván Degregori- «cabeceras de playa en algunos de los múltiples bolsones de extrema pobreza», donde su propuesta de un «comunismo de guerra» podía parecer atractiva. ⁴

El Estado, en verdad, se desmoronaba. A la par con ello, la credibilidad de la clase política decrecía a niveles inauditos. Como la más grave desde la guerra del Pacífico calificaban diversos analistas a la crisis en curso. ⁵ Algunos llegaron incluso a hablar de «balcanización» o «libanización». ⁶ La izquierda electoral se derrumbaba y la derecha liberal -con Mario Vargas Llosa a la cabeza- emergía con una fuerza desconocida. La conducta misma del errático presidente García contribuía al caos. En mayo de 1988 se reveló que, siendo joven, en un evento de su partido había puesto como ejemplo la «mística y entrega» de los senderistas quienes -dijo- merecían su «respeto y personal admiración porque son, quiérase o no, verdaderos militantes». A inicios de 1989, la popularidad del mandatario bajó a menos del 10%.

3. PCP, « ¡Elecciones, no, guerra popular, sí!», (1990).

4. Carlos Iván Degregori. «El sorprendente colapso de Sendero Luminoso. Buscando una explicación» (ms.), p. 1.

5. Sobre la crisis del régimen de Alan García, véase Julio Cotler. *Política y sociedad en el Perú. Cambios y continuidades*. Lima, IEP, 1994, capítulo 5; Sinesio López, *El dios moral. Estado, sociedad, política en el Perú en el siglo XIX*, Lima. Instituto Democracia y Socialismo, 1991, capítulo 5; y Carlos Reyna, *La anunciación de Fujimori. Alan García 1985-1990*, capítulo IV.

6. Véase, por ejemplo, Luis Pásara, «La 'libanización' en democracia», en Luis Pásara y Jorge Parodi, *Democracia, sociedad, y gobierno en el Perú*, Lima, Centro de Estudios de Democracia y Sociedad, 1987, pp. 17-52.

Nuevos grupos, entretanto, sumaban su aporte a la espiral de violencia. Entre 1986 y 1987, agentes del régimen formaron el Comando Rodrigo Franco que comenzó a planear la eliminación subrepticia de elementos «subversivos». El aparato de defensa legal del PCP-SL sería uno de sus primeros blancos y el abogado Manuel Febres Flores, en julio de 1988, su primera víctima.⁷ Coronando este cuadro de desgobierno, en mayo de 1990, 48 reclusos del Movimiento Revolucionario Tupac Amaro -que actuaba en diversos puntos del país desde 1984- protagonizaron un espectacular escape del penal de Canto Grande, tras construir un túnel de más de 300 metros.⁸ Víctor Polay, el jefe emerretista, era hijo de apistas y apista el mismo, compañero de partido y de aventuras europeas del presidente García. Entonces y mucho después las sospechas envenenarían el ambiente político.

Los prisioneros senderistas, en estas circunstancias, retomaron el camino que en el derruido Pabellón Azul parecía haber sido cancelado para siempre. A lo largo de 1987 una nueva LTC fue forjándose en el penal de Canto Grande. Este había sido construido como alternativa de «máxima seguridad» frente a El Frontón y Lurigancho. El puñado de sobrevivientes de la isla, llevó ahí la experiencia de años previos. A mediados de 1988 tuve la oportunidad de visitar a los reclusos senderistas en aquella prisión. Lo que viene es el relato actualizado de aquella experiencia.⁹

7. Véase al respecto las confesiones de un ex miembro de dicha organización en «Testimonio de ex agente del comando Rodrigo Franco inculpa a Mantilla», mayo 19, 2002, en <http://www.agenciaperu.com/investigacion/2002/may/franco.htm>
8. Véase sobre el tema Guillermo Thorndike. *Los topes. La fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande*, Lima, Mosca Azul Editores, 1991 y Claribel Alegría. *Tunnel to Canto Grande*. Willimantic, CT, Curbstone Press, 1996.
9. Las páginas siguientes están basadas en mi artículo «The revolution behind bars», en *NACLA. Report on the Americas*. vol. XXIV (4), diciembre-enero 1990-1991. 17-19. Y mis notas de campo de mi visita en 1988. Sobre esa base, intercalo información recabada posteriormente. Las secciones tomadas de mi artículo de 1990 y de mis notas de campo se presentan en itálicas. Según la publicación «La Nueva Bandera (The New Flag)». [New York. EE.UU]. vol. 1. Nº 2, June/July. 1994. p. 4, <http://www.blythe.org/peru-pp/newflag/>

Comuna roja carcelaria

A las 8:30 de la mañana del domingo la cola de visitantes serpentea por cerca de tres cuadras frente a la puerta principal. Una hora más tarde comienza el ingreso. Tras una meticulosa revisión física y documental, un oficial me aplica tres sellos diferentes en el brazo derecho. Examinó las leyendas de los sellos mientras me dirijo hacia el pabellón 4B. Uno de ellos dice, curiosamente. «Javier Heraud Sports Club». SL Heraud, el célebre poeta-guerrillero muerto en 1962 en un paraje del sur-oriente peruano cuando ingresaba al país como parte de un destacamento del Ejército de Liberación Nacional.

Unos cuatro minutos toma recorrer, a través de una especie de tierra de nadie flanqueada por elevados cercos, el camino a la rotonda o patio central del penal. Deambulan a ambos lados del pasadizo que recorreremos, algunos internos casi en harapos, con aspecto alucinado; meten sus brazos a través de las rejas hasta casi tocarnos, mientras pronuncian frases ininteligibles. Cada pabellón es un edificio de cuatro o cinco pisos, con ochenta celdas y su propio patio central. El panóptico clásico en que el máximo de las instalaciones puede ser observado desde un punto central. Desde fuera, con los internos agolpados en las ventanas, mirando el ingreso de la visita, emitiendo gritos que no alcanzo a discernir, la sensación es la de estar en un lúgubre anfiteatro de la antigüedad, medio ruinoso ya, a pesar de que Canto Grande no ha cumplido aún su primera década de existencia. Urgido por las circunstancias, el gobierno lo inauguró sin completar el equipamiento que correspondía a su condición de establecimiento de «máxima seguridad». Sensores, detectores de metales, rejas eléctricas inexistentes. Su lugar es ocupado por el lento y medroso trabajo de los aburridos policías y sus curiosos sellos, quién sabe de qué procedencia.

El pabellón 4B es el que corresponde a los detenidos por terrorismo. A la entrada, un hombre joven con aspecto estudiantil abre

Nf0102.pdf, el contacto con los prisioneros senderistas al que mi artículo en ANCLA alude fue una «falsa alegación» de quienes ellos veían como un «agente fujimorista».

la reja. Viril apretón de manos y la invitación a pasar. Una vez dentro, caminamos entre dos filas de internos que marchan en el sitio portando banderas rojas y coreando lemas de saludo con exacta y penetrante coordinación. Al final del pasadizo nos recibe un individuo que se distingue de sus compañeros por su tez clara y su elevada talla. «Bienvenidos a la luminosa trinchera de combate de Canto Grande» nos dice, al tiempo que nos extiende la mano. «Al llegar hasta aquí -continúa-ustedes desafían la política reaccionaria que trata de aislarnos y aplica sus negros objetivos genocidas a los prisioneros de guerra de nuestro partido. Los consideramos nuestros amigos y hoy día son invitados de nuestro partido».

Es Edmundo Cox Beauzeville. Fue arrestado en Puno en 1981, mientras hacía -según dijo- trabajo de campo para una tesis en economía. Llevado a Lima, fue detectado por un periodista en un hospital. Había sido torturado por la policía. En ese entonces era difícil creer que un estudiante capitalino, de «buena familia» y pariente del obispo de Lima, pudiese estar vinculado con una agrupación percibida como mayoritariamente indígena y provinciana. Excepcionalmente, sus torturadores fueron sancionados por la autoridad civil, aunque la jefatura policial se negó a cumplir con dicho mandato. Permanecería en El Frontón hasta el verano de 1986, sólo para ser arrestado nuevamente hacia fines de año en la ciudad de Juliaca, Puno. Acaso esa breve libertad le salvó de la masacre en la isla-penal. En 1987 ingresó a Canto Grande.

En el centro mismo del patio interior del pabellón han acondicionado catres como asientos para los visitantes. Mientras esperamos a «Paco» -objetivo de nuestra visita-, el «camarada Pérez» - que nos ha acompañado desde nuestra llegada- nos pregunta qué opinamos sobre «el desarrollo de la 'guerra popular' en el país». Tomado de sorpresa por la pregunta, apenas atino a mencionar que acabo de estar en Cuzco y Puno. «Puno está ya bajo el control del partido», acota Pérez sin asomo de duda. «Cuzco -continúa- va a caer recién al final porque se trata de un centro del poder burocrático y represivo» Nos habla a continuación de la situación en Nicaragua, ejemplo -dice- de la labor de zapa del revisionismo, dedicado a hacer fracasar los movimientos revolucionarios alrededor del mundo. Se refiere luego a Deng Tsiao

Ping, cuya traición a los principios de la revolución china había provocado que los estudiantes chinos se levantaran demandando el retorno al camino del presidente Mao. Hay algo de mecánico en la contundente retórica de Pérez, cada mención a Deng es acompañada de una frase martillante: ese «chupo de pus». Más tarde «Paco» nos dirá que Pérez es algo así como el decano de los prisioneros de guerra, testigo excepcional de la masacre de Lurigancho en junio de 1986. «Como es analfabeto -dice-, pide que se le lean varias veces los documentos con el fin de memorizarlos».

«Paco» nos lleva a recorrer el pabellón. A un lado del patio se lee una cita de Mao pintada en la parte más elevada del muro de unos seis metros de altura. -La fuerza de los militantes de hierro les permite conquistar las mayores alturas». ¿Cómo han logrado pintar a esa altura?, ¿si pueden trepar tan alto por qué no escapar?, interrogo a -Paco». -Nosotros -responde- no escapamos. Al pintar esa cita a esa altura les demostramos a los reaccionarios cuán pequeños son. Los guardias se vuelven locos tratando de averiguar cómo lo hemos hecho».

También es un misterio cómo han pintado una serie de murales que ilustran las fases de la -guerra popular». En el mejor estilo de la iconografía maoísta, un sabio y paternal-Presidente Gonzalo», aparece retratado con el trasfondo de un sol naciente acompañado de radiantes masas de campesinos y trabajadores. Las pinturas son impresionantes, admirablemente realizadas, dadas las circunstancias. ¿Tienen acaso a un artista plástico aquí?, pregunto. «Son producto del trabajo colectivo» -responde «Paco». «Cada uno de nosotros tiene que realizar una actividad artística, aprender a pintar o a tocar un instrumento musical. Cuando se termina el mural lo sometemos a discusión. Si la mayoría piensa que el «Presidente Gonzalo» luce demasiado serio o un poco superficial, hay que retocarlo».

En una esquina del patio, varias botellas de plástico han sido convertidas en un palomar. «Si nos cortan las raciones podemos comer palomas» -dice Paco-, aunque corre el rumor de que las usamos para enviar mensajes». Cerca de ahí se ha dispuesto un área para internos afectados de enfermedades infecto-contagio

sas. Alimentación y salud son asuntos cruciales en la organización del pabellón. Considerando las circunstancias, todo luce sorprendentemente limpio. Un oasis en la apabullante suciedad circundante. Deportes y artes marciales son parte de la rutina diaria, tanto como el entrenamiento militar y la capacitación política: «aprendemos a discutir, cómo explicar la línea sin hacer concesiones, cómo ser claro pero firme, practicamos beligerancia oral y física».

Dentro del edificio, citas de Mao cubren todas las paredes. Hacen referencia a la importancia de la salud, de las ideas claras y puras y de una moral sólida; rinden homenaje a los «militantes de hierro», hablan de arte, felicidad y amor. La dialéctica es la clave para comprender el sentido esencial de la vida. El día anterior a nuestra visita, la selección nacional de voleyball ha sido derrotada por Brasil en la semifinal del campeonato mundial de ese deporte celebrado en Lima. El país siguió cada detalle del encuentro. El pabellón 4B de Canto Grande no fue la excepción. Sus residentes han seguido el evento por televisión. Una vez concluido -me dicen- han examinado la derrota peruana a través del pensamiento-guía del «Presidente Gonzalo».

Para una organización clandestina conformada por organismos autónomos centralizados en una jefatura única, lidiar con nuevos internos es un asunto delicado. Cualquier persona arrestada por terrorismo y enviada a Canto Grande puede solicitar que se le lleve al pabellón 4B. «Usualmente recibimos información sobre los antecedentes de quienes llegan», explica Paco. «Si no es así -continúa-, el recién llegado es puesto bajo observación, interrogado y sometido a un periodo de discusión y esclarecimiento ideológico. Cualquier cuadro puede determinar el nivel de involucramiento de una persona en la organización, analizando para ello -asevera nuestro informante- su estilo de argumentar y hasta las palabras que utiliza.

Ese fue el caso de Mario Vilcará, quien años después relató su experiencia a la periodista Vicky Peláez en su exilio neoyorquino. Detenido, según dice, de manera arbitraria, fue conducido a Canto Grande tras dos meses de violento interro

gatorio en otra dependencia policial. Se trata, anota Peláez, de «uno de los miles de inocentes que purgaron cárcel a raíz de la guerra entre Sendero Luminoso y el gobierno peruano». La policía opta por llevarlo al pabellón 4B. Desde la reja de acceso anuncian que traen a «tres nuevos». Desde dentro, un interno contesta que «allí ya eran muchos y que no cabía ni un preso más». Responde el guardia diciendo que, en ese caso, «nos llevaría al pabellón de los presos comunes». En ese punto, aparentemente, el encargado de la reja se conmovió. Pronto Vilcará sentiría que era tratado como persona por primera vez desde su detención. «Si ese hombre no se hubiera decidido a recibimos, otra sería mi historia», dice, recordando el intimidante espectáculo que los pabellones de presos comunes ofrecía. Les preguntaron si eran del partido. Como ninguno lo era, los admitieron como «masa».

El sonido de zampoñas despertó mi primera mañana en esa cárcel, y desde ese momento nunca más en el tiempo que permanecí en el 4B, mis días, mis horas y mis minutos estuvieron vacíos. El sistema de sobrevivencia era admirable, culpables e inocentes, sentenciados o no, estábamos tras las rejas y debíamos sobrevivir con dignidad, así lo habían decidido los dirigentes prisioneros de ese pabellón y gracias a Dios no fui llevado adonde los presos comunes, donde la droga, los asesinatos y las violaciones eran cosa de todos los días, allí la cantidad de presos con Sida es alta.¹⁰

El testimonio de Vilcará corrobora nuestras observaciones de 1988:

En el 4B éramos unos 400 presos. Desde el amanecer estaba programado todo. Por turnos los presos practicaban deportes, cocinaban, enseñaban o aprendían a leer, escribir y todo lo que pudieran. Igualmente, se participaba en actividades culturales y por supuesto todos éramos adoctrinados y debíamos seguir una conducta estricta, de lo contrario no podíamos permanecer allí. Fui testigo de alguien que fue expulsado y los guardias lo llevaron donde los comunes. Todos los días se daba a conocer el «pensamiento del día», se hacía ejercicios, se cumplía tareas,

10. Vicky Peláez, «Morir en Canto Grande», en *Revista Poética Almacén*, www.librodenotas.com

se estudiaba, se programaba esparcimiento, se escuchaba las noticias, se analizaba la situación. etc. La limpieza del pabellón y personal eran estrictas. Teníamos tres depósitos de agua, almacén de alimentos, biblioteca, enfermería, cocina, huerto donde se criaba gallinas y cuyes. Todo logrado por los propios prisioneros, con lo que traían los parientes, con lo comprado a los policías y presos comunes.

El responsable del taller artesanal me muestra los diferentes modelos de carteras de cuero disponibles para la venta. En la sección de zapatería, «Jorge» -mi acompañante en la visita al penal- refiere que en una visita anterior calzaba unas sandalias muy modernas compradas en Miami «Uno de los internos me las pidió prestadas por un momento. Un par de semanas después, las copias ya estaban a la venta».

La producción de pan -nos relataría Osmán Morote Barrionuevo años después¹¹- fue lo que permitió lograr un autosostenimiento completo en Canto Grande. Presos comunes, empleados y policías llegaban hasta el 4B para adquirir este producto. Ese ingreso les permitiría adquirir aparatos de televisión, radio e instrumentos de construcción, con los cuales prácticamente habían logrado remodelar el trazo de los pabellones. Alcancé a ver el horno del 4B en mi visita de 1988. Habían utilizado el metal de los catres, ladrillos de paredes desmanteladas con combas y otras herramientas improvisadas, y descubierto cómo conectarlo a la troncal eléctrica del penal. lo que aseguraba su funcionamiento autónomo. Controlar su alimentación e impedir el encierro individual había sido el comienzo de la completa autonomía de la que los internos senderistas gozaban dos años después del «genocidio» de 1986. La destrucción sistemática de unos doscientos candados fue el fin del encierro en las celdas. En las condiciones económicas del Estado -recordó Morote-. llegaba un momento en que las autoridades no tenían cómo reemplazarlos:

Luego empezamos a sustituir sus candados con nuestras llaves, entonces [la policía] necesitaba autorización para ingresar a nuestros espacios. Luego venía la ampliación de los espacios,

11. Entrevista del autor. Prisión de Yanamayo, Puno, junio 18, 2002.

que incluía remodelación para adaptar el local a las actividades que desenvolvíamos. Requeríamos espacio para talleres, transformábamos dos o tres celdas, al comienzo con fierros, cosas elementales, después con otras herramientas. No era complicado. A través de los comunes conseguíamos hasta combas. Todo dependía de cómo manejar las relaciones con la policía y con el elemento lumpen».¹²

La firmeza con la policía y las autoridades del penal-a quiénes los delegados senderistas aventajaban en marcialidad y temperamento-, efectivamente, era uno de los pilares de su autonomía.

Les permitíamos que ingresaran a hacer el conteo numérico -según Osmán Morote- pero no la revisión personal. Y eso se logró a través de continuos enfrentamientos. Nos convencimos de que si no se imponían condiciones destruirían todas nuestras pertenencias, porque lo hicieron en reiteradas oportunidades, golpeando terriblemente además a los compañeros. Entonces decidimos ¡No a las requisas! Lo que hacíamos era permanecer vigilantes. Sabíamos cuando se podían ejecutar. Nos encerrábamos. Hacíamos tratos con las autoridades. Con lo cual, neutralizábamos el factor sorpresa, permitiéndonos exigir la presencia de la Cruz Roja y otros organismos. Como en cuatro oportunidades lo hicimos. A las nuevas autoridades se les imponía esta condición como un derecho ganado. Al tratar previamente la requisa, podíamos plantearles qué era lo que iban a requisar, qué era lo que consideraban que afectaba su seguridad, y que debían respetar nuestros materiales de trabajo, estudio y formación.¹³

La relación con los presos comunes era el otro pilar de la estabilidad senderista. Eran, en primer lugar, sus «clientes»: les vendían pan, bebidas y material de lectura, traían alimentos para ponerlos al horno, les reparaban los electrodomésticos y les daban asesoría legal y apoyo de salud. Eran, de otro lado, sus abastecedores. «Eran muy efectivos, conseguían de todo». Además, una relación diplomática con ellos neutralizaba la posibilidad de que las autoridades los manipularan para con

12. Ibid.

13. Ibid.

frontar a los políticos. Pero no interveníamos en su vida subraya nuestro informante-, podían agarrarse a balazos y nosotros no interveníamos».¹⁴

Afuera, la opinión pública no podía explicarse cómo, tras la masacre de 1986, SL había podido recobrar el «control de las prisiones». Desde dentro, observando la dinámica de la vida cotidiana, todo parecía más comprensible. El contraste de una comunidad humana cohesionada y fraterna contrastaba con el «soplo infernal»¹⁵ que emergía de los pabellones de los presos comunes. Una comunidad, por si fuera poco, capaz de exhibir una mística peculiar que sus guardianes percibían como una provocación.

Al mediodía, el patio del 4B es un hormiguero de grupos en animada conversación. En cierto momento ingresa una banda de quenas, zampoñas y guitarras. Los camaradas se organizan en formación militar. Marcando el paso, coreando en sincronía perfecta. El martilleo de siempre, como transmitiendo en el grito -además del lema-, la intensidad de su voluntad. Cuando la formación se ha completado ingresa alguien portando la bandera roja, comienzan a hacer evoluciones, de frente, a los lados, hacia atrás, colocándose en cuclillas de cuando en cuando, mientras la bandera es desplegada en el centro del círculo humano. El tono es andino, la coreografía es de la China de tiempos de la Revolución Cultural.

*Siglos se hunden, ídolos caen.
se quiebra un viejo orden de opresión
y en la montaña un relámpago de fuego
hiende la noche con su gran puñal.*

*Se agitan los mares, la tonnenta arrecia
y en el gran desorden se levanta el Sol.
Salvo el poder todo es ilusión
asaltar los cielos con la fuerza del fusil.*

14. Ibid.

15. Gustavo Gorriti usó esa frase para describir su visión de El Frontón en su visita de 1982.

Cuando la marcha termina permanecen quietos por más de media hora, los ojos fijos en el horizonte, sus puños golpeando el aire mientras corean las consignas del momento: «¡Larga vida al Presidente Gonzalo, filósofo, líder y maestro de comunistas! ¡Larga vida a nuestro primer congreso, hito histórico e inicio de una nueva era! ¡Obtener medios modernos a cualquier costo!» Y después de los lemas, el almuerzo y el baile de todos los asistentes. La música es vivaz y a la vez triste. «Adiós pueblo de Ayacucho» dicen los versos, un canto al migrante andino, a sus nostalgias y las durezas del desarraigo. A las cuatro de la tarde la visita termina. Salimos, como entramos, entre un bosque de banderas, al Perú de los presos comunes, del desdén policial y de la larga ruta, por barrios miserables, en microbuses destartados hasta los alrededores de la plaza de toros. Con el río Rúnac de por medio, me detengo por un momento para ver el paisaje de mi infancia transcurrida en ese mismo vecindario: la catedral, Santo Domingo, Palacio de Gobierno, el viejo centro colonial de este país andino, innegablemente andino, ahora, tres décadas después

En los años siguientes, el abismo entre el mundo de los reos comunes y la comuna roja del 4B fue profundizándose. Mientras estos últimos maximizaban sus mecanismos de autosostenimiento, los otros enfrentaban condiciones crecientemente duras. A mediados de 1990, el Instituto Nacional Penitenciario (INPE) gastaba diez centavos de dólar diarios en alimentación. La sobrepoblación de las prisiones llegaba a su clímax, Canto Grande, que debía albergar un máximo de 500 presos, tenía cerca de 2,000. En 1989 los reos comunes realizaron varias protestas por alimentos. En agosto de 1990, unos 9,000 internos de prisiones de la capital sostuvieron una huelga de hambre de 13 días en demanda de mejoras. El gobierno respondió incrementando el gasto en alimentación a 55 centavos de dólar por interno. Por esos días, el propio jefe del INPE reconoció que las condiciones de los penales eran «ruinosas».

Debilitado, abrumado acaso por el lacerante recuerdo de la masacre de 1986, el gobierno aprista fue cediendo espacio a la disciplinada resistencia senderista. La fuga de los 48 miembros del MRTA a través de un túnel de más de 300 me

tros en junio de 1990 selló su completa desmoralización.¹⁶ La dirección senderista, de otro lado, en sorprendente despliegue de auto-confianza comenzaba a imaginar el escenario final de su insurgencia, ese «trecho de sangre y victoria», que mediaba entre el momento actual y la toma del poder.¹⁷ Y En 1990 anunció que la «guerra popular» había entrado en su fase de «equilibrio estratégico». Que sólo la entrada del imperialismo -dijo- podría provocar un cambio profundo del balance de fuerzas. En ese marco, la LTC de Canto Grande devino en la vidriera de la revolución. El lugar donde la «masa», los simpatizantes e incluso los adeptos foráneos de SL, podían dar una mirada al tipo de sociedad que habría de construirse después de la toma del poder.

A comienzos de 1992, un camarógrafo del Canal 4 de Londres ingresó a los pabellones 4B y 1A, donde se encontraban internadas las mujeres acusadas de terrorismo. Estas habían llevado el *show* revolucionario que yo había visto en 1988, al nivel de verdadera ópera china. Correctamente uniformadas -blusas y gorras verdes, pantalón azul, pañuelo rojo a la mano-, las militantes del Movimiento Femenino Popular paseaban como objetos sagrados los retratos de Marx, Engels, Lenin y, por supuesto, el "Presidente Gonzalo». Sus colegas varones, por su parte, representaron para las cámaras el proceso de confección y activación de un coche bomba lanzado hacia el edificio de la embajada de los EEUU. Mujeres y varones senderistas circulaban libremente de un pabellón a otro a través de un conducto secreto a través del sistema de alcantarillado. Las relaciones entre ambos, sin embargo, estaban bajo control partidario. Los vínculos afectivos previos eran respetados y protegidos por el partido, pero -si surgía un enamoramiento - recordó Mario Vilcará- tenías que informar y pedir permiso

16. Haciendo referencia al pasado aprista -y a su amistad con el propio presidente Alan García- del líder del MRTA. Víctor Palay, hubo quienes acusaron al gobierno del Partido Aprista Peruano de haber permitido la fuga del túnel. La polémica continúa hasta hoy. Véase «Ahora, yo soy el rey», en *Caretas*, febrero 13, 2003.

17. PCP, «¡Construir la conquista del poder en medio de la guerra popular!» (II Pleno del Comité Central, Sesión preparatoria), febrero, 1991.

a tus responsables, quienes a su vez lo informaban a la alta dirección del pabellón. ellos decidían».¹⁸

Entusiastamente difundidas por quienes respaldaban a SL en el exterior, las imágenes de Canto Grande -complementadas con aquellas de las «zonas liberadas» regidas por comités populares- captadas por los cineastas ingleses. circularon por medios izquierdistas y aulas universitarias norteamericanas y europeas. consolidando la imagen de los maoístas peruanos como una temible organización en vísperas de tomar el poder en un país sudamericano en proceso de desmoronamiento.¹⁹ Aunque tardaría algún tiempo más en hacerse evidente. en realidad, la guerra senderista no andaba mucho mejor que la nación que la padecía. En diversos puntos del país, grupos de campesinos y pobladores habían comenzado a levantarse contra los mandos locales senderistas. Progresivamente, diversos investigadores irían revelando el patrón de las relaciones partido-masas rurales. De la aceptación y el apoyo, pasivo o militante, se había pasado a una creciente tensión: las directivas a favor del autosostenimiento no cuadraban, necesariamente, con los intereses campesinos. Los «escarmientos» y la intimidación engendraron rabia y temor. La administración de la muerte como sanción, finalmente. suscitó deudas de sangre imposibles de olvidar. Una viñeta. el ajusticiamiento del popular alcalde Zenobio Huarsaya de San Juan de Salinas, provincia de Azángaro, departamento de Puno, puede ilustrar el punto.²⁰

18. V. Peláez, «Morir en Canto Grande».

19. «The people of Shining Path», Serie Dispatches. 1992. producción y dirección de Yezid Campes y Marc de Beaufort. Parte del material sobre Canto Grande mostrado en esa película fue incluido en «Fire in the mind: revolution and revolutionaries». Serie Americas. PBS. 1993.

20. Sobre las respuestas campesinas a SL, véase Ronald H Berg, «Sendero Luminoso and the peasantry of Andahuaylas», en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. vol. 28. 4, invierno 1986/1987, pp. 165-196; Carlos Iván Degregori y otros. *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, Lima, IEP, 1996; Nelson Manrique. «La década de la violencia», en *Márgenes*, nos. 5-6, diciembre 1989, pp. 137-182; José Luis Rénique. «La Batalla por Puno: Violencia y democracia en la sierra sur del Perú», en *Debate Agrario* 10, marzo 1991, pp. 83-108 y Mario Fumerton, «Rondas

Militante de un partido de la izquierda legal (el Partido Unificado Mariateguista), Huarsaya había sin embargo apoyado a las columnas armadas senderistas, participando incluso en algunas de sus acciones. Seguía desempeñándose, no obstante, como alcalde de su localidad y dirigente de la federación campesina local. En un momento determinado la relación hizo crisis. Huarsaya puso objeciones a los planes senderistas y el mando local ordenó su «aniquilamiento». Este se hizo entre los ruegos de piedad de todo el vecindario, reunido a punta de fusil para testificar como morían los enemigos del pueblo.

Dramas similares ocurrirían en cientos de poblados en el país. ¿Eran estos los «excesos» inevitables e históricamente necesarios de las «masas campesinas» o el dictamen de mandos percibidos como foráneos? ¿Podía un partido que luchaba por el campesinado agredirlo de manera tal al mismo tiempo? ¿Fueron estas acciones ilegales, crudas y directas vistas como sanciones justas en pueblos que jamás habían conocido otras? Lo cierto es que, en muchos pueblos, el «río de sangre» dejó a la población local en la ribera opuesta de sus supuestos salvadores. Vino, por ese camino, la ruptura. Cuando los militares comprendieron que ahí estaban sus propias «bases de apoyo», el curso de la guerra dio un giro fundamental que, eventualmente, se expresaría en el más alto nivel de la organización subversiva.

En Lima, mientras tanto, un incisivo grupo policial -el Grupo Especial de Inteligencia (GEIN)- había comenzado a hacer lo que por más de una década las fuerzas del orden no habían nunca hecho: tomar en serio los farragosos documentos de Guzmán, extraer de sus ortodoxas letanías maoístas la lógica del movimiento. Privilegiaron, asimismo, la vigilancia y el seguimiento sistemático en lo que denominaron un trabajo de «inteligencia operativa» que se basaba en la adhesión a ciertos principios: defensa y protección de la vida, la libertad, la justicia y la democracia. -Nunca debemos olvidarnos -manifestaría uno de sus líderes recordando a Sun Tzu, el autor de *El arte de la guerra*, el más antiguo tratado militar

campesinas in fue Peruvian civil war: peasant self-defense organisations in Ayacucho», en *Bulletín of Latin American Research*, vol. 20. núm.4, octubre 2001.

que toda lucha no es sólo destrucción y eliminación, también existen cuestiones morales e intelectuales». ²¹ De comienzos muy modestos, el GEIN fue ganando progresiva legitimidad, recibiendo, eventualmente, el crucial respaldo de la Central Intelligence Agency (CIA) norteamericana. Andando el tiempo, su trabajo comenzó a dar frutos: en junio y septiembre de 1990 dicho grupo logró capturar dos casas de seguridad que produjeron abundante información de inteligencia. Habían golpeado el aparato político senderista por primera vez. Así, el documental del Canal 4 de Londres -que prometía revelar las intimidades de una revolución en los umbrales del triunfo- terminaba siendo una crónica de su debacle. El 5 de abril de 1992 el país vivió un nuevo y drástico cambio de rumbo. Alberto Fujimori -el hasta entonces desconocido profesor universitario que había derrotado al escritor Mario Vargas Llosa en los comicios de 1990- perpetró en esa fecha un «autogolpe» que marcó el secuestro -con significativo apoyo de la población de la precaria democracia peruana durante la próxima década. Un mes después del llamado «fujigolpe», el gobierno emprendería la destrucción de la LTC de Canto Grande.

¡Masacre!

En la madrugada del 6 de mayo de 1992 los vigías del pabellón 4B advirtieron la llegada de fuerzas especiales de la policía. Esperaban el ataque, estaban preparados a resistir. Era la política del partido. El plan «Mudanza 1» consistía en trasladar a las reclusas senderistas al penal de Santa Mónica. La intervención, por lo tanto, se concentró primero en el 1B. Los varones acudieron en su defensa. Utilizaron «quesos rusos», ácido muriático, arcos y flechas, ballestas, bombas molotov y «algunas armas de fuego compradas a los comunes». ²² Entre seis y diez reclusos encontraron la muerte en esa fase. Cuando no pudieron más, optaron por evacuarlo a través del conducto clandestino hacia el 4B. Al percatarse de la operación, los

21. Benedicto Jiménez Bacca, *Inicio, desarrollo y ocaso del terrorismo en el Perú.*, tomo II, Lima 2000, p. 700.

22. V. Peláez, «Morir en Canto Grande».

atacantes se lanzaron con renovada fuerza sobre este último. La resistencia duraría hasta el día 9. Sus residentes habían reforzados las paredes con fierro y concreto, lo que atenuaba los efectos de los explosivos.

Como en otras confrontaciones, la táctica senderista era obligar al adversario a negociar, colocándolo ante la necesidad de perpetrar un nuevo «genocidio» para triunfar. Un gobierno que hace tan sólo un mes atrás había justificado el cierre del Parlamento -a punta de fusil-, con el pretexto de derrotar a la subversión, no tenía demasiado interés en negociar. De otro lado, sin embargo, no podía enervar la oposición que se había ganado en el exterior con dicha acción. El jueves 7 por la noche, los familiares de los presos comunicaron a varios organismos internacionales de derechos humanos que los reclusos aceptaban el traslado. El viernes 8, Luis Jiménez, un abogado argentino representante de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, se entrevistó con varios ministros intentando persuadirlos de proceder a la ejecución del traslado.

En el penal, mientras tanto, una comisión encabezada por Yovanka Pardavé intentó negociar una salida pacífica. Exigían la presencia de la Cruz Roja, la OEA, el Comité de Familiares, Abogados Democráticos, la fiscal de la nación y un médico legista. No hubo acuerdo. Al mediodía del sábado 9 el presidente Fujimori habría autorizado el «asalto a cualquier precio» del sitiado 4B. Ante el estruendo de las bombas, en las afueras del penal, Luis Jiménez hizo un intento final de llamar a Palacio. Un edecán le dijo que el Presidente no le iba a responder.²³ Entre el 7 y el 8 los internos vivieron el infierno. Había muchos heridos y alrededor de diez muertos. El 9 -recordó Mario Vilcará- «el edificio parecía una coladera y estaba a punto de colapsar». Se decidió, entonces, comenzar a salir.

«Sabíamos que venía un asesinato selectivo, era lo que el Presidente Gonzalo había previsto», recuerda Osmán Morote. «La decisión y la comprensión de que esto se daría era clara para todos». Los delegados tomaron la iniciativa. Salieron,

23. Jiménez hizo público su testimonio nueve años después. Ver «Matanza olvidada», en *Caretas*. mayo 31. 2001.

por eso, tomados de los brazos y cantando *La internacional*. La policía había dicho que no dispararía. No cumplió. Morote -que era parte de ese grupo- vio como las ráfagas provenientes de los techos barrieron a los que iban del lado derecho. Los otros -dice- quedamos heridos en las piernas. Al ver que los estaban masacrando -continúa-, «nuestros compañeros se sintieron tan indignados que empezaron a salir, desafiantes, cantando, desplazándose hacia la puerta de la prisión». De esos acontecimientos, Vilcará -miembro de la «masa» en contraste con el dirigente Morote- conservaría un registro distinto:

La alta dirigencia decidió que debíamos entregarnos, pero todos teníamos miedo de salir. A gritos pedimos '¡alto el fuego!', '¡nos rendimos!', '¡no disparen!', 'vamos a salir', dijimos, y los disparos cesaron. 'Salgan con las manos en alto', dijeron con el alta voz, y como nadie quería salir primero, los dirigentes decidieron dar el ejemplo. Yo estaba en las gradas y vi todo, primero salieron como unos veinte entre hombres y mujeres. Agarrados y con los brazos en alto comenzaron a cantar la *Internacional socialista* cuando salieron. Allí entonces les empezaron a disparar y todos cayeron al suelo.

Nos quedamos mudos ante el fusilamiento. Por eso, nadie quería salir. Desde afuera el altavoz dijo otra vez que a los siguientes no los matarían. Pasó largo rato y el segundo grupo salió agachado y corriendo, a esos no les pasó lo mismo, pero a ratos se escuchaban balazos. Al parecer alguien señalaba, separaban a los dirigentes conocidos y los llevaban a un rincón y los fusilaban. A otro grupo que salió corriendo también le dispararon, y así a unos disparaban, a otros no. Cuando me tocó salir corrí esperando la muerte en cualquier momento, en todo el camino había regueros de sangre, y en una esquina vi el cadáver de una mujer, el que estaba a mi lado me dijo que era la periodista Janet Talavera.²⁴

Diez años después, Osmán Morote recordaría cómo, desde el suelo y herido de bala, había escuchado los gritos de los uniformados. «¡A la negra... A la negra!», decían, refiriéndose a la tez oscura de Janet Talavera Sánchez, periodista cuya fama

24. V. Peláez, «Morir en Canto Grande».

de subversiva provenía de su trabajo en el periódico oficioso senderista *El Diario*, para el cual había entrevistado nada menos que al «Presidente Gonzalo». Morote se habría salvado por haber llevado el rostro cubierto al momento de salir y porque, posteriormente, sus compañeros lo defendieron aun a costa de la vida. Aún así al ser identificado, en momentos en que era llevado a la cocina -adonde varios de sus compañeros habían sido ya ajusticiados- fue salvado por el director del penal de manera fortuita. Mientras tanto, miembros del Comité Central del PCP, como Tito Valle Travesano y Yovanka Pardavé, se desangraban en el área de la rotonda.²⁵ Las fuerzas del orden habían aprendido la lección de 1986. La masacre, esta vez, había sido una operación sistemática y ordenada. Sabían que su oportunidad para matar con impunidad estaba en aprovechar el caos de la rendición. La mayoría de las cincuenta o más muertes de aquella «matanza olvidada» - como la denominaría la revista *Caretas* diez años después- ocurrió el día 9, después de que los senderistas se habían rendido.²⁶

Al atardecer del domingo 9, los sobrevivientes de la nueva masacre yacían de cubito ventral en el descampado entre la entrada del penal y el acceso al patio central. Allí permanecerían, inmóviles, por los siguientes tres días, «sin comer ni tomar agua, defecando y orinando en el lugar». Algunos fueron sacados para ser torturados o incluso eliminados.²⁷ En cierto momento, el presidente Fujimori se paseó triunfante entre los presos. Pasó a mi lado -recuerda Mario Vilcará- riéndose y burlándose «de los que estábamos caídos».²⁸ Algunos -según Morote- intentaron infructuosamente «írsele encima», conformándose después con repudiarlo verbalmente. Recién al cuarto día llegaron los presos comunes trayéndoles una «gran

25. Fue lo que vio Edgard Pedro Tolentino G., «No queremos trasladarlos sino matarlos como perros. Testimonio sobre el genocidio del 6, 7, 8 y 9 de mayo de 1992, en el penal de Canto Grande, Lima, Perú», en *Unirnos. Revista sobre Ideología, Política y Cultura*, núm. 1, octubre 2001.

26. «Matanza olvidada», en *Caretas*, mayo 31, 2001, www.caretas.com.pe/2001/1672/articulos/fujimori.phtml

27. E. Tolentino, «No queremos trasladarlos sino matarlos como perros».

28. V. Peláez, «Morir en Canto Grande».

olla de sopa». Así los mostró la TV en los días siguientes: derrotados, abatidos, humillados; en el trasfondo, las sombras agujereadas de los pabellones 1B y 4B. La trinchera luminosa apagada para siempre.

Yanamayo: la nueva gran decisión

Mi primera reacción fue pensar que era una mentira. No podía ser posible. cómo iban a atrapar al Presidente Gonzalo, no podía ser.
Un militante senderista ¹

Decidió bajar de la cruz. ¿Y los discípulos?
Carlos Iván Degregori (1992)²

Los acuerdos de paz, verdaderos o ficticios, han sido mortíferos instrumentos de la lucha contrainsurgente.
Luis Arce Borja (2003)³

Osmán Morote

Nació en el Cuzco en abril de 1945. Estudió en esa ciudad y en Ayacucho, donde obtuvo el grado de bachiller en Antropología. Cuando fue detenido - en junio de 1988- fue sindicado como el No. 2 de Sendero Luminoso y su captura ganó entusiastas titulares en la prensa nacional: el aparato dirigente de la subversión había sido tocado por primera vez.⁴ Una vez

1. Citado en P. Sandoval, «El olvido está lleno de memoria. Juventud universitaria y violencia política en el Perú: La matanza de estudiantes de La Cantuta» (ms.).
2. Carlos Iván Degregori, «El sorprendente colapso de Sendero Luminoso. Buscando una explicación» (ms), p. 13.
3. Luis Arce Borja, «Crítica a las negociaciones de paz. Lucha armada en Colombia y Nepal», en *El Diario Internacional*, núm. 68, mayo 3, 2002, <http://www.geocities.com/CapitolHill/Congress/8062/critica.htm>
4. Posteriormente se revelaría que su posición en el PCP era la de subsecretario de la célula de dirección y mando del Comité Regio

sión que luego saldría a luz señaló que, en ese entonces, Morote estaba enfrascado en una «pugna estratégica» con Guzmán. El primero sostenía que «era necesario seguir privilegiando el campo, dentro de la concepción maoísta de guerra popular y prolongada del campo a la ciudad.» El segundo creía que había llegado el momento de pasar al «equilibrio estratégico» lo que implicaba dar a la ciudad tanto como al campo igual importancia. En esas circunstancias alguien de su propio entorno -una mujer- le habría delatado.⁵ Lo cierto es que, desde entonces, Morote ha estado confinado. En Canto Grande, en un inicio: aislado primero, en el pabellón 4B desde 1991.

Hijo de Efraín Morote Best -uno de los grandes «caudillos» culturales «serranistas» ayacuchanos y reorganizador de la Universidad de Ayacucho-, Osmán fue miembro conspicuo del núcleo histórico del PCP, conocido como la «sagrada familia.» De hecho, su familia entera fue tocada por la guerra. Su hermano Ostap y su esposa Juana Teresa Durand Araujo cayeron en acción durante los años 80. Su hija Elena fue detenida en 1991, a poco de haber cumplido 18 años. Sobrevivió apenas al año siguiente, a la destrucción del pabellón 1B de Canto Grande. Cumple actualmente condena en la cárcel de Chorrillos. «acusada de ser mi hija», según su padre.⁶ Osmán hijo, su primogénito, «esta expatriado, después de permanecer largo tiempo en una prisión de menores de Lima, ser absuelto y posteriormente casi asesinado».⁷ En marzo del 2002, Morote Barrionuevo había sido condenado a 20 años. En abril de 1996, sin embargo, un tribunal sin rostro le adjudicó cadena perpetua acusándolo de haber encabezado el motín de Canto Grande.

nal del Norte. Véase al respecto Benedicto Jiménez Bacca, *Inicio, desarrollo y ocaso del Terrorismo en el Perú*, tomo I. pp. 322-323.

5. César Lévano, «La captura bajo una nueva luz» en *Caretas*, septiembre 10, 1998.

6. Véase «Carta enviada desde la prisión de máxima seguridad para mujeres de Chorrillos en Lima-Perú por Elena Morote» en <http://www.amazon.de/exec/obidos/tg/browse/-/301128/3%2Fsiteredirect%3Dde/302-1982022-8103231>

7. Datos tomos del 4, «Testimonio» redactado por Osman Morote en Julio 27 del 2001 y entregado a la Comisión de la Verdad y Reconciliación en Junio del 2002.

Bajo el quemante sol del altiplano puneño, en junio del 2002 rememora, ante mi solicitud, el «trecho de sangre (...) y derrota» -parafraseando un documento de su partido- que lo ha traído hasta el penal de Yanamayo, en el departamento de Puno, próximo al Titicaca, el lago más alto del mundo. Recuerda la destrucción de la LTC de Canto Grande, la masacre de sus compañeros, el viaje en avión Antonov «unos sobre otros, con una toldera encima, encadenados, semidesnudos, varios de nosotros heridos de bala, con los guardias sentados encima de nosotros». Algunos protestaban -recuerda-, otros lloraban de impotencia o permanecían en silencio. «Pero nadie pidió piedad», subraya Morote con gesto de orgullo. Llegamos aquí -continúa- al caer la tarde. No teníamos en ese momento una idea clara de dónde estábamos. Nos sentaron en el cemento helado, encapuchados, hambrientos. Repartieron alimentos, pero nadie los recibió. Querían humillarnos. Se exasperaban porque no lograban quebrarnos. ¿Cómo se hace -le pregunto- para sobreponerse a tanto maltrato? «Esa fuerza no proviene del individuo, es la decisión del partido, y luego, el ejemplo individual». La convicción, la ideología, según él, es lo que sostiene a la persona: es a punta de pequeños triunfos morales que se va reconstruyendo la voluntad, mientras se busca condiciones adecuadas para combatir. El desafío, esta vez, era de una envergadura desconocida. Yanamayo había sido construido para quebrarles la voluntad.

No era la primera vez que surgía la idea: el altiplano como territorio de exilio. A comienzos del siglo XX, la isla de Taquile, en el corazón del lago Titicaca, había sido el destino de los más tercios opositores. En los años ochenta, Yanamayo había sido concebido para eliminar todos aquellos factores que habían facilitado la conquista desde dentro del espacio carcelario. Veintitrés horas y media al día encerrados en celdas bipersonales de 1.60 por 2.30 metros -sin ventanas, con temperaturas por debajo del punto de congelación propio de los casi 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar en que se sitúa aseguraban un completo control. Impedir cualquier tipo de actividad colectiva era un objetivo fundamental. «Se ha llegado al extremo -manifestaron los intemos- de restringimos hablar, cantar, expresar nuestras ideas, negando hasta el saludo entre internos, incluso entre familiares que se en

cuentran en distintos pabellones». ⁸ Para imponer la incomunicación «trajeron unos parlantes inmensos y nos colocaron música a todo volumen, causándonos una enorme perturbación». Nuestra respuesta, relata Morote, fue ponemos a gritar:

El aparato sonaba de seis a seis, nosotros gritábamos de ocho a ocho. Gritábamos consignas contra el genocidio, denunciando la política del gobierno, planteándoles que no nos iban a dominar. Era una bulla infernal. Ni nosotros mismos muchas veces nos escuchábamos, igual seguíamos gritando. Por lo general eran himnos de tipo militar o música estridente, tipo rock. Esto duró hasta que el aparato se malogró.

De la conversación con el dirigente senderista surge el perfil de la lucha por la sobrevivencia librada durante sus primeros años en Yanamayo:

Si gritábamos y venían a callarnos, aprovechábamos para cuestionarlos. ¿Por qué actúan así?, les increpábamos, buscando golpearles la moral. Para comenzar teníamos que hacernos respetar. La lucha por el control de nuestra alimentación fue una de las primeras. Exigimos que nos dejaran prepararlos nosotros mismos. No aceptaron. Pero presionamos tanto que tuvieron que aceptar que nos hiciéramos cargo de la distribución. Eso ya nos daba mayores posibilidades de comunicarnos. Luego vino el problema del agua. Primero los policías nos traían el agua. Entonces exigimos que no nos trajeran un balde, sino dos. Llegó un momento en que se cansaron y nos dejaron salir por grupos a recoger agua. Así fuimos «educando» a nuestros vigilantes. Por eso cuando querían hacer «requisas» tenían que traer tropas de afuera. Los soldados se colocaban en los techos, entraban los policías insultando y destruyendo. Pretendían echarnos al piso, ponemos contra la pared. Nosotros nos resistimos. Cuando veían nuestra intención de entrar al choque se contenían. Como había una acumulación de dirigentes y tenían problemas con la población de los alrededores, temían una fuga o una situación complicada. Eso los llevaba a ceder. En la medida que fuimos recuperando la comunicación, pudimos usar mejor nuestra capacidad de presión. El «chancleteo» de las rejas

8. «Prisioneros de guerra penal de Yanamayo», febrero 1977. Nota: reproducido por el Movimiento Popular Perú de Francia. <http://jwww.geocities.com/pcpmlmpg/docy.html>

era una de ellas. Podíamos hacerla por horas. Tanto así que las rejas de las celdas fueron debilitándose.⁹

Gradualmente, en los escuetos espacios que iban abriéndose comenzó a resurgir la actividad colectiva. La biblia que una organización evangélica repartió entre los internos fue el primer material de lectura permitido en Yanamayo. «Sin salir de las celdas, gritándonos de un lado al otro del pasadizo -recuerda Morote- debatimos temas como la lucha del pueblo palestino por la tierra prometida». Más adelante, en el mismo estilo, desde el confinamiento en la celda, comenzaron las partidas colectivas de ajedrez y los teatros-ventana, en que, varias veces al día, como su nombre lo indica, a través de las ventanas que dan al patio del pabellón, se realizaban actuaciones para quienes hacían uso de su media hora diaria bajo el sol. Paulatinamente fue cediendo la capacidad de las autoridades para impedir la comunicación entre los internos. Con ello, la discusión política comenzó nuevamente a fluir.

Siguiendo el dictado de sus instintos y su formación habían luchado por sobreponerse al encierro, careciendo, sin embargo, de un panorama claro de lo que ocurría, en una inaudita situación de aislamiento -ahora sí, prácticamente removidos de la sociedad. El mero hecho de la distancia aseguraba dicha condición. Lejos de sus lugares de origen, las visitas implicaban para sus familiares desplazamientos difíciles de solventar. «El 70% de los prisioneros de guerra -se quejaron estos en 1997- tenemos visita sólo una vez al año».¹⁰ Y los familiares que lograban llegar, debían sufrir vejaciones y hostigamiento. Todo para una visita mensual «por locutorio, durante treinta minutos, sin contacto físico», dos visitantes a la vez y parientes directos solamente.¹¹ Pendiendo siempre sobre los presos, además, la amenaza del traslado, usualmente realizado con violencia y «sin ningún criterio técnico» y a penales más temibles aun que el propio Yanamayo: Challapal

9. El párrafo anterior resume los datos ofrecidos por presos por terrorismo en conversaciones informales realizadas en el penal de Yanamayo en junio de 2002.

10. Ibid. 1 l. Ibid.

ca, por ejemplo, situado a 4,600 metros sobre el nivel del mar, en un inhóspito paraje de la frontera entre Bolivia y Chile. Un verdadero «Gulag» - observó una organización de defensa de derechos humanos- que equivalía a la instauración de «una forma lenta y encubierta de aplicación de la pena de muerte». ¹² La «cárcel-tumba» por antonomasia. Entre 1993 y 1994, las nuevas realidades de la «guerra popular» comenzaron a filtrarse a los gélidos pabellones de Yanamayo; entonces, la lucha por la sobrevivencia de los «prisioneros de guerra» vendría a adquirir un nuevo horizonte político.

Del «equilibrio estratégico» a la caída de la jefatura

Hacia 1990, con el paso a la fase de «equilibrio estratégico de la guerra popular», el triunfalismo senderista había llegado al tope. ¿Podía el «viejo Estado» ya «carcomido en sus cimientos» y obligado a poner bajo estado de emergencia a dos tercios del país, derrotar a una «guerra popular» que mantenía «bajo su control e influencia amplias zonas principalmente campesinas» y que contaba con un importante respaldo intemacional?¹³ La corrección de la línea era el recurso fundamental de la vanguardia. Y la línea correcta era el «Pensamiento Gonzalo», el más elevado producto intelectual del «más grande marxista, leninista y maoísta viviente en el mundo». ¹⁴ Y, sin embargo, ¿no eran acaso los recientes golpes policiales al aparato senderista indicios de importantes debilidades organizativas? Al menos en los documentos disponibles no se aprecian signos de alarma. Como la mayor parte de los analistas locales, de otro lado, Abimael Guzmán no logró vislumbrar el potencial rearticulador de un régimen de comienzos dubitativos, encabezado por un *outsider* novato y sin currículum político.

12. Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, «La situación de los derechos humanos en el Perú», Lima 1998.

13. PCP, «¡Construir la conquista del poder en medio de la guerra-popular!», 11 Pleno del Comité Central, Sesión Preparatoria, febrero 1991, http://www.blythe.org/peru-pcp/docs_sp/iipleno.htm

14. Citado en B. Jiménez Bacca, *Inicio, desarrollo y ocaso del terrorismo en el Perú*, vol. 1, p. 180.

El vaticinio gonzalista era que este iba a ser «más desenfrenadamente proimperialista yanqui» que sus antecesores y que por ende desplegaría mayores esfuerzos por respaldarse en Washington para destruir a la «guerra popular». ¹⁵ Pero no pudo prever el advenimiento de una salida autoritaria, populista, revestida de demagogia nacionalista, y a la vez capaz de generar respaldo popular. No pudo prevenir pues, el nacimiento del «fujimorismo», otra de las sorpresas que el impredecible «labyrintho peruano» le tenía reservada a la «cuarta espada». ¹⁶

En el trance hacia el «equilibrio estratégico», el revisionismo, más bien, apareció como el enemigo mortal de la «guerra popular»: un «cáncer» que había que combatir implacablemente. «El más leve apartamiento del Pensamiento Gonzalo nos llevaría a resbalar en el revisionismo», ¹⁷ advirtió el líder senderista. En el paso de guerra campesina al asalto de la ciudad, sus ONG y sus aparatos organizativos se colocaban bajo la férula de la «otra colina» convirtiéndose en objetivos de guerra. ¹⁸ Muchos murieron a cuenta de ese rubro. El «aniquilamiento» de María Elena Moyano, la activista del «frente electorero» Izquierda Unida, fue sin embargo la más visible concreción de ese balance anti-revisionista. De la ola de acciones desplegada en Lima entre enero y julio de 1992, la muerte de Moyano ¹⁹

15. PCP, «¡Construir la conquista del poder en medio de la guerra popular!», en PCP, «Sobre las dos colinas», documento de estudio para el balance de la III campaña, 1991. Abimael Guzmán presentó un amplio balance de la «otra colina», es decir, de la capacidad del Estado para derrotar a la «guerra popular». Tampoco ahí asignaba el líder senderista mayor oportunidad de victoria al «viejo Estado».

16. Acerca del «fujimorismo», véase Sally Bowen y Richard Bauer. *El expediente Fujimori: Perú y su presidente. 1990-2000*, Lima, Perú Monitor S.A., 2000; Julio Cotler y Romec Grompone. *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*, Lima, IEP, 000; Maxwell A Cameron y Philip Mauceri, *The Peruvian labyrinth: polity, society, economy*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1997; Anibal Quijano, *El fujimorismo y el Perú*, Lima, SEDES, 1995; Fernando Tuesta Soldevilla y Aldo Panfichi. *Los enigmas del poder: Fujimori 1990-1996*, Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1996; y Raúl Wiener, *Figimori. el elegido del pueblo: balance del proceso político en el Perú*, Lima, 1996.

17. «Entrevista del siglo».

18. Véase al respecto, Michael L. Smith, *Entre dos juegos. ONG. desarrollo rural y violencia política*. Lima. IEP, 1992.

-una apreciada dirigente del movimiento de mujeres que se había atrevido a enfrentar a SL en la comunidad urbana de Villa El Salvador- y un coche-bomba detonado en una calle de Miraflores -que dejó 22 muertos, más de cien heridos y cerca de doscientas viviendas inutilizadas- suscitaron particular repudio contra el «terror senderista», en la capital de la República, sobre todo, que hasta entonces había visto la confrontación como un asunto relativamente distante. Tal sentimiento favorecería la aceptación del autogolpe fujimorista -presentado como una medida imprescindible para derrotar a SL- y de la dura legislación antisubversiva promulgada durante el año 1992.

Más que de una fuerza de *marines* estadounidenses, el gran golpe contra la «guerra popular» vendría bajo la forma de una eficiente operación policial a cargo del GEIN y dirigida al corazón mismo de la organización: el mítico «Presidente Gonzalo». El 12 de septiembre de 1992, el general Antonic Ketín Vidal -jefe del GEIN- y los suyos cambiaron el curso de la historia del país. Dada la fiereza de la insurgencia maoísta, la mansedumbre de la caída de su líder quedaría registrada como una de las grandes paradojas de su cruenta historia. No en los confines rurales del Perú, sino en residencias mesocráticas situadas en los alrededores del cuartel general del Ejército había pasado el doctor Guzmán los últimos años de su «guerra popular». Cayó sin violencia, simbólicamente defendido por dos mujeres: Elena Iparraguire Revoredo y Laura Zambrano Padilla, quienes en el video de su captura aparecían más decididas que su propio dirigente máximo. Doce días des

19. Véase al respecto, «Pronunciamento público de Marta Elena Moyano frente a la campaña difamatoria de Sendero Luminoso», en http://www26.brinkster.com/villa1/mariaelena/me_html/mepronunciament.html y Diana Miloslavich Tupac, *Autobiography of Maria Elena Moyano: the life and death of a Peruvian activist*, Miami, University Press of Florida. 1998.
20. Entre enero y julio de 1992, 37 coches-bomba fueron detonados en Lima Metropolitana. 22 de ellos en el mes de julio. Estos hechos dejaron cerca de medio centenar de víctimas fatales, en su gran mayoría civiles sin relación con la «guerra popular». DESCO, «Reporte especial de violencia política», núm. 20, diciembre, 1992.

pués de su captura, el «Presidente Gonzalo» fue juzgado y condenado a cadena perpetua por un tribunal militar.

¿Cuál era, por ese entonces, el verdadero poderío de la insurgencia maoísta? «Sendero Luminoso crece pero no avanza», había escrito uno de los más connotados «senderólogos» locales en abril de 1992.²¹ Las rondas y comités de autodefensa campesina eran en esa dinámica su gran obstáculo: se multiplicaban a través del país y comenzaban a ser armados por el Estado. En su origen, como ya se ha visto, fueron pequeñas rebeliones mayormente espontáneas contra los «excesos» senderistas que, andando el tiempo, se convirtieron en un inesperado poder campesino aliado a las autoridades, para terminar alterando la correlación de fuerzas en todo el país.²² A comienzos de los años noventa -observó Carlos Ivan Degregori-, «SL había quedado atrapado en una suerte de guerra de trincheras» contra esas organizaciones.²³ Quienes -como Nelson Manrique- habían seguido de cerca el desarrollo de la insurgencia con un ojo a la *larga duración*, vieron el paso al «equilibrio estratégico» como una «fuga hacia delante» ante el deterioro del supuesto control que Sendero tenía de las áreas campesinas, como «una declaración de fe de carácter voluntarista que no reflejaba el real avance de la guerra y la correlación de fuerzas realmente existente». ²⁴ ¿Podía lanzarse a la conquista de la capital una fuerza supuestamente fundada en el

21. Entrevista a Raúl González en *Idéele* núm. 36, abril 1992, pp. 1520. Desde varios años atrás, González había venido observando que el PCP había entrado en declive. Véase, por ejemplo, «Sendero: duro desgaste y crisis estratégica», en *Quehacer* núm. 64, mayo-junio 1990, pp. 8-15. En «Sobre las dos colinas», Guzmán se refiere a González como «el sociólogo y malabarista verbal, ignorante de la teoría de la guerra popular y de su especificación en el Perú (...) defensor de Fujimori y lacayo de las Fuerzas Armadas y Policiales» quien «repite su cantaleta de 'derrota estratégica de Sendero'».

22. Véase la bibliografía incluida en la nota a pie de página 167.

23. «El sorprendente colapso de Sendero Luminoso. Buscando una explicación» (ms.), p. 11.

24. Nelson Manrique, «La cuarta espada y los senderos que se bifurcan», en *Márgenes*. nos. 13-14, noviembre 1995, pp. 11-42. Manrique es el autor de un importante estudio sobre movilización armada comunal en el siglo XIX: *Las guenillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, Centro de Investigación y Capacitación, 1981.

«campesinado pobre», en el preciso momento en que daba estas muestras de oposición creciente y el Ejército plantaba decenas de «bases contrasubversivas» en los supuestos escenarios de la «guerra popular»? En ese sentido, como acertadamente escribía Manrique en 1995, la captura de Guzmán era «simplemente la culminación de los daños» sufridos por Sendero como consecuencia del error de haber instaurado el «equilibrio estratégico» como el marco global de su accionar.²⁵ Tal decisión, además, señalaba el punto en que el doctor Guzmán y su «Pensamiento Gonzalo» habían devenido en la ortodoxia misma del maoísmo peruano y universal.²⁶

Distinta era la apreciación que se tenía desde el exterior. En agosto de ese año, por ejemplo, un editorial de *The New York Times* planteó la necesidad de auxiliar al Perú mediante la formación de una fuerza armada continental.²⁷ Carlos Iván Degregori recordaría otras señales de alarma activadas fuera del país a mediados de aquel sombrío año 1992: el subsecretario de Estado para América Latina, Bernard Aronson, advirtió sobre la posibilidad de un triunfo de la subversión en el Perú; un parc armado en Lima parecía dar crédito a quienes veían venir el estrangulamiento final de la capital peruana; Luis Arce Borja -vocero senderista en Europa-, entretanto, declaró a *Der Spiegel* que salvo la rendición, nada había que negociar con el gobierno del Perú.²⁸

Dentro de su notable autoconfianza, Abimael Guzmán había llegado a tratar el tema de su posible caída. Su punto de vista al respecto era muy claro: la dirección podía desaparecer parcialmente, incluso el propio «Presidente Gonzalo» podía caer, «pero los dirigentes que quedaran deben y pueden proseguir la lucha». La revolución, pues, «no se detiene, no se paraliza». Como había enseñado el presidente Mao, frente a los gol

25. *Ibid.*, p. 24.

26. *Ibid.*, pp. 13-19. Manrique examina en detalle la «entronización» del «Pensamiento Gonzalo» como nueva ortodoxia dialéctica y científica en la visión ideológica del PCP.

27. «La captura bajo una nueva luz.», en *Caretas*, diciembre 10, 1998. <http://www.caretas.com.pe/1998/1533/captura/captura.htm>

28. Carlos Iván Degregori, «El sorprendente colapso de Sendero Luminoso. Buscando una explicación» (ms.).

pes «recogemos nuestros muertos, curamos a los heridos y seguimos combatiendo».²⁹ Fue, precisamente, lo que demandó el jefe senderista a sus camaradas en su última aparición pública -el 24 de septiembre de 1992-, prisionero ya del régimen fujimorista, cuando fue exhibido ante la prensa en una jaula, ataviado con un absurdo traje a rayas: su caída era «simplemente un recodo», el camino era largo y al final del mismo esperaba el triunfo. La lucha pues debía continuar.³⁰ En el transcurso de los meses siguientes, no obstante, el jefe senderista cambiaría de opinión optando más bien por entrar en un proceso de negociación cuyos detalles irían emergiendo con el correr del tiempo. Un novelesco proceso que ya en 1995 suscitó de Nelson Manrique una interrogante fundamental: ¿Maquiavélico juego político o quiebra personal del «Presidente Gonzalo?».³¹

Producida la captura, el GEIN y su *fair play* policial dejaron paso al nuevo zar de la Inteligencia peruana: Vladimiro Lenin Montesinos, «el Svengali de Fujimori», el «Rasputin» del régimen, un oficial expulsado del Ejército, largamente sindicado como informante de la CIA y hombre de confianza del nuevo mandatario. Desde 1990, este siniestro personaje había comenzado a articular un poder ilegal, con una visión de largo plazo, en el seno del Estado.³² El grupo Colina -la versión peruana de los «escuadrones de la muerte» argentinos- fue, aparentemente, una de las columnas de dicho poder. El 18 de

29. PCP. «¡Construir la conquista del poder en medio de la guerra popular!».

30. Sobre la detención de Abimael Guzmán. véase B. Jiménez Bacca. *Inicio, desarrollo y ocaso del terrorismo en el Perú*, tomo II. pp. 740-767.

31. Nelson Manrique. «La cuarta espada y los senderos que se bifurcan». p.26.

32. Sobre Vladimiro Montesinos, véase «El Svengali de Fujimori: Montesinos el traidor de la democracia peruana». en *La República*. julio 4, 1994; Francisco Loayza Galván, *El rostro oscuro del poder*, Lima. San Borja Ediciones S.A. 1998; Fernando Rospigliosi, *Montesinos y las Fuerzas Armadas*. Lima. IEP. 2000; Carlos Iván Degregori, *La década de la antipolítica Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima, IEP, 2000 y José Luis Rénique, «Deconstruyendo al Rasputín peruano», en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 13. núm. 1. enero- junio 2002, pp. 159-164.

julio (La Cantuta) y el 3 de noviembre (Barrios Altos) de 1991, dicha entidad perpetró en Lima las masacres por las que alcanzaría notoriedad.³³ Era su instrumento para terminar con la subversión tanto como para intimidar a sus posibles adversarios dentro del Estado. Con esa lógica enfrentó Montesinos el «tratamiento» a poner en práctica con Guzmán. Su objetivo no era, simplemente, vencer a la subversión, sino usar esa victoria para la consolidación de su poder clandestino cuya cara pública era el ingeniero Fujimori.

El primer objetivo era persuadir a Abimael Guzmán de la futilidad de proseguir la guerra. El operativo comenzó a escasas tres semanas de la captura. Incluyó desde mecanismos de delusión y engaño, hasta la intimidación y la seducción. Dos enigmáticos personajes del mundo de la «inteligencia» se disputarían, posteriormente, los honores de haber doblegado al enemigo público número uno de la nación. Rafael Merino Bartet -un viejo estudioso de la izquierda marxista- reclamó para sí la autoría del plan «Aluvión en los Andes». «Se esperaba convencerlo -afirmó- que el Estado había recuperado la iniciativa y que Sendero Luminoso estaba en franco retroceso»; que, debido a las detenciones, «a su organización no le quedaban más generales, sólo sargentos». Que se portara como un marxista-leninista serio le habría increpado Merino Bartet a Guzmán, cuando éste intentó rehuir la discusión sobre la inviabilidad de la consigna «del campo a la ciudad». De la entereza misma de su interrogado, Merino conservaría una pobre impresión: «El estaba más ansioso que nosotros por firmar el Acuerdo de paz (...) Me desilusionó profundamente, pensé encontrarme con un peso pesado y hallé a un peso pluma», un «hombre de un solo libro, que sólo conocía a Mao».³⁴ Se jactaría, asimismo, de que gracias a su exacto conocimiento del estilo senderista, había podido redactar las cartas que el caído Guzmán dirigió al Presidente Fujimori en octubre

33. Véase al respecto. P. Sandoval. «El olvido está lleno de memoria» y Comisión de la Verdad y Reconciliación. «La matanza de Barrios Altos» (asesinato masivo ejecutado por Grupo Colina contó con apoyo oficial y participación activa del Ejército), en www.resistencia.org/com_verdad/matanza_barrios_altos.htm - 12k

34. Declaraciones de Rafael Merino Bartet en P. O'Brien. «Video Secreto. Abimael se rindió sonriendo y Vladimiro se comió el jamón».

de 1993 solicitando conversaciones de paz. Montesinos, por su parte, enfatizaría en diversos testimonios su propio papel en hacer posible la captura psicológica de una mente de agudeza excepcional como la de Guzmán. «Estoy haciendo un trabajo de mente. Esto se llama guerra de inteligencia» diría Vladimiro Montesinos en 1998 en una conversación privada revelada años después. En esa misma ocasión, afirmó tener casi listo un libro escrito al alimón con su paisano Guzmán. «En la primera parte -afirmó- él narra la historia de la guerra popular en el Perú» y, en la segunda, «yo narro cómo llegué a ponerlo en posición de debilidad».³⁵ Relataría, en otra oportunidad, cómo había rescatado a Guzmán de una inminente sentencia de muerte. Fujimori, personalmente, le había ordenado hacer los preparativos de su fusilamiento en la isla de San Lorenzo -el primer punto de confinamiento del líder senderista-, lúcidamente el asesor había replicado: «Permítame que yo vaya, converse con él, y deme usted un plazo prudencial y razonable de 60 días ó 90 días. Si yo no consigo un resultado, usted ejecútelo» Con dudas, el mandatario, habría accedido al pedido. En el primer acercamiento, el hecho de ser paisanos -arequipeños-fue, según él, un factor decisivo: «Abrí mi maletín y saqué una caja de chocolates de La Ibérica de Arequipa y le dije: «Paisano, cómase el chocolate, ¿hace cuántos años que no come?». Muy bien, agarró un chocolate y se lo puso en la boca y (?) Y así empezó el trabajo». Más de 5 mil horas de grabación, después, Montesinos podía afirmar: «ahora el mejor consejero que tengo es Abimael Guzmán, mi mejor analista, es paradójico».³⁶ La naturaleza autocrática del régimen toleraba este desbocado flujo de egos y maquiavelismo criollo dentro del contexto de un manejo personalista y exento de cualquier tipo de fiscalización.

Siguiendo con el plan, a inicios de 1993, cinco líderes del partido - Osmán Morote Barrionuevo, Martha Huatay Ruiz,

35. Congreso de la República, Primera Legislatura Ordinaria de 2001. Transcripción del video n.º 1312. «Reunión Doctor Patricio Ricketts» del 12 de enero de 1998. <http://www.elcomerciope.com.pe/EcEspe/html/montesinos/Video1312.html>

36. Congreso de la República. Departamento de Transcripciones. Primera legislatura ordinaria de 2001. «Transcripción del audio n.º a15 - b8.» Sin título. Sin fecha.

Laura Zambrano, María Pantoja Sánchez y Víctor Zavala Cataño- fueron trasladados desde Yanamayo hasta los calabozos del Servicio de Inteligencia del Ejército, con el fin de participar en las negociaciones conducentes a la firma del acuerdo de paz con el gobierno. Permanecieron ahí durante cuatro meses. A mediados de septiembre retornaron a Puno.³⁷ Poco después -a poco más de un año de su captura-, se hicieron públicas las célebres cartas que serían luego seguidas por presentaciones de Abimael Guzmán y Elena Iparraguirre firmándolas y por una «foto de familia» en la que ambos aparecen, serios y con atuendos maoístas, acompañados de sus camaradas recluidos en Yanamayo: Morote, Cox y Zambrano. En un documento aparecido por esos días, el líder senderista sustentaría entre los suyos su «nueva gran decisión». De esta derivaba una nueva conducta política que podría resumirse en los puntos siguientes: (a) no enfrentarse: neutralizar y responder medida por medida; (b) cambiar el lenguaje: entrar en tratos diplomáticos, lo cual no significa ponerse a la cola; (c) diferenciar el blanco principal de ataque en la actual coyuntura.³⁸

«Como ya se sabe estamos desarrollando una ronda de conversaciones que lleve hacia la obtención de un acuerdo de paz de cuya aplicación derive concluir la Guerra Popular». ³⁹ Con esas palabras se iniciaba el documento en que el doctor Guzmán sustentaba la necesidad de tan dramático viraje. Convencido por sus captores de las catastróficas consecuencias que el avance del Estado tenía para el PC, el gran objetivo era salvar la jefatura, la ideología, los principios, la memoria misma de la «guerra popular», no por algún «bastardo interés personal» sino pensando en un futuro medido en décadas o en siglos. Eran realidades objetivas, el capitalismo burocrático había encontrado posibilidades de estabilizarse, de viabilizar

37. Ana Veliz, «Todo se negoció en sótanos del SIE», en *La República*, marzo 16, 2003

38. B. Jiménez Bacca, *Inicio, desarrollo y ocaso del terrorismo en el Perú*, tomo II, p. 776.

39. PCP, «¡Asumir y combatir por la nueva gran decisión y defmición!». A menos que se indique lo contrario, las citas siguientes provienen de este documento.

una nueva reestructuración del Estado. Y no era que se sintiera Dios o que se hubiese vuelto fujimorista, lo cierto era que «la caída del Presidente Gonzalo -el mayor éxito del Estado peruano bajo la jefatura de Fujimori- es mejor comprendida por ellos». Es decir, por el enemigo. Consciente de las implicancias que este viraje tendría entre sus seguidores, el líder senderista subrayaría: «no decimos viva el 5 [de abril], decimos avances objetivos y eso es registrar hechos», porque nadie podría probar que «nos hemos puesto a la cola de facción alguna de la gran burguesía», aunque la realidad sea que «ambas colinas [la «guerra popular» y el Estado] estamos manejando un campo de convergencia objetiva que la propia lucha de clases ha generado».

Liberado del escrutinio parlamentario, en efecto, el gobierno había introducido un marco legal antisubversivo de notable dureza: creación del delito de «terrorismo agravado» con penas de cadena perpetua; modificación del Código Procesal Penal, estableciendo que no caducaban las requisitorias por terrorismo; tribunales militares de «jueces sin rostro»; penas para menores de edad acusados de terrorismo; ley de arrepentimiento que favorecía la reducción de sentencias para quienes abandonaban «voluntaria y definitivamente» la actividad terrorista.⁴⁰

En el senderismo, estas medidas tendrían un impacto letal. A lo largo de 1992 cayó buena parte de su dirección. Si el «viejo Estado» que se caía a pedazos había retomado la iniciativa, pedir un acuerdo de paz -en la visión del doctor Guzmán era «conjurar la derrota» y poder manejar en mejores condiciones «el repliegue general, político y militar de la revolución peruana». Si lograban hacerlo, sobrevivirían y, como Mao en 1936 -que había sabido poner de lado las «deudas de sangre» de Chiang Kai-shek con los comunistas para suscribir un frente unido antijaponés,⁴¹ impedirían la destrucción del partido para seguir la lucha más adelante en mejores condiciones.⁴² No era la orden de un líder mesiánico. «Como mili

40. Ana María Vidal, *Los decretos de la guerra*, Lima, IDS, 1993, p. 38 y siguientes.

41. Presidente Gonzalo-camarada Miriam, «Acerca de la historia del proletariado internacional» (en conmemoración a su octavo aniversario)

tantes -recordó Guzmán- tenemos disciplina y sujeción», pero estas son «conscientes», no impuestas «a rajatabla» sino sustentadas con «razones sólidas». Esa era la clave de un «partido fuerte» y ahora había que demostrarlo. Sabía, por ello, que corría el riesgo de que su posición fuese rechazada y que incluso pudieran «hasta expulsarnos o aplicarnos la pena máxima». Que un 10% del total del partido -«los más firmes y probados comunistas»- aceptaran su planteamiento, era suficiente para que el partido se salvara pues, eventualmente, la fracción de izquierda se impondría sobre el revisionismo infiltrado en la organización.

¿Se había quebrado el «Presidente Gonzalo»? Desde su peculiar aislamiento, con su palabra más en duda que nunca, abrumado por la imagen de sometimiento al «genocida vendepatria» Fujimori, apelaba Guzmán al ser profundo del partido: la voluntad y su más generoso fruto, la entrega completa al proyecto colectivo. Así había sido en 1980, cuando el objetivo era impulsar a sus bases a cruzar ríos de sangre, y así lo era en 1993 en que la misión era entrar «a desenvolverse en otras condiciones, en guerra incruenta, en guerra sin sangre, en guerra sin balas». La convocatoria era a reconectarse con las esencias del ser comunista. Preguntarse «¿qué soy yo?» era lo que exigía el «Presidente Gonzalo». Y si la respuesta es «soy comunista», ello significaba tener la capacidad de oponer a las durezas del presente una actitud de «optimismo histórico». Optimismo-pesimismo era en ese momento la contradicción principal en el desenvolvimiento de la voluntad senderista. Y qué mejor punto de apoyo en circunstancias tales que la certeza de que «combatimos por el comunismo aún sabiendo que seremos molidos como individuos». Optimismo de clase, por lo tanto. No el optimismo burgués, centrado en el «yo», sino el optimismo proletario consciente de que «tu vida no es más que una pequeñísima cantidad de materia» si se la compara con «la inmensa eterna materia en movimiento». La

sario), mitglied.lycos.de/mppa/html/body_acerca_de_la_historia_del_prol.html

42. «¡Asumir y combatir por la nueva gran decisión y definición! ». A menos que se indique lo contrario, las citas siguientes provienen de este documento.

convocatoria era a pensar en décadas y siglos, pues los comunistas «somos águilas porque vemos lejos», porque «nos remontamos al futuro y sacamos del presente toda la fuerza suficiente para seguir desarrollándolo».

Nadie mejor que los «prisioneros de guerra» para encarnar y servir como ejemplo de esta nueva apelación a la voluntad. Ellos, más que nadie, eran la demostración de que los comunistas «peleamos donde estamos y con las armas que tenemos». Que, aun en el más absoluto aislamiento, premunidos de «nuestra todopoderosa e invicta ideología», «nos afincamos en ella» para deducir «desde las mínimas leyes del aislamiento hasta las leyes generales del proceso de la lucha de clases internacional, nacional, de la situación del partido, de la guerra popular». Arma, por lo tanto, que potencia «nuestra voluntad, decisión, energía suficientes para seguir haciendo lo que sea necesario por el partido». Por ello era que, tras los muros de la prisión, era donde el doctor Guzmán apostaba a encontrar a la «nueva fracción roja» capaz de impulsar al PC hacia su salvación. Así lo vivieron ellos, habían peleado una guerra sostenidos por esa visión.

«Acuerdistas» versus «felicianistas»: ¿guerra prolongada o eterna?

¿Hasta qué punto «ambas colinas» estaban «manejando» la «convergencia objetiva» que, según Abimael Guzmán Reynoso, la lucha de clases había generado? De hecho, el propio Montesinos se ocuparía de que el jefe senderista tuviese facilidades para difundir su «nueva gran decisión». La urgencia de llevar la colaboración entre las «dos colinas» a nuevas alturas se acentuaba en la medida en que el «bloque escisionista» -identificado por la prensa como «felicianista»-, aparecía como una nueva dirección y conseguía, más aún, seguir militando, lo cual, por cierto, echaba sombras sobre la supuesta victoria fujimorista sobre la subversión. En respuesta a estas circunstancias -como anotaría Nelson Manrique- «se inició la parte más tenebrosa de la negociación».⁴³

Así, luego de la cita cumbre con los cuadros provenientes de Yanamayo, aparentemente, el gobierno permitió el envío de emisarios seleccionados por Guzmán, de entre los senderistas presos con mayor ascendencia partidaria, para tratar de persuadir a determinadas bases partidarias. Al propio Guzmán, a mediados de 1995, se le permitió hacer llamadas telefónicas a Europa para alentar a sus más leales seguidores a que difundieran y promovieran el respaldo al «acuerdo de paz».⁴⁴ Le preocupaba, sobre todo, que el Movimiento Internacional Revolucionario se hiciera eco de su posición. Llegó incluso a decirse que el mismo Guzmán había sido llevado a Yanamayo en 1994 para persuadir a sus camaradas de que aceptaran el «acuerdo de paz».⁴⁵ Mientras tenían lugar las negociaciones, el Ejército lanzaba las operaciones denominadas «Aries» y «Tauro» en el valle de Huallaga -el gran centro de producción cocalera-, donde el llamado Ejército Guerrillero Popular de SL había llegado a ser particularmente fuerte. ¿Era posible que nada menos que el «Presidente Gonzalo» hubiese sido persuadido de colaborar con los esbirros del SIN o se trataba de una nueva genialidad del imbatible doctor Guzmán?

La confusión, el desencanto, el repudio recorrieron las filas senderistas. En Europa, algunos propagandistas de SL (como Luis Arce Borja) llegarían a preguntarse si el individuo que aparecía solicitando «conversaciones» con el régimen del «genocida» Fujimori no era acaso un «clon» del «Presidente Gonzalo» y si los verdaderos autores de la patraña del «acuerdo de paz» no serían otros que Osmán Morote Barrionuevo y Edmundo Cox Beuzeville: Sendero-Europa *versus* Sendero-Yanamayo.⁴⁶ Lo sustancial era que, en algún punto del interior del país, el camarada «Feliciano» -uno de los pocos miembros del Comité Central todavía libre- levantaba la bandera de

43. N. Manrique, «La cuarta espada y los senderos que se bifurcan», p.33.

44. Congreso de la República del Perú, Primera Legislatura Ordinaria, 2001. Transcripción del audio núm. c-72, -Suecia. del 25 de septiembre de 1995, www.elcomerciope.com.pe/EcEspe/html/montesinos/videoSuecia.html

45. Declaraciones de Carlos Tapia en *La República*, febrero 19, 2000. 46. En mayo del 2002, Arce Borja escribía que por nueve años «el gobierno ha intentado ocultar la desaparición del jefe guerrillero [Abi

«proseguir la guerra popular». En las prisiones, la confrontación entre «acuerdistas» y los que pretendían continuar la guerra iría tornándose un asunto cada vez más áspero. Así lo reveló una cierta «camarada Inés» en una entrevista reproducida en una revista del exterior. Según ella, los «acuerdistas» y las autoridades colaboraban para coaccionar a las nuevas detenidas:

Se sujeta a cada presa que llega a la prisión a un agobiante hostigamiento a fin de quebrarla y obligarla a ingresar a sus filas. Usan cualquier método que puedan para lograr sus metas. Han atacado físicamente a las compañeras. El hostigamiento es constante. Generalmente ponen a las recién llegadas en celdas con estos individuos. Ahí se dedican a atormentarlas las 24 horas al día. Si no pueden convencerlas, buscan quebrarlas psicológicamente. Repiten como loros su cháchara del acuerdo de paz. Cuando las compañeras se resisten, las defensoras del acuerdo de paz las denuncian abiertamente. Ante los guardias, las acusan de cosas para que los guardias las castiguen. Ante los ayudantes sociales y otras autoridades, piden que delaten a aquellas quienes se han mantenido firmes. Aprovechan toda oportunidad para provocarlas, como organizar «cateos» con los guardias para robar y destruir sus pertenencias. Delatan públicamente a las compañeras de la Jefatura, ante agentes del Servicio de Inteligencia Nacional, la Comisión Ad Hoc, el padre Lansier y el coronel genocida Castillo.⁴⁷

Denuncias y contradenuncias se sucedían. En 1994, por ejemplo, se decía que a ciertas bases del partido habían llegado

mael Guzmán] y presentar como cierto un 'acuerdo de paz' que nunca existió». En «Plan Aluvión en los Andes y asesinato del Presidente Gonzalo», en *Nuevo Diario Internacional*, Bruselas, mayo 17 del 2002. Véase también Luis Arce Borja, «RIM: revolution or counterrevolution?», <http://www.etext.org/Politics/MIM/ms/rimborja.html> En Europa, el Comité Sol-Perú -auspiciado por el Movimiento Internacionalista Maoísta- defendió la posición anti-acuerdista durante los años noventa, aunque sin enfrentarse a Guzmán. El Movimiento Popular Perú, también afincado en Europa, se mantuvo en la posición opuesta.

47. «Una luz en las tinieblas de las cárceles del Perú: entrevista a la camarada Inés», en *Un mundo que ganar*, http://www.awtw.org/spanish/numero_anteriores/1999-25/PeruPrisonsINEZ-span25.htm

«algunos capituladores que estaban presos», quienes, apoyados por elementos del SIN, realizaban asambleas para plantear su «acuerdo de paz». Esto coincidía -según la fuente- -con lo planteado por algunos cc. presos que decían haber visto a algunos gonfaloneros de la 1.o.d. [línea oportunista de derecha] salir en horas de la noche y regresar al cabo de dos o tres días. Todo esto lo hacían al margen del partido».⁴⁸

Hacia 1995, podía decirse con certeza que «lograr que Guzmán pidiera negociar la terminación de la guerra» constituía un insoslayable «éxito estratégico de las fuerzas de seguridad», producto de lo cual Sendero había perdido la «unidad y centralización» que le había asegurado «el fanático alineamiento de sus militantes en torno al deificado «Presidente Gonzalo»».⁴⁹ De otro lado, al proveerle comunicación, libros y publicaciones y contacto cotidiano con Elena Iparraguire, su pareja,⁵⁰ le entregaban los instrumentos para continuar haciendo política, la razón última de su existencia. ¿Volvía el «Gonzalo» de los años noventa -como sugería Carlos Iván Degregori-⁵¹ a ser el doctor Guzmán de los setenta, es decir de guerrero a burócrata? Así sonaba cuando en octubre de 1995, el líder encarcelado acusaba a los «felicianistas» de haber usurpado «el sello del CC [Comité Central] con motivo del XV Aniversario [del inicio de la guerra popular]».⁵² Ala LTC de Yanamayo, en todo caso, le correspondía articular, difundir y promover el discurso de esa nueva etapa, de ese Sendero que recobraba un hálito de vida, irónicamente,

48. En «En defensa del izquierdismo», Ediciones Bandera Roja, http://www.geocities.com/pcp_bandera_roja/02deba/correo/16joaquin.html. En línea similar, véase «El fracaso de operación acuerdo de paz», Movimiento Popular Perú, www.blythe.org/peru-pcp/misc/paz.htm

49. N. Manrique, «La cuarta espada y los senderos que se bifurcan».

50. Declaraciones de Rafael Merino Bartet, en «Video Secreto. Abimael se rindió sonriendo y Vladimiro se comió el jamón», *Caretas*, mayo 9, 2002.

51. Carlos Ivan Degregori, «El sorprendente colapso de Sendero Luminoso» p. 13.

52. «Comentario al documento escrito por el camarada Feliciano cabeza del bloque escisionista y la línea revisionista», octubre 15, 1995 (notas de exposición del Presidente Gonzalo, sin corregir). Digitalizado para Internet por el MIP-Peru.

bajo el ala protectora de los operadores de Inteligencia del régimen. Allá, en la altura puneña, la «ronda de conversaciones» había sido recibida como un rayo de luz. No sólo sus máximos dirigentes -Morote y Cox- habían sido devueltos a la vida al ser transportados a Lima para encontrarse con su «Presidente Gonzalo», sino que las «conversaciones» contribuyeron a un cierto relajamiento del régimen carcelario.

No fue casual que, a mediados de 1994, las cámaras de un canal de televisión ingresaran a Yanamayo para registrar el apoyo entusiasta de algunos de los más conocidos senderistas a la posición del doctor Guzmán: era un episodio más de la coreografía «antipolítica» concebida en el SIN con el propósito de reforzar la imagen salvadora del régimen fujimorista.⁵³ Desde allá, las «conversaciones» del Callao podían ser vistas, sobre todo, como señal de que su líder seguía pensando y actuando. Escuchar de sus propios labios, más aún, la sustentación de la nueva línea y su razonamiento impecable, había sido para sus fieles algo así como una peregrinación a La Meca para los musulmanes. Y, eventualmente, algo más concreto aún: la posibilidad de una negociación que les permitiese recobrar la libertad.

Dentro del «encierro total y sofisticado» en que supuestamente vivía, el «Presidente Gonzalo» había logrado persuadir a sus carceleros de que les convenía dejarlo escribir y comunicar sus ideas. Así presentaron en Yanamayo lo ocurrido en Lima los prisioneros que habían hecho la peregrinación a la capital. ¿Qué mejor prueba de vigencia para quienes le habían visto dirigir una «guerra de la pulga»⁵⁴ de enormes repercusiones? Su talento para «romper los muros de aislamiento» era el comportamiento ejemplar que le confirmaba como dirigente. A partir de ahí, su visión estratégica lo reafirmaba como «jefatura única e insustituible»,⁵⁵ sobre todo porque había sido

53. Véase al respecto, Carlos Iván Degregori, *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*, Lima, IEP, 2000.

54. Robert Taber, *War of the flea: the classic study of guenilla warfare*.

55. Luminosa Trinchera de Combate de Yanamayo «¡Defender la trascendencia e invencibilidad de la Guerra Popular!», mayo 2000. Las citas siguientes provienen de la misma fuente.

capaz de «armar» al partido para «comprender y manejar» lo que significaba el *repliegue*: un «tiempo de balance y crítica», más que nada. Un tiempo que no suponía «dejar de luchar», como sostenía «el bloque escisionista» de «Feliciano» cuya posición de «proseguir» la guerra era -según los «acuerdistas»- un puro «militarismo burgués» conducente a la «colombianización» de la guerra, a una «guerra eterna» sin objetivo político claro, aislada de las masas, cuando lo cierto era que, desde septiembre de 1992, «ya no se podía conquistar el poder». La acusación no era liviana. Guzmán descargaba en ellos toda la responsabilidad de lo que ocurriera, utilizando un viejo recurso de su arsenal retórico

...hemos sostenido y sostenemos desde la posición proletaria: la guerra popular no fue derrotada con la detención. Esta generó un giro y, el Bloque Escisionista está llevando más cada día a la derrota de la guerra popular y a la destrucción del partido. (...) Dice el documento que la guerra popular «ahora se encuentra saliendo de un recodo difícil y complejo...» Son palabras que se estrellan en los hechos; precisamente cuando los escisionistas destructores del partido llevan a la derrota de la guerra popular más que por acción del enemigo, por la desintegración de sus fuerzas que su línea escisionista, de esencia revisionista genera.⁵⁶

De hecho, recurriendo a la presentación de listas detalladas de sus acciones militares, los «felicianistas» pretendían demostrar que proseguir la lucha armada era aún factible, sobre todo si se trataba ahora de una lucha antidictatorial. Y claro, Guzmán no iba a entrar a discutir ese tema, después de haberse dirigido a Fujimori como «presidente de la República» para solicitarle conversaciones de paz. Recurrió más bien a un debate del pasado para demostrar la miseria de los «escisionistas». Ya en los inicios de la guerra popular -recordó- deslindamos y combatimos la «guerra militarista burguesa» que estos pretendían conducir en lugares como el valle del Ene, Vizcatán o Razuhuillca; una guerra de «fortificaciones» y «zonas

56. «Comentario al documento escrito por el camarada Feliciano cabeza del bloque escisionista y la línea revisionista». Las citas que siguen provienen de este documento.

inexpugnables» repudiada por el PCP cuando «criticamos el desenvolvimiento de las guenillas del MIR del centro, dirigidas por [Guillermo] Lobatón». «Piénsese bien y recuérdese» -subrayó- «cómo de nada le sirvieron las 'zonas impugnables.'» Citaban a Mao para justificarse, pero perdían lo esencial, que «ellos combaten a su manera y nosotros a la nuestra», lo que quería decir, que lo distintivo del PCP era tener «una manera propia de hacer las cosas». Y «las informaciones, las noticias muestran un abandono de esa gran condensación de la guerra popular hecha por el presidente Mao». En síntesis, ellos habían dejado de «luchar a nuestra manera», ocasionando así la derrota de la guerra y la destrucción del partido. En el reino de la ideología -ahí donde el doctor Guzmán era el imbatible «Presidente Gonzalo»- y no en un oscuro poblado del oriente peruano, en los incidentes de una guerra sin «generales», apenas comandada por miserables «sargentos» -como le habían demostrado Merino y Montesinos-, era que se jugaba el destino del partido.

«Conjurar la derrota» era, en ese sentido, el otro concepto clave. Significaba impedir la destrucción del partido. Y era eso lo que el «Presidente Gonzalo» estaba haciendo: «dirigiendo centralizada y organizadamente desde prisión el *repliegue político general* de la revolución proletaria mundial y el *repliegue político y militar* de la revolución peruana». Así, lejos de sufrir desmedro, en esta suerte de «visión-Yanamayo» de la coyuntura, la figura del doctor Guzmán emergía de su transitoria derrota como la del líder indiscutible de «la futura nueva ola de la revolución proletaria mundial».

El arreglo con la «otra colina» fue la base de la relativa tranquilidad que prevaleció en Yanamayo durante los años siguientes. Hacia 1996 -recuerda Morote- se vivió un período particularmente estimulante, debido a que pudieron mantener una «política de puertas abiertas» con las «compañeras» residentes en el penal. Sabiendo que la cuestión de la preservación del partido estaba ya bien enrumbada, la atención de los «prisioneros de guerra» se concentró en el estudio y el trabajo colectivo y en la mejora de las condiciones de vida. No faltaron por cierto las tensiones. El régimen de visitas seguía siendo uno de los grandes focos de conflicto. En septiembre de 1996 y febrero de 1997 sendas requisas sirvieron de excu

sa para destruir y robar pertenencias y materiales de trabajo. Nuevas presencias, sin embargo, contribuían a romper el aislamiento: los organismos de derechos humanos internacionales, sobre todo, que habían dirigido su atención hacia el Perú no sólo a raíz de los «excesos» del régimen fujimorista sino por las denuncias relativas a las condiciones de vida en «cárceles-tumba» como Yanamayo o Challapalca. Presos extranjeros del MRTA -irónicamente condenados por «traición a la patria» en juicios sumarísimos dirigidos por magistrados «sin rostro»- apelarían con creciente éxito a la Corte Interamericana de Derechos Humanos.⁵⁷ En el ámbito local, la flamante Defensoría del Pueblo apareció como un canal particularmente dinámico de recepción de demandas. De hecho, su informe anual de 1999-2000 exhibía un inaudito tono crítico viniendo de una institución del Estado:

El régimen al que están sometidos los internos en el penal de Yanamayo está reñido con nuestras normas constitucionales, los estándares internacionales y la dignidad humana, y propone su adecuación a tales normas, sin que ello suponga poner en peligro la seguridad de la sociedad. Reviste especial importancia la urgencia de revisar las horas de encierro en las celdas, el sistema de visitas por locutorio y la práctica no legal de impedir el acceso a cualquier tipo de información.⁵⁸

En su proceso de adaptación a la nueva era de lucha, los senderistas buscaron acogerse a la protección de organismos y convenios de derechos humanos, tanto como al Código Civil o a la propia Constitución fujimorista aprobada en 1993. Las referencias a estos comienzan a ser un lugar común en sus documentos desde mediados de los años noventa, en tanto que los llamados al combate y las apelaciones a la heroicidad iban más bien de salida. Era el nuevo rostro de la LTC.

Mientras tanto, las posibilidades de avance de las «conversaciones de paz» se hacían cada vez más remotas, quedando en evidencia que había sido un tinglado supeditado a interés

57. El gobierno peruano reaccionó ante esto retirando al Perú de la Jurisdicción de la Corte Interamericana.

58. Defensoría del Pueblo, *Tercer informe anual 1999-2000*, <http://www.ombudsman.gob.pe/cap5-52.htm>

ses coyunturales en el que era difícil discernir quién manipulaba a quién.⁵⁹ Por añadidura, en diciembre de 1996 un comando del MRTA tomó por asalto la casa del embajador japonés en Lima, dando lugar a una larga y compleja crisis que no se resolvería hasta abril, mes en que se produjo el ingreso de las fuerzas militares a la residencia: todos los guerrilleros fueron eliminados y sólo uno de los 72 rehenes murió en la operación. La imagen victoriosa por la que Montesinos había luchado tan duramente en largas horas compartidas con su paisano Guzmán, aterrizaba ahora en sus manos por cortesía del MRTA. Eran los quince minutos de gloria global que se requería para pensar con seguridad en la reelección del 2000. Era difícil imaginar que en ese ambiente, el presidente Fujimori y sus generales -la cúpula reinante del régimen nacido del «fujigolpe» del 5 de abril de 1992- aceptaran pactar la paz con los senderistas. «Feliciano» y su «Sendero Rojo» era además cada vez menos amenazante. La caída de sus más importantes mandos nacionales en 1998 lo dejó reducido a algunas provincias de los departamentos de Huánuco y San Martín. En julio de 1999, finalmente, el líder disidente fue detenido por las Fuerzas Armadas. Las circunstancias de su captura se pierden en el indescifrable ajedrez de versiones convenidas y sesgadas que en torno a este tema el régimen solía emitir. Con ello, según un analista, «el proyecto SL» había terminado definitivamente. De ahí en adelante -continuó- «su violencia, en lugar de política será social: robos y saqueos a comunidades como delincuentes comunes».⁶⁰ ¿El PCP convertido en una partida de bandidos? En el enfoque «acuerdista», por el contrario, la caída de «Feliciano» les colocaba más cerca de su gran objetivo: evitar la destrucción del partido. Las cárceles, no obstante, se llenaban de «felicianistas» convirtiéndose en una amenaza al *modus vivendi* al que ahí se había llegado con el régimen fujimorista.

A mediados de 1999, cuando el Defensor del pueblo visitó Yanamayo, encontró que de sus 396 internos, 377 eran acusados de terrorismo y «traición a la patria» (treinta mujeres y 347 hombres); un alto porcentaje de ellos cumpliendo cadena

59. «El acuerdo de paz: letra muerta», en *Caretas*, julio 6, 1995.

60. «Los mil nombres de Artemio», en *Caretas*, agosto 19, 1999.

perpetua. De estos internos, había 182 «acuerdistas», 64 «emerretistas», 48 «felicianistas», 10 «arrepentidos» y 71 «independientes». Los primeros declararon en esa oportunidad que reafirmaban su «voluntad de paz», insistiendo en «la reiniciación del diálogo con el gobierno para concluir el conflicto armado por la vía política».⁶¹ A comienzos del año siguiente los «felicianistas» habían pasado a ser mayoría en el penal y -como le expresaron a un periodista capitalino- se mostraban quejosos de los privilegios de los «acuerdistas» quienes «caminan por los pasadizos durante casi todo el día, reciben charlas educativas y hasta hacen deporte», mientras que ellos seguían en su mayoría «restringidos a su paseo de media hora fuera de sus celdas». Observó, asimismo, el periodista, que a diferencia de los «acuerdistas», los «felicianistas» conservaban el estilo del SL de los primeros años: «a las 6 am, a las 6 pm y a las 9 pm lanzan cánticos, arengas y proclamas subversivas en contra de su ex-líder y fundador de SL».⁶² Entre los emerretistas, igualmente, las ventajas concedidas a los «acuerdistas» eran motivo de inconformidad. El 21 de enero del 2000 ambos grupos se enfrentaron a la autoridad: rara confluencia entre grupos que se habían enfrentado violentamente en más de una ocasión.

Aparentemente, en contra de las reglas vigentes, el director de la prisión había venido permitiendo que los internos tuviesen contacto directo con sus familiares durante las visitas. Al salir de licencia, sin embargo, su reemplazante decidió aplicar las normas, prohibiendo encuentros fuera delloquutorio. La reacción fue iracunda. El encargado de la dirección ordenó suspender las visitas. Los presos se amotinaron, salieron de sus celdas y se abalanzaron contra el odiado locutorio, prácticamente pulverizándolo. «A veces -recordaría Osmán Morote-lográbamos que, con una presión particular, algunos

61. Defensoría del Pueblo. «Informe sobre el establecimiento penitenciario de Yanamayo. Puno». 1999 <http://www.ombudsman.gob.pe/informes/Yanamayo.pdf>. Para una descripción de lo que significaba una visita a los internos de Yanamayo en 1996, véase Rhoda Berenson, *Lori: my daughter wrongfully imprisoned in Peru*. Nueva Cork. Context Books. 2000. pp. 154-161.

62. *El Comercio*. febrero 9. 2000.

podiesen abrazar entre las rejas a sus hijos».⁶³ Ahora, el locutorio no existía más. «Felicianistas» y «emerretistas» -en inusual coincidencia- habían encabezado la acción.

Cuando el director titular retornó de su licencia, encontró una situación inmanejable. Casi como un gesto simbólico de re afirmación de la autoridad -los reclusos controlaban por completo el acceso a sus pabellones para ese entonces-, el oficial ordenó una requisita. Los del MRTA lograron imponer que, quiénes entraran a su pabellón fueran policías locales y no el destacamento de la Dirección de Operaciones Especiales. La requisita se produjo sin mayor violencia inmediata. Algo similar sucedió con los «acuerdistas». -En las celdas encontramos pedazos de metal afilados, sierras, «radios» relató uno de los policías que protagonizó los hechos.⁶⁴ Cuando los internos se percataron de que les faltaban pertenencias, comenzaron a protestar. La fiscal presente ordenó que estas les fueran devueltas. La tensión iba en aumento. Los «felicianistas», por su parte, estaban en pie de guerra. En las últimas horas del 6 de febrero se parapetaron en su pabellón dispuestos a resistir la acción policial. «Vimos -relata uno de los testigos- cómo sacaban las puertas de su marco y las colocaban contra la reja metálica del pabellón No. 4», mientras otros rompían paredes e instalaciones para improvisar proyectiles y armas defensivas.⁶⁵ En la confusión, un grupo de 24 policías entró al pabellón del MRTA. Estos los encerraron en las celdas con el fin, según dijeron, de brindarles protección. En medio de la trifulca, los presos chilenos de esa agrupación se comunicaron por teléfono celular con una radio de su país a la que relataron paso por paso lo que acontecía.⁶⁶ Al promediar la madrugada, la situación había llegado a un punto de *impasse*. En esas circunstancias, Osmán Morote fue convocado a la dirección del penal con el fin de atender una llamada de Lima. Era Vladimiro Montesinos, quien le solicitaba ayuda para resolver

63. EntreVista del autor. Prisión de Yanamayo, Puno, junio 18, 2002.

64. Oscar Libón, «Así fue el motín en Yanamayo», en *La República*, febrero 11. 2000.

65. *Ibid.*

66. «Rehenes de Fujimori: hablan desde sus celdas-tumbas», en <http://www.voz-rebelde.de/Chile4.htm>

la situación. Una conversación reservada que tiempo después se haría pública, cuando el-Rasputín» peruano y su fabuloso archivo audiovisual cayeron en manos de las nuevas autoridades post-fujimoristas. El examen de dicho intercambio permite apreciar las singulares conexiones que, desde 1993, se habían ido configurando entre las altas esferas fujimoristas y la LTC senderista.

Ambos coincidían en que la situación debía resolverse pacífica y rápidamente. Los acontecimientos -puntualizó Montesinos- -me causa[n] dificultad en ayudarlos a ustedes en el proceso de contactos que he venido desarrollando». ⁶⁷ Se refería, por cierto, al proceso de sometimiento del -bloque escisionista» a la jefatura del doctor Guzmán. -Usted ya sabrá -recordó a Morote el asesor presidencial- que Feliciano está en el Callao y se ha conversado bastante» y que -estamos ya pensando traerlos a usted y a María Pantoja» para proseguir la discusión, pero -este problema (...) nos complica el escenario». Esto -replica Morote- -no lo hemos iniciado nosotros, es una provocación [de los -felicianistas»] que ha sido mal manejada [por las autoridades], pero ya estamos en camino de solucionarla». No muy convencido aún, Montesinos insiste en recordar al prisionero los riesgos de no hacer lo necesario para resolver por las buenas la situación: estoy tratando de evitar que -entre el personal» que «como usted sabe, es un personal profesional» y -ya usted sabe como son las operaciones en este tipo de situaciones». Si se retorna cuanto antes a una -una situación de normalidad», en cambio, «tiene usted mi plena y absoluta garantía» de que a ustedes no les va a pasar nada: «que no va haber absolutamente ninguna intervención de ninguna naturaleza». La demanda de Montesinos era que se entregara a los heridos, que se dejara salir a los policiales retenidos y, sobre todo, que nadie pretendiese que «me estén firmando papelitos» -es decir, actas o acuerdos- porque estamos «quedando acá entre usted y yo», porque -es su

67. Congreso de la República del Perú, Primera Legislatura Ordinaria de 2001. Transcripción del audio núm. c-72 «morote-dr-motín de Yanamayo-Puno» del 7 de febrero del 2000, conversación telefónica, <http://www.elcomerciope.com.pe/EcEspe /html/montesinos / videoSuecia.html>. Las citas que vienen a continuación proceden de este documento.

palabra y la mía y yo creo que usted ¿cree en mi palabra o no cree en mi palabra?» «Tenga usted la plena seguridad de que ese problema se resuelve completamente hoy», responde solícito el dirigente senderista.

Arreglado ese punto, la conversación vira hacia los temas de fondo. Es una relación que pareciera retomarse tras algún tipo de interrupción. «La correspondencia que usted me ha remitido ha sido entregada a su destinatario», comunica, amigable, el asesor. Se trata de encargos para el doctor Guzmán, sin duda. Como disculpándose por la demora, añade a continuación: no es que «yo me haya olvidado lo que he estado trabajando con ustedes (...) nosotros hemos seguido trabajando, lo que pasa es que hay veces por las razones del momento que se vive, usted sabe, obliga a que uno se dedique a otras actividades». Morote se muestra comprensivo - «nosotros sabemos del trabajo y del tipo de responsabilidades que usted tiene»- y aprovecha para recordarle a su interlocutor lo difícil que le ha sido comunicarse con él en los últimos tiempos: «hemos hecho por lo menos unas ocho peticiones» para hablar con usted, todas ellas desatendidas. Montesinos promete enmienda. Facilitaría -dijo-la comunicación con Yanamayo.

Aquel contacto marcaba un momento crucial de la «convergencia» entre las «dos colinas» esbozada en 1993 por el doctor Guzmán. Es probable que tras la captura de «Feliciano» -en julio de 1999- los estrategas antsubversivos hubiesen sentido que no necesitaban del canal «acuerdista» para conseguir la rendición de los remanentes senderistas. En octubre de 1999, no obstante, un operativo que debía culminar en la «entrega» de una columna senderista en la zona del río Anapati, en la selva central, terminó en desastre: nueve militares muertes y un helicóptero del Ejército destruido.⁶⁸ En diecinueve años y medio de guerra antsubversiva, «jamás Sendero Luminoso había asesinado a un coronel y un comandante del Ejército en actividad -comentó un analista- y nunca, que se sepa, había destruido un helicóptero de esa institu

68. Véase al respecto, ¿Qué pasó en Anapati?, en *Caretas*, 7 de octubre, 1999, <http://www.caretas.com.pe/1999/1588/1588.htm>

ción». ⁶⁹ Y ahora, el motín de Yanamayo venía a crear una situación que dañaba la imagen del presidente Fujimori como «vencedor de la subversión». Para resolver dicha situación Montesinos se había visto obligado a recurrir nuevamente al concepto de la colaboración entre las «dos colinas». María Pantoja -que se puso al teléfono después de Morote aquel 7 de febrero- fue más incisiva que su compañero en puntualizar al poderoso «asesor presidencial» las responsabilidades por la situación creada. Con ella, el trato es de viejos amigos; un vínculo que seguramente se remontaba a las largas semanas de «negociaciones» de comienzos de 1993, cuando Pantoja y otros internos de Yanamayo habían sido trasladados a la capital. Montesinos la llama «la mexicana». «Me alegra mucho escucharla nuevamente -dice-, me parece que la estoy viendo con sombrero de charro (...) recibí las cartas tuyas y los encargos que envió al doctor», ya los he hecho llegar a este, quien «siempre me manda muchos saludos». La novedad es que «Feliciano» está ahora «con ellos allá», todos «muy bien de salud», en «perfectas condiciones» y sin «ningún problema», en tanto que «nosotros seguimos conversando con él».

Volviendo al tema que motiva la llamada de Montesinos, Pantoja dice: «Esto no hubiera pasado si usted hubiera podido resolver de una forma más pronta la solución política». No era momento de recriminaciones. Montesinos le recordó la difícil coyuntura que se vivía y que había «un evento dentro de sesenta días», pasado el cual, era de esperarse que «las aguas vuelvan al río, ¿no?». Era nada menos que la segunda reelección de Fujimori lo que se venía y, ante la premura existente, no quedaba sino refrescar el esquema del «acuerdo de paz» para capear el temporal. Dentro de este, Montesinos se comprometía a encuadrar a «Feliciano» dentro de la línea esbozada por el doctor Guzmán. Morote y Pantoja viajarían a Lima para aportar a «la crítica» del disidente y este escribiría una nota o inclusive hablaría telefónicamente con los «incrédulos» que todavía no aceptaban que este «ya ha vuelto al cauce», que estaba «ahora de este lado de la orilla», que ya no

69. Fernando Rospigliosi, «Ocultando errores», en *Caretas*, octubre 15, 1999, <http://www.caretas.com.pe/1999/1589/controversias/controversias.htmOSI>

estaba, en fin, «en la otra colina». Así -concluyó Montesinos «esos patas [individuos] se van a quedar en la luna». Sin piso, en el aire.

Tal como habían acordado, Morote y sus camaradas se sumaron al esfuerzo por impedir que Yanamayo estallara. Como se revelaría días después, contraviniendo las órdenes de Montesinos, se firmó un acta con los presos, garantizándoles que no habría intervención en sus pabellones. Fujimori declaró que no había habido conversaciones «porque él no dialogaba con terroristas». Los senderistas, por su parte, ávidos de avanzar su propuesta de «solución política a los problemas derivados de la guerra», aprovecharon para demandar que las autoridades permitieran que el «Presidente Gonzalo» saliera a plantear públicamente su propuesta de paz, para desmentir así a quienes afirmaban que había muerto en cautiverio y que -más sorprendente aún- había sido suplantado por un «clon». En septiembre, a su manera -no a través de gestiones telefónicas sino atrincherándose en sus pabellones y colgando letreros para que los vieran los periodistas agolpados en las afueras del penal-, los «felicianistas» se sumaron al pedido. ¿Estaba la mano del doctor Montesinos detrás de todo esto? En los meses subsiguientes, en todo caso, «el doctor» volvió a preocuparse del asunto SL, como lo prueba el caso del camarada «Artemio», secretario del Comité Regional del Huallaga, quien el 11 de noviembre tuvo el privilegio de ser llevado a la Base Naval del Callao para entrevistarse con el «Presidente Gonzalo» y la camarada Miriam. Dos delegados de Yanamayo participaron asimismo en la reunión. Ahí, «Artemio» tuvo la oportunidad de preguntar «todos los pormenores y detalles acerca de si había sido o no el «Presidente Gonzalo» quien anunció las cartas del año 1993". Su conclusión fue que los documentos que proponían el viraje estratégico «son Pensamiento Gonzalo» y no «una «patraña» pues

...la fundamentación ideológica, política y orgánica planteada por el Presidente Gonzalo desde el año 93 hasta hoy queda totalmente comprobada porque todo lo previsto por él en el contexto intemacional, nacional, la guerra popular y nuestro partido principalmente se está cumpliendo, esa es la realidad queremos o no, por eso es que nosotros asumimos firme y resuel

tamente por convencimiento pleno, nadie nos ha presionado, ni obligado, ni menos que sean las circunstancias difíciles y complejas por las actuales atravesamos, nos han llevado a tomar esta histórica decisión».⁷⁰

Nadie podrá decirme -continuó Artemio- que «no combatimos y nos hemos mantenido firmes» en el empeño por «superar el recodo», pero «como comunistas que somos» tenemos que «estudiar, analizar y sacar conclusiones aplicando la ley de la contradicción, el materialismo dialéctico, cogiendo firmemente nuestros principios para comprender que el problema fue y es la falta de una Dirección proletaria justa y correcta». Artemio había pasado por el aro del «Presidente Gonzalo». El trabajo de desarticulación del «bloque escisionista», ahora sí, había sido completado.

Yanamayo para ese entonces había dejado de ser la «cárcel-tumba» de 1992. Por otros caminos, los reclusos habían conseguido ahí el grado de autonomía, contacto con el exterior y libertad de movimiento que habían alcanzado años antes en El Frontón o Canto Grande. Paradójicamente, esta vez con la ayuda del «segundo hombre más poderoso del Perú».⁷¹ Hacía tiempo que los «acuerdistas» tenían control de sus propios pabellones y, como en casos anteriores, habían procedido a reacondicionar sus celdas hasta convertirlas en algunos casos en modestas y hasta acogedoras habitaciones. Ahora, la negociación efectuada con el INPE dejaba a los otros grupos en condición similar. El sistema de privilegios hasta entonces vigente quedaba eliminado. En las confrontaciones de enero-febrero del 2000, más aún, los «felicianistas», prácticamente, habían destruido áreas enteras de las instalaciones del penal. Según Morote, las autoridades «ya no tenían control real de los propios pabellones, sino de las salidas, pero eso era una situación formal, en realidad faltaba poco para traerse abajo el penal, porque con unos cuantos golpes se derribaba todo eso. Pero nosotros no estábamos interesados en llegar hasta

70. «Carta del camarada Artemio», transcripción del Movimiento Popular Perú-Alemania, http://es.meetic.com/index_iespana.htm

71. Según la encuesta del poder anualmente realizada por la revista *Debate*.

ahí». ⁷² Cuando las autoridades del nuevo gobierno provisional inspeccionaron Yanamayo en marzo del año siguiente, en efecto, encontraron que un 80% del penal estaba destruido. ⁷³

Esta vez, la autonomía de los prisioneros era más que la posesión de la llave de acceso al pabellón. La globalización había trascendido los muros del penal; televisores, aparatos de grabación y material de lectura aseguraban la comunicación con el exterior. Se sabía, asimismo, de la existencia de más de un celular y que, de alguna manera, los escritos de los presos aparecían rápidamente publicados en el Internet. ⁷⁴ Acaso, después de que el propio Montesinos sirviese de correo a los dirigentes senderistas, nada de esto podía provocar sorpresa. Con la caída de Fujimori en noviembre del 2001, ya no les quedaba duda que el tenebroso «recodo» iniciado con la captura del doctor Guzmán había quedado atrás. Podían presentar ahora el caso de su carcelería como parte de los abusos de la dictadura caída e insistir en que la «solución política de los problemas derivados de la guerra» era parte, asimismo, de la democratización del país. Esta «visión-Yanamayo» de la era violenta fue claramente articulada en la carta enviada el 25 de febrero del 2001 por los «prisioneros políticos y prisioneros de guerra, procesados y sentenciados por los llamados delitos de 'terrorismo' y 'traición a la patria.' reclusos en el Establecimiento Penal de Yanamayo» en uso «del derecho de petición reconocido por el artículo 2do. inciso 20, de la vigente Constitución Política del Perú» a las «más altas autoridades de dos de los poderes del Estado»: el presidente de la República, Valentín Paniagua, y el presidente del Congreso, Carlos Ferrero. El razonamiento ahí presentado se sustentaba en las aserciones siguientes:

- a. El levantamiento senderista había sido una guerra de las masas en busca de su emancipación, por la opresión que «por siglos» habían sufrido. Un levantamiento contra un ti

72. Entrevista con el autor.

73. Declaraciones del ministro de Justicia, Diego García Sayán, en *El Comercio*, marzo 1, 2001.

74. Sobre SL y el Internet. véase Eduardo Toche. «WWW Sendero.org», en *Quehacer*, núm. 120. septiembre-octubre. 1999.

po de sociedad -semifeudal, semicolonial y de capitalismo burocrático- que constreñía el desarrollo y la democracia.

- b. El PCP nunca había aplicado el genocidio, la tortura, el secuestro ni las desapariciones frente a un Estado peruano que «combatió la guerra popular desarrollando una línea y política genocida desde diciembre de 1982».
- c. En esa dinámica, las fuerzas militares habían creado «fuerzas complementarias» (rondas campesinas, rondas urbanas, mesnadas), lo cual -podía suponerse- hacía de sus miembros legítimos blancos de combate.
- d. La política genocida del Estado peruano había negado «el derecho político fundamental que tiene [el pueblo] a rebelarse contra el hambre, la miseria, la explotación y opresión que sufre de siglos y construir una nueva sociedad».
- e. Expresión culminante de la política genocida había sido el tratamiento de los «prisioneros de guerra» y la negación de su «derecho de defensa» a través de la dación de leyes contrasubversivas mediante las cuales los fujimoristas «demolieron el sistema jurídico, para perseguir, detener, encarcelar y condenar a los detenidos, mientras ellos robaban y saqueaban el país».
- f. En «octubre de 1993» el doctor Abimael Guzmán Reinoso había planteado «que la guerra debía terminar con una solución política», remitiendo al gobierno dos cartas pidiendo conversaciones para un «acuerdo de paz» que terminara la guerra, porque «la paz había devenido en necesidad del pueblo, la nación y la sociedad peruana en su conjunto».
- g. Dicho acuerdo no se había podido concretar por dos factores principales: de un lado, la oposición dentro del propio PCP, y del otro, la decisión del régimen de Fujimori, quien «prosiguiendo la línea y política genocida del Estado peruano aplicó creciente represión militar dejando de lado una solución política para el término de la guerra».
- h. En conclusión, en consecuencia con el proceso de «democratización de la sociedad peruana», debía procederse a «la solución política» de los «problemas derivados de la guerra», marchando hacia una «verdadera amnistía general en función de una futura reconciliación nacional» para «cerrar heridas», puesto que «la guerra ha terminado», debiendo culminar, por ende, «la venganza política del Estado

peruano contra los prisioneros» y «respetarse lo que la Constitución establece sobre los ambientes que ocupan los presos».

- i. Para la memoria quedaba que «la guerra popular» dirigida por el PCP había sido «el movimiento social revolucionario más grande de la historia peruana y ha generado» unos «grandes cambios y transformaciones» que no podían ignorarse.
- j. La Comisión de la Verdad por constituirse debía realizar «una evaluación de todo el proceso de la guerra interna vivido en el país y no puede sino concluir proponiendo una solución política a los problemas derivados de la guerra en el Perú». Para ello «debía tomarse en cuenta la posición del PCP».

Los ocho meses del gobierno de transición elegido en reemplazo del fujimorista (noviembre del 2000 a julio del 2001) permitían abrigar esperanzas en tomo a los posibles resultados políticos favorables que el «giro estratégico» podía tener para la lucha por la sobrevivencia del partido. Desde Londres, el Comité Internacional de Emergencia para Defender la Vida del Doctor Abimael Guzmán manifestó que, tras ocho años de lucha, había llegado el momento más propicio para «forzarle la mano al gobierno de transición o al nuevo gobierno» con el fin de terminar con «el aislamiento extremo deliberadamente cruel» en que su héroe se encontraba desde 1992.⁷⁵ En el Perú, un SL súbitamente amistado con la legalidad podía observar con insoslayable esperanza cómo las condiciones carcelarias comenzaban a adecuarse «al estado de derecho y los estándares internacionales» mientras que, desde Yanamayo, muchos prisioneros de guerra comenzaban a ser trasladados a sus lugares de origen, reconociéndoseles un «derecho amparado en normas legales e internacionales».⁷⁶ Se llegó incluso

75. Comité Internacional de Emergencia para Defender la Vida del Doctor Abimael Guzmán. «¡Aprovechar el momento para romper el aislamiento del doctor Abimael Guzmán (Presidente Gonzalo)! ¡7a delegación del CJE necesaria para exigir: terminar el aislamiento! ». http://rwor.org/a/v22/1090-99/1092/iec_s.htm

76. Prisioneros Políticos y Prisioneros de Guerra del PCP, «¡Rechazamos la nueva concentración de prisioneros políticos en el penal

a discutir la posibilidad de cerrar la prisión de la Base Naval. La creación de una Comisión de la Verdad, más aún, abrigaba la esperanza de que el PCP y el Estado esclarecieran -discutiendo «de igual a igual»-⁷⁷ los acontecimientos de la guerra. La «auténtica verdad histórica de la guerra popular» sería así finalmente establecida; la etiqueta de «organización terrorista» quedaría descalificada en tanto que cada una de las partes asumía responsabilidades y quedaba claro para siempre que la «guerra popular» era «un hecho histórico y político» de enorme relevancia, producto de la lucha de clases y dirigido por el PCP, y no simplemente una sucesión de hechos de violencia.⁷⁸

Dichas condiciones no se mantuvieron, sin embargo, con el gobierno de Alejandro Toledo instalado en julio del 2001. Nuevamente, los traslados siguieron la dirección contraria, de la costa a Yanamayo y al inhóspito Challapalca. Volvieron, asimismo, las golpizas y los maltratos. Estos «traslados de represalia» -adujeron los «prisioneros de guerra»- son «una regresión» y una vuelta al «régimen de aniquilamiento» reñido con la Constitución del Estado.⁷⁹ Sin embargo, en las nuevas circunstancias el partido se había ido haciendo fuerte. Hacia fines de año, los senderistas se sintieron lo suficientemente fuertes como para intentar una medida de lucha mayor.

Gonzalo cabalga de nuevo, o el topo sigue hozando

El 11 de febrero, en la Base Naval del Callao, el doctor Guzmán dio inicio a su tercera huelga de hambre en menos de un

de Yanamayo!». diciembre 13, 2002, www.indymedia.ch/mix/2002/12/2380.shtml

77. Declaración de una prisionera política senderista en el penal de Canto Grande, en «Omisión de la verdad», Caretas, julio 19, 2001, <http://www.caretas.com.pe/2001/1679/articulos/garrido.phtml>

78. Comité de Prisioneros Políticos y Prisioneros de Guerra del PCP, LTC-Yanamayo, «Al proletariado y pueblo peruano. A la opinión pública nacional e internacional», febrero 11, 2002, http://www.bandera-roja.com/yana2_2002.htm

79. Prisioneros Políticos y Prisioneros de Guerra del Partido Comunista del Perú, «¡Rechazamos la nueva concentración de prisioneros políticos en el penal de Yanamayo!», diciembre 13, 2002.

año. A diferencia de ocasiones anteriores, esta vez sería seguido por varios cientos de prisioneros, no sólo de su partido sino también del MRTA. Entre setecientos y novecientos reclusos. Treinta y un días de tensión. Demandaban –aparte de la consabida «solución política a los problemas derivados de la guerra interna»- la derogatoria de las «inconstitucionales leyes antisubversivas», nuevos juicios, el cierre de los penales de la Base Naval. Yanamayo y Challapalca y su derecho a pugnar por la «auténtica verdad histórica de la guerra popular».

Confrontado con una oleada de protestas sociales y laborales, el débil gobierno de Toledo se cuidó de no aparecer negociando con los «terroristas», insistiendo en que la huelga de hambre había sido levantada por propia voluntad y en atención al frágil estado de salud de sus protagonistas, del líder senderista en particular. Para el PC-SL, por el contrario, la medida había sido un éxito total: nada menos que un hito político y una señal esperanzadora. Si en el 2001 había «culminado la lucha por la vida del partido», ahora, éste demostraba que comenzaba, nuevamente, como lo indicaba su capacidad para lanzar «una lucha de gran repercusión internacional y nacional», la «más grande lucha dirigida por el partido en los tiempos de la lucha política», demostración palpable que «el partido vive y se desarrolla».

Una década después de la caída de su jefe, aquel año terrible de 1992, «el partido», como «el viejo topo», seguía hozando, paciente, persistente, en espera de nuevas auroras revolucionarias, preparado no ya para empuñar el fusil o la dinamita, sino para «la lucha reivindicativa», para impulsar «la huelga y la marcha», uniendo «las luchas fabriles con las barriadas, locales y regionales», por «el restablecimiento de los derechos fundamentales» y la derogatoria de las leyes antilaborales.⁸⁰ La dirección histórica de la clase se reencontraba, finalmente, con las masas. Rearmado, el PCP estaba pues listo para recuperar su lugar en la historia del Perú. La Comisión de la

80. PCP, «¡Desarrollar la segunda ola del movimiento popular por conquistas, beneficios, derechos y libertades democráticas y luchad por la II Reconstrucción del Partido Comunista del Perú!», mayo 2002.

Verdad y Reconciliación, que por esos días iniciaba sus actividades, era el terreno propicio para iniciar esa lucha.

Tras la caída de Fujimori, ¿cómo llegar a la «verdad» sobre aquel «tiempo del miedo»?⁸¹ ¿cómo la verdad podía ayudar a la reconciliación entre los peruanos? La condición básica para obtener una verdad reconciliadora era un «mea culpa»⁸² senderista como paso inicial hacia su completa domesticación, observó una periodista peruana en los días en que se iniciaba la huelga de hambre senderista. Todo indicaba, no obstante, que «a diferencia de otros terroristas» en otras partes del mundo donde se habían producido procesos de paz, Guzmán estaba «todavía muy lejos de pensar en un futuro de urnas» electorales.⁸³ Aún no han pedido perdón por masacrar campesinos en Lucanamarca o a líderes populares como Maria Elena Moyano, observó por su parte Carlos Tapia, un connotado «senderólogo» y miembro de la flamante Comisión de la Verdad y Reconciliación.⁸⁴ Admiten su derrota, es cierto, pero no ven su futuro en función de ella: ése era el sentir de quienes les conocían de cerca. Y en la construcción de ese futuro, la batalla por la memoria era -a mediados del 2002- una estación decisiva. Por eso, la recepción de la primera delegación oficial de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) en Yanamayo fue tan entusiasta. Por ese mismo, habían venido los «prisioneros de guerra» preparándose tan meticulosamente para ese encuentro.⁸⁵

81. Es el título de dos libros sobre los años de la insurgencia senderista: Nelson Manrique, *Tiempo del miedo. La violencia política en el Perú 1980-1996*. Lima. Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2002 y Deborah Poole y Gerardo Rénique, *Peru: time of year*, Londres, Latin America Bureau, 1992.

82. «Omisión de la verdad», *Caretas*, julio 19, 2001. <http://www.caretas.com.pe/2001/1679/articulos/garrido.phtml>

83. «Cartas en cadenas», en *Caretas*, febrero 21. 2002.

84. «Cuando se llega al Borde», *Caretas*, marzo 14, 2002. La Comisión de la Verdad nombrada por el gobierno de transición de Valentín Paniagua con siete miembros fue ampliada a doce miembros por la administración entrante de Alejandro Toledo la que, asimismo, añadió el término «reconciliación» al título oficial de dicha entidad.

85. Asistí a la audiencia pública de Yanamayo como consultor del Área de Estudios en Profundidad de la CVR, cargo que desempeñé durante los meses de junio y julio del 2002.

La batalla por la memoria: ¿una o varias verdades?

Desde su creación en junio del 2001 por el gobierno provisional, la Comisión de la Verdad ha generado ilusiones, ha recibido ataques y sufrido cambios. No es una guerra - «popular» ni «contrasubversiva»- lo que debe examinar. Su misión es «esclarecer el proceso, los hechos y responsabilidades de la violencia terrorista y de la violación de los derechos humanos producidos desde mayo de 1980 -fecha del alzamiento senderista- hasta noviembre del 2002 -caída del régimen fujimorista. Actos violentos, «imputables tanto a las organizaciones terroristas como a los agentes del Estado». Su misión es, también, «proponer iniciativas destinadas a afirmar la paz y la concordia entre los peruanos» en la perspectiva de una «reconciliación nacional, el imperio de la justicia y el fortalecimiento del régimen democrático constitucional».86 En septiembre del 2001, el recientemente elegido régimen de Alejandro Toledo la rebautiza con un añadido: Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR). El largo debate sobre su organización interna deriva en la decisión, en noviembre, de establecer oficinas descentralizadas a lo largo del país. El dinero que le permitirá funcionar, recién llegará a comienzos del 2002 de manos de la Comunidad Europea. En marzo, un dirigente del APRA demanda en el Congreso que la comisión sea disuelta, aduciendo que sus miembros son ilegítimos y representan «intereses políticos». En abril comienza la CVR sus audiencias públicas. Con ellas -comenta una publicación capitalinael país se enfrentaba a los demonios cuya existencia muchos habían tratado de negar.87 Lima asume el sufrimiento del interior.

En junio del 2002, un equipo de la CVR arriba a Y anamayo para iniciar el acc ...,)io de testimonios de los presos por terrorismo ahí recluidos. Varios días habrá de tomar la tarea de escuchar a los más de sesenta internos.

El primer encuentro con los delegados senderistas establece el tono de los días siguientes. Diplomático pero firme,

86. Decreto Supremo n°. 065-2001-PCM

87. «Comisión de la Verdad: las palabras del horror», en *Caretas*, julio 27, 2002.

Osmán Morote detalla las comunicaciones no contestadas enviadas a Lima, los anuncios incumplidos y, en general, la actitud de displicencia que -según él- hasta ese momento la CVR ha mostrado con los «prisioneros de guerra». Nada de esto, subraya, disminuye su voluntad de colaborar con el «completo esclarecimiento de los hechos de la guerra». La mañana se va en los aspectos organizativos. Los delegados demandan la presencia de periodistas, de la Defensoría del Pueblo y de los representantes de los familiares. El equipo de la CVR explica que el objetivo es celebrar una audiencia privada. Hay problemas logísticos. Un aula de reuniones dentro del pabellón surge como el lugar más indicado. Hay preguntas de los visitantes sobre la seguridad. «Nosotros nos hacemos cargo de la seguridad en el pabellón», dice Morote con una ironía que todos celebran: se descongela el ambiente. No llega de Lima la autorización para ingresar con equipos de grabación. «Nosotros nos hacemos cargo de la grabación», nos sorprende de nuevo Morote, serio esta vez, ante el silencio del director del penal. Es más que un detalle anecdótico. No importa lo que se diga afuera, impresiona desde el primer instante el manejo que los senderistas tienen del espacio carcelario y el trato hasta cordial que mantienen con el oficial de la Policía Nacional encargado de la dirección del penal. La interacción entre reclusos y reclusos llega a niveles singulares: uno de los primeros -nos enteraríamos después- ha impartido clases de matemáticas a un grupo de policías que debían rendir el examen de admisión a la universidad local. Nosotros mismos, antes de culminar nuestro trabajo seríamos testigos de dicha prestación de servicios.

Nos encaminamos, finalmente, hacia el pabellón que aloja a los senderistas. Hay tan sólo sesenta internos en el amplio penal en proceso de rehabilitación, tras su cuasi-destrucción a lo largo del año anterior. No se ve ya el bosque de banderas en la entrada ni las marchas de otros tiempos. La recepción no obstante es sorprendentemente cálida. El orden, la pulcritud -esa sensación de comuna roja-, eso sí parece perdurar. En una banderola desplegada en una de las paredes del patio se lee: «¡Pugnar por el esclarecimiento de la auténtica verdad histórica de la Guerra Popular!».

Tras la instalación formal de la audiencia interna comienza el trabajo propiamente dicho. Uno a uno los prisioneros ofrecen su testimonio. Se dirigen a la asamblea desde una mesa que comparten con los representantes de la CVR. Entregan al final una copia escrita del mismo. Un interno se encarga de la grabación magnetofónica: una copia para la Comisión, otra para la LTC. Con pequeñas variaciones, todos los testimonios siguen el mismo formato: un relato detallado de las violaciones a los derechos humanos de que han sido víctimas. Los gestos y el tono de voz enfatizan las huellas de las injurias. Algunos, de pronto dejan de leer momentáneamente, con el fin de mostrar las cicatrices que les han dejado las palizas. Hay momentos de conmoción en los expositores, prevalece la indignación, los labios tensos, el tono cuestionador. Recuerdan, con obsesivo detalle, los insultos, las amenazas y otras ignominias, o denuncian muertes de familiares, amigos, vecinos, reclamando que se investigue. A los juicios sumarios -que a muchos les ha significado el encierro de por vida- se refieren con particular pasión. La disparidad entre las penas y su carácter sumarísimo resulta, de veras, chocante. Un interno refiere haber sido atacado físicamente por su «abogado defensor» por haber insistido en proclamarse inocente. No faltan en los testimonios saludos de reconocimiento al «Presidente Gonzalo», a cuya lucha por superar el aislamiento se atribuye la relativa mejora en las condiciones carcelarias. Sin embargo, solamente los tres delegados -Osmán Morote, Edmundo Cox Beuzeville y José María Castillo Bellido- se reconocen militantes del PCP y dan su testimonio como tales. Todos los restantes se presentan, más bien como víctimas de la política contrasubversiva: son, nada más ni nada menos, que representantes de las masas que se rebelaron -legítima y justificadamente- contra el Estado peruano. Cualquier pregunta específica sobre los hechos de la guerra deberá ser referida a la dirección del PCP. Hay *otra* memoria y *otra* verdad en esa fría aula de Yanamayo.

Tras el primer día de actividades, en el camino de retorno a la ciudad, los miembros del equipo regional de la CVR a cargo de la conducción de la audiencia interna, discuten sus instrucciones. Su trabajo es registrar «el dicho» de los informan

teso La partida de nacimiento de la entidad que representan, no obstante, habla de «analizar» y «esclarecer», de examinar las «condiciones políticas, sociales y culturales» que contribuyeron a la violencia. ¿Se ha actuado con exceso de pasividad?

Los internos se han organizado para dar sus testimonios por regiones. Comienzan los ayacuchanos. Recién el segundo día les llega el turno a los de Puno. Mayoritariamente puneños, agudos conocedores de su región, los miembros del equipo de la CVR -abogados de derechos humanos casi todos- tienen mucho que preguntar. Han pasado años escuchando testimonios de «victimas del terrorismo senderista» y tienen ahora la oportunidad de preguntar a quienes -piensan- pueden revelar la cara oculta de la cuestión.⁸⁸ Vienen entonces las preguntas incómodas, decae la diplomacia. A un detenido de la zona de Azángaro, el sociólogo Percy Tapia le pregunta por los «ajusticiamientos» del alcalde Marcelino Pachari y del dirigente campesino Tomás Quispesayhua. «El trabajo de la Comisión es encontrar la verdad y no hacer preguntas policiales» reacciona ásperamente el ponente. Roces similares matizan el trabajo del día. La cinta de video registra la incomodidad, la contenida sonrisa en el rostro de Edmundo Cox Beuzeville, sentado cerca del declarante. Al final de la jornada, Osmán Morote solicita una intervención para «aclarar ciertos temas» y «tomar posición» sobre la «línea de interrogación» que desarrolla el equipo de la CVR. La audiencia interna ha cobrado un involuntario -¿inevitable?- tono de debate político.

El decreto de creación de la CVR, explica Morote, no sólo les atribuye la responsabilidad de «la violencia» de antemano, al definirlos como «terroristas» -«concepto de origen imperialista»-, sino que enuncia su intención de encubrir las respon

88. Sobre la «guerra popular» en Puno, véase José Luis Rénique, «La Batalla por Puno: violencia y democracia en la sierra sur del Perú», en *Debate Agrario* 10, marzo 1991, pp. 83-108; «Apogee and crisis of a 'third path': mariateguismo. 'people's war, and counterinsurgency in Puno, 1987-1994'» en *Shining and other paths. War and society in Peru. 1980-1995*. Steve Stern, editor, Durham-Londres. Duke University Press. 1998. pp. 307-338; y «The state and the struggle for land in the southern highlands of Peru». en *Unruly order. Violence, power and regional identity in the Andes*. Deborah A. Poole y Christiane Paponnet-Cantat, editores, Boulder, Colorado., Westview Press, 1994. pp. 223-246.

sabilidades del Estado al llamar «violaciones de los derechos humanos» por parte de «algunos agentes del Estado» a lo que en realidad fue una política genocida.⁸⁹ Una auténtica CVR debería, por el contrario, estar integrada por delegados de las «dos partes en conflicto, el Estado que defendió al viejo orden» y el PCP que se puso a la cabeza de un legítimo movimiento revolucionario. Prosigue un discurso tipo «la-violencia-partera-de-la-historia» aplicado al Perú. Hay algunos «ignorantes de nuestra historia» - sostiene- que afirman que con la «guerra popular» se inicia la violencia en el país, cuando lo real es que «la violencia está inscrita en el fondo de la historia peruana, la violencia está en centurias de historia de nuestra sociedad, principalmente en la historia del campesinado que sigue enfrentándose al Estado terrateniente burocrático, especialmente contra el gamonalismo, que es su base y sustento». «La rebelión se justifica» es su conclusión. No hay, por lo tanto, otro punto de partida posible para comprender lo ocurrido, que «el reconocimiento expreso, oficial y público que lo que se vivió en el país desde 1980 ha sido y es una guerra interna». Quieren vemos «arrepentidos» y ese no es el asunto: a nosotros, que «desde la nada» armamos la «guerra popular», que fue una «guía» en «la transformación de la sociedad peruana en beneficio del pueblo;» a nosotros, que «hemos desarrollado una guerra campesina dirigida por el PCP, que hemos conducido el más amplio y profundo abrimiento de la feudalidad», que hemos dejado un «ejemplo imborrable», generando «un ejército de nuevo tipo» y sentando las bases del nuevo Estado.⁹⁰

89. Uno de los considerando s del Decreto Supremo núm. 065-2001PCM sostiene: «Que, en mayo de 1980 organizaciones terroristas desencadenaron la violencia contra la humanidad y miles de peruanos resultaron víctimas de la violación de sus derechos más elementales tanto por obra de dichas organizaciones terroristas como por la de algunos agentes del Estado con un trágico saldo de crímenes, de desaparecidos y de otros graves hechos que no fueron esclarecidos».

90. El párrafo anterior combina declaraciones de Osmán Morote Barrionuevo vertidas tanto en su texto titulado «Posición ante la Comisión de la Verdad», como en su presentación inicial en la audiencia interna en Yanamayo y en su intervención-resumen posteriormente solicitada.

Morote acomete luego contra la visión que, en su opinión, explica los interrogatorios de los representantes de la CVR: es la «tesis del pueblo entre dos fuegos» la que están tratando de sustentar aquí, dice. Y esa tesis «no puede venir ni del Estado que nos quería aplastar ni de nosotros que lo queríamos destruir». Viene, más bien, de «la intelectualidad pequeña burguesa» a la que el gobierno le ha entregado la Comisión. A estos personajes que en algún momento de su juventud sintieron «la necesidad de que el sistema cambie en algo», pero que cuando estuvieron «frente a una acción concreta de la masa con dirección del proletariado» salieron huyendo, temiendo «la pérdida del mundo en el cual vivían, temiendo que se pueda construir un nuevo orden en un nuevo mundo donde sus intereses se difuminen». Tres de los comisionados concentran el fuego de Osmán Morote: Carlos Iván Degregori, Carlos Tapia y su pariente Alberto Morote. «A Tapia -dicese le dijo en su cara en la Universidad de Huamanga lo que era: un traidor a las guerrillas del 65». Habla Morote de viejos conocidos. Su roce con ellos se remonta al Ayacucho de los años setenta, cuando Tapia y Degregori como miembros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria disputaban con SL la hegemonía izquierdista en Ayacucho. De revolucionarios -puntualizó Morote- habían pasado a ser «cuadros de recambio del viejo Estado». Y ahora habían sido llamados para encubrir la política genocida. «Nosotros hemos cuestionado el papel que estos intelectuales han cumplido en este proceso. Los traidores son los peores enemigos».

El abogado puneño Raúl Salamanca reacciona a la interpelación inquiriendo -ya casi sin poder ocultar la intencionalidad de su pregunta- en qué medida su diálogo con la CVR, así como las «conversaciones» de paz con el régimen de Fujimori, no eran un intento de «aprovechar otro espacio ofrecido por el Estado sin estar francamente comprometidos con la búsqueda de la verdad». Es como si yo dijera -contraataca Morote- que «su presencia aquí es una presencia hipócrita, cazarra, que lo que quieren es solamente sacarnos información». Por un largo rato prevalece la suspicacia. Morote se refiere al sentido democrático y profundamente popular del ejército guerrillero popular senderista; demanda ver el caso de

Puno como parte de una realidad mayor; explica -desde la lógica del establecimiento-contrarrestablecimiento del «nuevo poder» en el campo- cuál puede ser el origen de los testimonios en contra del PCP recabados por los abogados de la CVR. Fueron ellos concluye- los que aplicaron métodos genocidas; si lo hubiéramos hecho nosotros, las masas no se hubiesen sumado a nuestra lucha. Surge entonces la pregunta sobre el «aniquilamiento» de Marta Elena Moyano. La línea era correcta -arguye el dirigente-, el error fue volar su cuerpo con dinamita luego de acribillada. La caída de la tarde detiene la hemorragia verbal.⁹¹ El sol se escabulle entre los muros de la prisión y el atardecer polar impone sobre todos su imperio: Yanamayo sin sol recobra su fama intimidante.

Con dificultad, retornamos todos al día siguiente al ritual de la «verdad». Camina ésta, es claro, por carriles distintos. En el par de días que restan, nos escucharemos los unos a los otros, ya sin volver a empujamos hasta el borde, acaso más conscientes del abismo inmenso que nos separa. Es claro que nuestras preguntas sobre el sentido de la audiencia interna o sobre nuestro rol ahí sobrepasan nuestras instrucciones y acaso nuestra propia comprensión de lo que puede significar la «verdad». ¿Cuán lejos es posible llegar en el examen de los «hechos de la guerra» con personas cuya libertad depende todavía de procesos legales por concluir o revisar? Al hablar de los testimonios que por varios días hemos escuchado, Osmán Morote me ha dicho que son el producto de un «recuerdo colectivo de las cosas ocurridas».⁹² ¿Adónde está la individualidad cuando se dialoga con un partido clandestino? ¿Son más confiables los testimonios de los llamados «arrepentidos» quienes, en muchos casos, inculparon a inocentes para salvar su propia vida?⁹³

91. La referencia a la muerte de María Elena Moyano fue un comentario de Osmán Morote Barrionuevo, realizado una vez culminada la sesión.

92. Entrevista con el autor.

93. Sobre «arrepentidos» (aquellos que se acogieron a la Ley del Arrepentimiento de 1992) e «inocentes», véase Ernesto de la Jara Basombrío, *Memoria y batallas en nombre de los inocentes del Perú*, Lima, Instituto de Defensa Legal, 2001.

Invitado por los dirigentes de la LTC, el sábado, subo nuevamente de la ciudad a Yanamayo para esperar la celebración por el «día de la heroicidad». Es día de visita. Sólo un puñado de personas pasa el ritual del cacheo y la exhaustiva inspección de las pertenencias. Los presos son pobres y sus familiares viven en otras regiones del Perú. «Compartimos las visitas», me dice Morote. Hay, en verdad, un ambiente de familia. La calidez de la recepción no suprime la profunda melancolía del momento. Las guerras dejan pocos espacios para apreciar la humanidad del enemigo, aún menos las «guerras sucias» como esta. Todos estamos marcados a fuego por ese sino. Se leen poemas y relatos bajo el precario toldo que los internos han colocado para libramos del sol quemante del mediodía. Uno de aquellos relatos habla de «un grupo de compañeros» que marcharon al valle de Condebamba en 1983. Se supo que «empezaron a echar raíces y a sembrar en buena tierra las fértiles semillas entregadas por el maestro». Unos meses después se sabe que «entregaron sus vidas por su pueblo». Sus cuerpos no pudieron ser encontrados. ¿Será posible encontrar el rastro de los perdidos? Se sabe que han dejado una señal: una cinta roja amarrada a un árbol en una bifurcación de caminos donde los andantes suelen perder el rumbo. Un nuevo grupo de compañeros emprende su búsqueda. Una vez allí, en efecto, encuentran la pista sin dificultad. «Juan» quiere llevarse la cinta roja como recuerdo de los caídos. «Ricardo» lo impide. Sirvió -dice- «para guiar antes a los compañeros, hoy nos sirve a nosotros, servirá para los que vengan: la cinta roja nos recuerda que nunca el trabajo anterior y el esfuerzo se pierden, que las semillas que aquellos compañeros sembraron y que fueron regadas con su sangre han fructificado grandemente; dejad pues que siga ahí «guiando en las nuevas circunstancias a aquellos que en el futuro rematarán la epopeya hoy inconclusa».⁹⁴ Evocación literaria y guerra popular: importante recordar que en el firmamento senderista:

94. Anónimo, «La cinta roja». El texto incluye al final la siguiente nota: «Tiene como base un hecho real ocurrido el año 1984. Escrito el 88 y reajustado el 7 de octubre del 2001». L.T.C.Y. [Luminosa Trinchera de Combate de Yanamayo].

*La poesía no es sólo
una flor bonita y bella
también es una metralla
dando luz con una estrella.*⁹⁵

La batalla por la memoria, sin embargo, es mucho más que una suerte de juegos florales carcelarios. Es una lucha que los senderistas acometen, con su usual disciplina, a través de la movilización de los familiares de las víctimas del genocidio. En el 2001 el objetivo era la formación de una «auténtica Comisión de la Verdad» integrada por «representantes de las dos partes» y también los familiares de las víctimas.⁹⁶ En el 2003 -seguros de que la CVR nombrada por el gobierno va a «eximir a los genocidas Belaúnde, García Pérez, Fujimori»; que «la sola mención del PCP o el MRTA es considerado delito de 'apología al terrorismo' y objeto de persecución» y que sólo se va a tomar en cuenta «la opinión de las autoridades del Estado o de unos cuantos llamados 'senderólogos'»- se plantea más bien «organizar una tribuna de denuncia para que el pueblo, las masas, expresen sus agravios a través de testimonios» que «desenmascarando la política genocida de la guerra contrasubversiva» contribuyan a que «la verdad histórica se abra paso y se imponga, y para que los crímenes de lesa humanidad no queden impunes».⁹⁷ Si dejamos que «hablen los hechos de la guerra -es en el fondo la posición de Morote- ellos quedarán como genocidas y nosotros como quienes, ante la rebelión de las masas asumimos nuestra responsabilidad». En algo así como «los amigos equivocados alzados en armas».⁹⁸

95. Poema de José Valdivia D., en II Convención Nacional de Organizaciones y Masas por la Auténtica Verdad Histórica, febrero 2003, <http://www.afadevig.com>

96. I Convención de Organizaciones y Masas por una Auténtica Comisión de la Verdad «Mociones presentadas por la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Víctimas del Genocidio». Lima, agosto 2001.

97. II Convención Nacional de Organizaciones y Masas por la Auténtica Verdad Histórica Lima, febrero 2003.

98. Expresión utilizada por uno de los fundadores de las rondas campesinas de Piura en entrevista transmitida en «La rotativa del campo», Radio Programas del Perú, marzo 11, 2003, 4 a 5 a.m.

A inicios de febrero del 2003 -según la crónica de *Caretas*- «ex presos, familiares y seguidores de Sendero Luminoso, que llegaron de todos los departamentos del país» se reúnen en el auditorio de la Municipalidad de Comas. Han invitado al presidente de la CVR, quien no ha asistido. Y su pedido más reiterado es «la excarcelación del doctor Abimael Guzmán Reynoso».⁹⁹ ¿Cómo es posible que pueda ocurrir algo así, más aún en un edificio público?, pregunta el redactor. Ya en 1999 nada menos que el oficial policial reconocido como el «cazador» del líder senderista había advertido que «con el tiempo y las circunstancias favorables» el «Pensamiento Gonzalo» podía ser «reestructurado y replanteado de acuerdo al momento y la situación coyuntural» que se viviese en el Perú. En mayo del 2002 ya era claro que SL desplegaba una «nueva estrategia» que buscaba la «confluencia» con otros grupos de izquierda, de derechos humanos, de víctimas del terrorismo. Era, según el coronel de la Policía Nacional Benedicto Jiménez Baca la estrategia «más inteligente y sabia en este momento»; un intento de -reinvención de su historia» en el que «el Estado aparece como genocida y ellos como víctimas» y que estaba adquiriendo «adeptos o simpatías».¹⁰⁰

Volviendo a Yanamayo, como por un túnel del tiempo, el evento por el «día de la heroicidad» me regresa al Canto Grande de 1988. De azul y blanco, impecables, los internos desfilan al son de bombos y zampoñas. Con reverencia infinita, llevan en procesión una pintura del doctor Guzmán. ¿Pueden dos verdades distintas y hasta contrapuestas sustentar una reconciliación? Es claro que para la dialéctica senderista es más fácil convivir con una explicación exactamente opuesta a la suya de la «guerra popular». No así con una que -más que aseverar la supuesta tesis del pueblo entre dos fuegos- distingue matices, explorando la violencia desplegada por el PCP desde ángulos diversos, sin pasar por el aro de su visión rígidamente clasista.⁹⁹ «Sendero en Comas: representantes de senderistas se reunieron tres días en auditorio municipal cedido por irresponsable alcalde», en *Caretas*, febrero 13, 2003.

100. Marco Aquino, «Sendero Luminoso con nueva estrategia pero viejo método en Perú», Agencia Reuters, mayo 30, 2002.

Dieciséis años han pasado desde los acontecimientos que dieron origen al evento que Osmán Morote y su gente celebran ahora bajo el cielo perfectamente celeste del altiplano puneño, y un par de décadas transcurrieron ya desde que los destacamentos senderistas tomaron por asalto el penal de Huamanga. En ese lapso, miles de peruanos, a costa de mucha sangre, hicieron de las cárceles un escenario inesperado de la historia política del Perú.

Post-Scriptum (18 de junio 2003)

EN DICIEMBRE DEL 2002, en virtud de su .buena conducta», Osmán Morote Barrionuevo fue trasladado a Canto Grande, de donde había partido tras la masacre de junio de 1992. Ahí, en marzo del 2003 una periodista capitalina alcanzó a conversar brevemente con él. Admitió, entonces, que, «los que suscribieron el denominado Acuerdo de Paz, habían sido manejados» por el ex asesor de inteligencia, a quien -según puntualizó la autora del reportaje- .en toda la entrevista llamó doctor Montesinos». .póngase en nuestro lugar -prosiguió Morote- si usted está en la cárcel y la llave de su celda la manejan ellos, pues usted solo tiene dos caminos: o se echa a llorar, o decide dialogar y buscar una solución. Nosotros optamos por lo segundo.»Dejaba constancia, sin embargo, de que a pesar de las condiciones adversas en que habían negociado, .él estaba en condiciones de asegurar que no entregaron nada que sobrepasara el límite de su ideología».¹

Conforme se revelan los detalles del período post-1992, sin embargo, muchos mitos de la etapa última de la historia senderista comienzan a diluirse. Aquel del .aislamiento absoluto» del Dr. Guzmán, por ejemplo. Un visitante de la Base Naval del Callao poco después de la caída de Fujimori, encontró al líder sendelista gozando de los privilegios carcelarios obtenidos bajo el régimen saliente; fundamentalmente, su cuasi convivencia con su compañera de infortunio, Elena Iparragui

1. «Las Razones de Morote» en *El Comercio*, Marzo 3, 2003. <http://www.elcomerciope.com.pe/Noticias/Html/2003-03-02/TemaDia6806.html>

re: celdas separadas por la noche, libre interacción durante el día. Otros testimonios se refieren a la «vida de casita familiar» que llevan Guzmán e Iparraguirre en prisión, como a su cortesía extrema y su voluntad de dialogar tanto como a su egolatría y a su relativa disociación de la realidad. ¿Habrá terminado para siempre el mito del «Presidente Gonzalo»? «Ni su vida ni él mismo tienen mucho que ver con lo que se imaginan sus acólitos de las demás prisiones. Hay muy poco de heroísmo en toda esta historia» sostiene un miembro de la CVR que le ha visitado en varias ocasiones.

En junio del 2003, no sólo Morote, el propio Abimael Guzmán y Elena Iparraguirre aguardan la celebración de nuevos juicios tras la anulación de sus sentencias emitidas por los jueces sin rostro de los años fujimoristas. Es parte del proceso por adecuar al estado de derecho las «leyes de guerra» de los años⁹⁰.

El país, mientras tanto, hierve una vez más. En mayo del 2003, una masiva huelga de maestros conmociona al Perú. A su lucha se suman campesinos, trabajadores estatales y estudiantes. El presidente Toledo declara el estado de emergencia. Chocan en Puno estudiantes y fuerzas del ejército: más de treinta heridos de bala y un muerto. En una época de pobreza rampante, la precaria democracia peruana aparece, nuevamente, al borde del precipicio. Del oriente ayacuchano, entretanto, llega la noticia de un secuestro masivo de trabajadores del gaseoducto de Camisea a manos de una columna senderista. Un dirigente de Patria Roja -una de las facciones maoístas surgidas de la ruptura del PCP-Bandera Roja en 1970- admite, de otro lado, que hay en el movimiento magisterial una real «aunque poco significativa» presencia del senderismo.² Uno de los más influyentes periodistas locales, entretanto, titula su columna del día «¿Aprendiendo a convivir con Sendero Luminoso?»³ El jefe de la Dirección Nacional Contra el Terrorismo, por su parte, reconoce que «no hubo deci

2. Sendero Luminoso tiene presencia dentro del SUTEP. en *La República*. junio 9. 2003.

3. Mirko Lauer. «¿Aprendiendo a convivir con Sendero Luminoso?» en *La República*, mayo 21, 2003.

sión» para asestar el golpe final a Sendero.⁴ En este contexto, en una audiencia pública de la CVR, Oscar Ramírez Durand, «Feliciano» -al lado de varios dirigentes del MRTA- aparece en video declarando su arrepentimiento. «No reniego de mi pasado ni de mis sueños. Hice lo que creí que había que hacer y hoy asumo las consecuencias de mis actos» afirma en su intervención el emerretista Alberto Gálvez Olaechea. Abimael Guzmán Reynoso se niega a intervenir. A pocas semanas de entregar su informe final, el Presidente de la CVR adelanta que SL-y no las FFAA- son responsables del porcentaje mayor de víctimas del conflicto interno peruano.

4. Yerko Díaz, «No hubo decisión para asestarle el golpe definitivo» en *La República*. junio 16, 2003.

6

Epílogo

Un camino equivocado es también un camino.

Washington Delgado¹

...porque yo soy consciente de que Sendero es un problema permanente, es un problema que no ha desaparecido que no ha desaparecido el 98, seguirá el 2000, 2002, 2003...

Vladimiro Lenin Montesinos²

«Es CIERTO que me han detenido y que detendrán a muchos más», habría manifestado Abimael Guzmán Reynoso al caer, para añadir a continuación -mientras apuntaba su sien con el índice derecho- «pero lo que está aquí y en el pensamiento del pueblo nadie lo va a eliminar».³ Esa sola frase, podría decirse, encapsulaba el derrotero de los siguientes diez años de su propia existencia y del movimiento que dirigía. Su ideología -en perfecta complicidad con los tortuosos planes de sus celadores- le permitiría no solamente sobrevivir sino salvar a su partido de la destrucción, concibiendo, por si fuera poco, una nueva plataforma de acción para una era nueva. Tenía las credenciales para hacerlo. Entre los años sesenta y setenta se había dedicado a hacer de la tradición radical la materia prima subjetiva de su proyecto de revolución campesina post

1. Citado en Miguel Gutiérrez, *La generación del 50: un mundo dividido*, p. 173.

2. Congreso de la República. Primera Legislatura Ordinaria de 2001. «Transcripción del video n.º 1323: Reunión Dr - Dr. Guillén (Alcalde de Arequipa)» del 23 de noviembre de 1998. <http://www.elcomercio.com.pe/EcEspe/htrnl/montesinos/video1323-1325.html>

3. C. Lévano, «La captura bajo una nueva luz».

Mao. Sobre los hombros del presidente chino se había levantado para exponerle al mundo la profunda corrección científica de su propio «Pensamiento Gonzalo». ¿Fundamentalismo? ¿Dogmatismo? ¿Fanatismo? Poco importa. Es así como ha ocurrido. Una década después, su fiel colaborador Osmán Morote Barrionuevo podía reclamar que «todo lo que hicimos -la guerra popular, el EGP, los comités populares del nuevo poder es base para el futuro, nada de lo que se ha hecho se ha perdido, todo está fresco, siempre habrá gente que guarde memoria de todo esto», todo esto dicho tras haber encarado las más extremas condiciones de carcelería que se hayan conocido en el Perú. La explotación política del espacio carcelario es uno de los amenazantes méritos de las credenciales subversivas del doctor Guzmán y sus camaradas.

No fue él el primero en hacerlo en el Perú. En los años treinta, Víctor Raúl Haya de la Torre -el fundador del APRA había convertido una doble derrota -electoral e insurreccional- en el inicio de una cruzada moral que, en buena medida, se desplegó dentro de los muros de la prisión. En un país de «vicios, corrupción, peculados» -sostendría Haya-, para ser digno de la victoria el APRA debía lavarse «con la sangre de su sangre», tomar conciencia de que la «muerte no puede ser obstáculo»,⁴ no debemos olvidar que «el aprista debe sufrir para ser fuerte».⁵ Y el «prisionero aprista» era de todo ello -una revolución cultural en la pusilánime conducta del criollo peruano- un epítome indiscutible. Él mismo era el ejemplo inspirador de los cientos o miles que sufrían carcelería «por el partido». De hecho, había purgado prisión entre 1932 y 1933, un período relativamente breve en comparación con las largas condenas de muchos de sus sufridos seguidores, un *ilo tempore*

4. Víctor Raúl Haya de la Torre, «Discurso del 12 de noviembre de 1933», en *Obras completas*, vol. 5, Lima, Editorial Juan Mejía Baca, s/f., pp. 153-160.

5. *Ibid.*, Cartas a los prisioneros apristas en *Obras completas*, vol. 7, p. 212. Testimonios sobre el tema pueden encontrarse en Luis Chanduví Torres, *El Apra por dentro: lo que hice, lo que vi y lo que sé*, Lima, 1988; Juan Cristóbal, *¡Disciplina compañeros!*, Lima, Ediciones Debate Socialista, 1985; Luis F. De las Casas, *El sectario*, Lima, Centro de Investigaciones y Capacitación, 1981; y la novela de Juan Seoane, *Hombres y rejas*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937.

aprista, no obstante, como todo lo que hacía el jefe. Él mismo contribuiría a hacer de esa experiencia un evento fundacional del legendario heroísmo del «prisionero aprista». En medio de la generalizada sevicia, encuentra un director de prisión bueno que le permite tener acceso a «muchos libros, en inglés, alemán y francés». Aprovecha entonces el encierro para iniciar:

... un verdadero estudio de economía, sociología, filosofía del derecho y literatura. Dedicué tres meses a la Biología y Psicoanálisis (...) en la noche leía Shakespeare, Goethe, Calderón de la Barca, Lope de Vega y Bernard Shaw. Prensa nacional o en castellano no leía, porque la censura era estricta. Pero diarios y revistas de Londres, Berlín y Nueva York pasaban (...) tras una huelga de hambre de cinco días, releí con cuidado la *Filosofía de la historia universal* de Hegel.⁶

La imagen del jefe prisionero pasaría a ser pieza fundamental del vasto capital simbólico aprista. La gran lección era que como ha anotado Ricardo Melgar Bao- la cárcel era también un lugar de expiación. Como escribió un militante de los años treinta, «allí en El Frontón, mil quinientos apristas purifican y gestan un nuevo Perú»⁷ Individuos que, en la más terrible

6. «Haya de la Torre recuerda sus días en prisión», en Víctor Raúl Haya de la Torre, *Después de mi muerte... la victoria*, veinte reportajes, un testimonio, Lima, Okurra Editores, 1987, pp. 26-31 (originalmente publicado en 1934).

7. Guillermo Vegas León, «Las torturas y los crímenes de la isla El Frontón», en *Claridad*, año XVII, número 324, Buenos Aires 1938. He tomado la cita de Ricardo Melgar Bao, «Redes, prácticas y representaciones del exilio aprista en México: 1934-1940» (Informe de investigación). Mi agradecimiento al profesor Melgar Bao del Instituto Nacional de Antropología e Historia por haberme permitido consultar este agudo trabajo sobre el exilio aprista que espero pronto sea publicado. Otro importante trabajo sobre los prisioneros apristas es el que ha realizado Carlos Aguirre de la Universidad de Oregon, de quien puede consultarse «Disputed views of incarceration in Lima, 1890-1930: 'the prisoners'. Agenda for prison reform», en Ricardo Salvatore, Carlos Aguirre, y Gilbert Joseph, editores, *Crime and punishment in Latin America*. Durham, Duke University Press, 2001 y «Disgraced gentlemen: political prisoners in Lima, 1890-1935», ponencia presentada a LASA, XXIV International Congress, Dallas, Texas, marzo 27-29, 2003. Múltiples conversaciones sobre el tema con Andrés Blondet -hijo de un prisionero aprista de los

parálisis, merodeados por la fetidez y la mirada aviesa de los roedores, conectan su mente con las más preciosas alturas de la civilización universal. He ahí el contagiante vigor del mensaje.

También en el caso del encerrado doctor Guzmán prevalece el empeño en demostrar que su pensamiento continúa libre y más creativo que nunca. Es una manera de decir que se ha derrotado a la prisión, independientemente del hecho físico del encierro. Los expertos de Inteligencia en 1992 quisieron que la «última» imagen que los peruanos tuviesen del líder senderista fuese la de una bestia enjaulada vistiendo un traje a rayas copiado de los *comics* norteamericanos. Como los apristas por generaciones, la imagen que los suyos conservarían -cortesía de Montesinos y sus muchachos- es la del jefe libre en las alturas del pensamiento, aunque físicamente confinado en una celda subterránea por 23 horas y media -según se dice- cada día de su vida. En este caso no es un «director bueno» sino la interesada anuencia de sus contertulios del SIN la que le permite disponer de literatura sofisticada. En su antes citada llamada telefónica a Suecia,⁸ pide a sus amistades que le envíen una historia general de la ciencia, en francés, y una historia de la lógica, en inglés, de reciente publicación. Liberado ya de las premuras de la «guerra popular», el «Presidente Gonzalo» puede dedicar sus energías a discutir la globalización,⁹ a realizar un balance de los estudios sobre el universo, incluyendo una discusión de Stephen Hawking y su «Big Ban Theory»,¹⁰ a leer a Saramago o al poeta Sologuren. Citando a este sugiere que el «canto de las olas» -que acaso sienta desde su lugar de encierro- aviva el recuerdo de «los vivos años de esperanza ciega». «Quitando térmi

años treinta y cuarenta-, me han sido asimismo de enonne relevancia para mi comprensión del tema.

8. Congreso de la República del Perú, Transcripción del audio núm. c-72, «Suecia».

9. Abimael Guzmán, «Notas de correspondencia del Pte. Gonzalo 1999 (Penal Militar de la Base Naval del Callao, Perú)», <http://www.bandera-roja.com/jperu.htm>

10. Doctor Abimael Guzmán Reinoso, «Sobre el estudio de las ciencias», en *¡Unimos! Revista sobre Ideología, Política y Cultura*, año 1. núm. 1, octubre 2001. pp. 27-30.

nos como 'ciega' -dice el viejo maoísta- esos versos lo expresan, si hubiera necesidad de saber qué siento».¹¹

Luego de la cárcel, desde su mítico escondite conocido como «Incahuasi», Haya de la Torre seguía -pesar de los cientos de agentes supuestamente asignados a su persecución- en contacto con el mundo. Abimael Guzmán Reynoso, de la misma manera, a pesar de estar sometido «a una situación de aislamiento absoluto, a las condiciones de encarcelamiento más infames que se han visto» sigue «manejando los movimientos del mundo». ¹² Sus seguidores le acreditan haber producido teorías fundamentales para producir la transformación de su país. Pero es su experiencia del encierro, del dolor de la cárcel, lo que convierte a esas ideas en una gran emoción que va más allá de los círculos letrados. Dicen que somos una «locura colectiva» y en verdad lo somos, «una 'locura colectiva' que la encarcelan y resurge impetuosa» -afirmó en los años treinta Haya de la Torre. Como son «águilas» o «topos» los senderistas que sobreponen el «optimismo histórico» a las más negras realidades de la vida. Para ellos, valga la reiteración, las cárceles no tienen muros.

¿Y la ideología? El aprismo es una línea trazada al infinito, solía decir el fundador del APRA cuando le cuestionaban los virajes doctrinarios de su partido.¹³ Reemplazar la lucha contra el «imperialismo yanqui» con el «interamericanismo sin imperio», fue una de sus más célebres cabriolas teóricas. Guzmán, de manera similar, se deshace de «la lucha contra la semifeudalidad». La «guerra popular» -dice- ya la ha barrido, y el «amauta» Mariátegui -como Manuel González Prada en la historia del APRA- deja de ser referente fundamental. Más que lo ideológico es la identidad -sedimento histórico de la

11. «Notas del Presidente Gonzalo. Escritos desde la prisión», 1999, en www.csrp.org/espanol/

12. Osmán Morote, entrevista con el autor.

13. Esta observación se basa en mi recuerdo personal de una tertulia con un grupo de estudiantes de historia de la Universidad Católica del Perú sobre Haya de la Torre en los años setenta. Agradezco al profesor Jeffrey Klaiber S. J. haber hecho posible aquel encuentro notable.

voluntad- lo esencial en un país «coloidal».¹⁴ La «traición» a la creencia original, por cierto, crea heréticos, resentidos y renegados. En Haya, acaso algunas de las críticas más duras vinieron de sus propios antiguos compañeros. Por ejemplo, Alberto Hidalgo en los años cincuenta hizo un llamado para rescatar al APRA del «oprobio» en que «su creador mismo» lo había sumido, «de idéntica manera que algunos cerdos fagocitan a sus vástagos», demandando, más aún, una ley que prohibiese el desempeño de «andróginos» y «pederastas» como dirigentes de partidos políticos.¹⁵ Tras la caída de Fujimori, cuando ya se hacía imposible seguir sosteniendo que Guzmán había sido suplantado, comenzaron asimismo a surgir desde dentro del senderismo las voces largamente reprimidas. Comparadas con las acciones heroicas de quienes murieron en las prisiones, orientadas a «combatir y resistir a los enemigos del pueblo», las huelgas de hambre del «Presidente Gonzalo» -según un viejo vocero senderista- buscan «que los gobernantes y la opinión pública sientan lástima y piedad por el prisionero». En veinte años de «guerra popular» -continuó-, «jamás un verdadero militante del PCP» ha recurrido a ellas. Más injurioso aún, el «camarada Feliciano» denuncia, en una entrevista reciente, «a ese psicópata que se endiosó con nuestra sangre y la del pueblo», que «se daba la gran vida en Lima» mientras otros se jugaban la suya. En suma, «un cobarde y un traidor».¹⁶ Los fundadores separados de sus frutos, el ídolo arrancado del pedestal: elemento inevitable en la historia de toda Iglesia.

¿Haya y Guzmán comparados? una propuesta inadmisibles, execrable, tanto para los apristas como para los senderistas. En la memoria oficial peruana, Haya está hoy considerado como un adalid de la democracia, incomparable, por cierto, con

14. Julio Cotler, comunicación personal. La versión criolla de esta afirmación corresponde a Abelardo Gamarra «El Tunante», quien en algún número de *La Integridad* de fines del siglo XIX afirmó que el Perú era una «mazamorra» aludiendo, como Cotler, a la dificultad de que cuajen los proyectos políticos. Buscando retratar la misma idea, Raúl Porras Barrenechea comparó a los partidos políticos con las panacas incaicas en crónica disputa de los bienes y el estatus de los incas fenecidos.

15. Alberto Hidalgo. *Por qué renuncié al Apra*, Lima 1954. p. 27 Y p. 29.

16. «Entrevista exclusiva con 'Feliciano'», en *Caretas*, abril 10, 2003.

el asesino «terrorista» Guzmán. En los años treinta o cuarenta, sin embargo, nadie era tan odiado ni estigmatizado como el fundador del aprismo. Baste revisar *El Comercio* de aquellos años. «Que nadie se escandalice -ha afirmado el reconocido ensayista peruano Hugo Neira-, pero sin el antecedente del aprismo no se entiende a Sendero, aunque Guzmán sea una versión chabacana y violenta del tribuno Haya a quien copia».¹⁷ Dos momentos de una misma tradición radical encarnada en *literati* compelidos a encontrar el instrumento para destruir el castillo feudal construido por trescientos años de colonialismo. «Perú oligárquico» para uno, «capitalismo burocrático» para el otro, la cuestión era cómo crear el instrumento para persuadir a los excluidos a tomar por asalto el sistema opresor. Haya encontró el material humano en una descollante generación de «pequeños burgueses» urbanos y dirigentes obreros inspirados por las revoluciones rusa y mexicana y por las luchas obreras y estudiantiles de las primeras décadas del siglo.¹⁸ Guzmán lo encontró en los jóvenes cholo-mestizos expelidos por la crisis del agro, la reforma agraria y la «descampesinización».¹⁹ Más que un partido, Haya creó una «comunidad emocional», base de una identidad de insólita duración. Sobre eso se erigió la organización que, a veces, hasta pareció desaparecer. La persistencia del aprismo no se entiende sin el martirologio, sin las catacumbas, sin la cárcel. Guzmán dirigió un alzamiento que para millones de peruanos fue una agresión contra todo lo que de civilidad puede haber en esta nación andina. Esa lucha la perdió en 1992, pero comenzó de inmediato una nueva cuyo objetivo inmediato era sobrevivir. ¿Dos guerras distintas o batallas de una misma guerra? Poca importa ahora. Lo cierto es que, esta segunda lucha, aunque

17. Hugo Neira. *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de lectura herética*, segunda edición. Lima. SIDEA, 1997, p. 420.

18. Sobre los orígenes del APRA. véase Steve Stein. *Populism in Peru: the emergence of the masses and the politics of social control*. Madison. University of Wisconsin Press. 1980.

19. Véase sobre el tema. Carlos Ivan Degregori. «Juventud rural peruana: entre los dos senderos». Seminario de Expertos sobre Juventud Rural, Modernidad, Democracia en América Latina, Santiago de Chile, octubre 1993. www.cinterfor.org.uy/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth/doc/notlibro27/

duela decirlo, no la ha perdido aún. Y ésta, como la anterior, encuentra sus más cumplidos aliados en los viejos males del Perú, en la crisis crónica de los partidos más inclinados a la lucha tribal que a hacer política en los pueblos y barriadas del Perú. En ambas, la prisión -ese espacio que supuestamente debería haber servido para neutralizar a los combatientes- ha tenido un papel fundamental. En el marco de una tradición radical que generó muchos efímeros proyectos de partidos, el APRA es la gran excepción. Sus ocho décadas de historia son un claro testimonio de ello. ¿Ocurrirá lo mismo con Sendero?

Bibliografía Citada

AGENCIA PERÚ

2002 «Testimonio de ex agente del comando Rodrigo Franco inculpa a Mantilla», mayo 19, 2002, en <http://www.agenciaperu.com/investigacion/2002/may/franco.htm>

AMES Rolando, Jorge DEL PRADO y otros

1988 *Informe al Congreso sobre los sucesos de los penales*. Lima.

ANDERLE, Adam

1985 *Los movimientos políticos en el Perú entre las dos guerras mundiales*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas.

ANDERSON, Jon Lee

1997 *Che. A revolutionary life*. Nueva York: Grove Press.

ANGELL, Alan

1982 «Classroom maoists: the politics of Peruvian schoolteachers under military government», en *The Bulletin of Latin American Research Review*, vol. 1, núm. 2, mayo, pp. 1-20.

ANÓNIMO

1922 «La verdad en la cuestión indígena» (Apuntes), Arequipa: Tip. S. Quiróz..

s/f «Una luz en las tinieblas de las cárceles del Perú: entrevista a la camarada Inés», en *Un mundo que ganar*, http://www.awtw.org/spanish/numero_anteriores/1999_25/PeruPrisonsINEZ-span25.htm

s/f «Rehenes de Fujimori: hablan desde sus celdas-tumbas», en <http://www.voz-rebelde.de/Chile4.htm>

1988 «Semblanza de Antonio Díaz Martínez (asesinado en el penal de Lurigancho, Lima, el 19 de junio de 1986) », en *Boletín Indigenista*, Barcelona, vol. 30, núm. 38, pp. 17-30.

2003 «Las razones de Morote», en *El Comercio*, marzo 3. <http://www.elcomerciope.com.pe/Noticias/Html/2003-03-2/TemaDia6806.html>

AQUÉZOLO, Manuel (recopilador)

1987 *La polémica del indigenismo*, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima: Mosca Azul Editores.

ALEGRÍA, Ciro. José María ARGUEDAS y otros

1969 *Primer encuentro de narradores peruanos*, Arequipa 1965, Lima: Latinoamericana Editores.

ALEGRÍA, Claribel

1996 *Tunnel to Canto Grande*. Willimantic, CT: Curbstone Press.

AMNESTY INTERNATIONAL

1987 «Disappearances, torture and summary executions by government forces after the prison revolts of June 1986», Londres. Amnesty International Publications.

AQUINO, Marco

2002 «Sendero Luminoso con nueva estrategia, pero viejo método en Perú», Agencia Reuters, mayo 30.

ARGUEDAS, José María

1981 «Razón de ser del indigenismo en el Perú», en *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México: Siglo XXI, pp. 183-197.

AYALA, José Luis

1990 *Yo fui canillita* de José Carlos Mariátegui (*Auto*) *Biografía* de Mariano Larico Yura. Lima: Kollao Editorial Periodística, pp. 165-66.

ARCE Borja, Luis (editor)

1989 *Guerra popular en el Perú (Pensamiento Gonzalo)*. Bruselas.

2002 «Plan Aluvión en los Andes y asesinato del Presidente Gonzalo», en *Nuevo Diario Internacional*, Bruselas, mayo 17.

s/f «RIM: revolution or counterrevolution?», <http://www.etext.org/Politics/MIM/ms/rimboIja.html>

2002 «Critica a las negociaciones de paz. Lucha armada en Colombia y Nepal», en *El Diario Internacional*, núm. 68, mayo 3. <http://www.geocities.com/CapitolHill/Congress/8062/critica.htm>

ARICÓ, José

1978 *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, selección y prólogo

ARROYO, Carlos

1989 «Los historiadores y lo andino», en Carlos Arroyo, *Encuentros: historia y movimientos sociales en el Perú*, Lima: Ediciones Memoria Angosta, pp. 23-43.

BASADRE, Jorge

1929 «Los hombres de traje negro», en *Letras*, vol. 1, núm. 1, pp. 29-59.

1978 *Apertura. Textos sobre temas de historia, educación, cultura y política escritos entre 1924 y 1977*. Lima: Ediciones Taller.

BÉJAR, Héctor

1973 *Las guerrillas de 1965: balance y perspectiva*. Lima: Ediciones PEISA.

BELÓN y Barrionuevo. C.F.

1945 *La industria ganadera del departamento de Puno y su economía social*, Arequipa.

BERENSON, Rhoda

2000 *Lori: my daughter wrongfully imprisoned in Peru*. Nueva York: Context Books. 2000.

BERG, Ronald H.

1986-1987 «Sendero Luminoso and the peasantry of Andahuaylas», en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 28, 4, invierno 1986-1987. pp. 165-196.

BLANCO, Hugo

1979 *Tierra o muerte. Las luchas campesinas en el Perú.*, tercera edición. México: Siglo XXI Editores.

BLANCHARD, Peter

1982 *The origins of the Peruvian labor movement*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

BOWEN, Sally y Richard BAUER

2000 *El expediente Fujimori: Perú y su presidente. 1990-2000*. Lima: Perú Monitor S.A.

BURGA Manuel y Alberto FLORES-GALINDO

1980 *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay Perú.

1997 Manuel Burga y Alberto Flores Galindo. «Feudalismo andino y movimientos sociales (1866-1965)», en *Obras completas*. vol. V, Lima, Sur, pp. 167-245.

BURGA, Manuel

1986 «Los profetas de la rebelión. 1920-1923 (imaginación y realidad en una sublevación andina)», en J.P. Deler e Y. Saint-Geours (compiladores), *Estados y naciones en los Andes (hacia una historia comparativa: Bolivia-Colombia-Ecuador-Perú)*, vol. 11. Lima, IFEA-IEP. pp. 465-517.

BUSTAMANTE, Juan

- 1849 *Apuntes y observaciones civiles, políticas y religiosas con las noticias adquiridas en este segundo viaje a la Europa por el peruano don Juan Bustamante*. París: Imprenta de Lacrampe y Cía.
- 1959 *Viaje al Antiguo Mundo*, prólogo y selección de Ricardo Arbulú.
Lima: Primer Festival del Libro Puneño.
- 1867 *Los indios del Perú*.

BUSTAMANTE y RIVERO, José Luis

- 1955 «Mensaje al Perú», Lima.

CÁCERES, Eduardo

- 1986 «Acerca de la construcción del Partido Mariateguista de masas en las condiciones del nuevo período político», en *Rocinante Mariateguista*, núm. 2, octubre.

«CAMARADA ARTEMIO»

- s/f «Carta del camarada Artemio», transcripción del Movimiento Popular Perú-Alemania, http://es.meetic.com/index_iespana.Htm

CAMERON, Maxwell A. y Philip MAUCERI

- 1997 *The Peruvian labyrinth: polity, society, economy*. University Park: Pennsylvania State University Press.

CAMPBELL, Leon G.

- 1973 «The historiography of the Peruvian guerrilla movement, 1960-1965», en *Latin American Research Review* 8 (1), pp. 45-70.

CARETAS

- 1995 El acuerdo de paz: letra muerta», julio 6.
- 1998 «La captura bajo una nueva luz», diciembre 10.
- 1999 «Los mil nombres de Artemio», agosto 19.
- 1999 ¿Qué pasó en Anapati?, octubre 7.
- 1999 «Ocultando errores», octubre 15.
- 2001 «Matanza olvidada», mayo 31.
- 2001 «Omisión de la verdad», julio 19.
- 2001 «Cartas en cadenas», febrero 21.
- 2002 «Cuando se llega al borde», marzo 14.

2002 «Video secreto. Abilnael se rindió sonriendo y Vladimiro se comió el jamón», mayo 9.

2002 «Comisión de la Verdad: las palabras del horror», julio 27.

2003 «Sendero en Comas», febrero 13.

2003 «Entrevista exclusiva con 'Feliciano'», abril 10.

CASTILLO Cruz, Aracelio

1972 «El movimiento popular de junio de 1969 (Huanta y Huamanga: Ayacucho) », tesis de doctor en sociología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, p.115.

CASTRO Arrasco, Dante

s/f «El ángel de la isla», en *Parte de combate*. <http://www.angelfire.com/dc/combate/index.html>

CASTRO Pozo, Hildebrando

1973 *Del ayllu al cooperativismo socialista*. Lima: Ediciones PEISA.

COLBURN, Forrest D.

1994 *The vogue of revolution in poor countries*. Princeton: Princeton University Press.

COMANDO CONJUNTO DE LAS FUERZAS ARMADAS

1986 «Informe de los sucesos ocurridos en los penales», julio 2, en *Informe al Congreso sobre los sucesos de los penales*, pp. 338-362.

COMITÉ INTERNACIONAL DE EMERGENCIA PARA DEFENDER LA VIDA DEL DOCTOR ABIMAEI GUZMÁN

s/f «¡Aprovechar el momento para romper el aislamiento del doctor Abimael Guzmán (Presidente Gonzalo)!», http://rwor.org/a/v22/1090-99/1092/iec_s.htm

«COMRADE PRACHANDA»

2003 «Red flag flying on the roof of the world. Inside the revolution in Nepal: interview with Comrade Pachandra», Chicago. RCP Publications.

CONGRESO DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

2001 Primera Legislatura Ordinaria, 2001. Transcripción del audio núm. c-72, «Suecia» del 25 de septiembre 1995, www.elcomerciope.com.pe/EcEspe/html/montesinos/videoSuecia.html

2001 Primera Legislatura Ordinaria, 2001. Transcripción del audio núm. c-72 - «Morote-dr- motín de Yanamayo-Puno» del 7 de febrero del 2000, conversación telefónica, <http://www.elcomerciope.com.pe/EcEspe/html/montesinos/videoSuecia.html>.

CONTRERAS, Carlos

1996 «Maestros, mistis y campesinos en el Perú rural del siglo XX-», Documento de Trabajo núm. 80, Lima, IEP .

CONTRERAS, Carlos y Jorge Bracamonte

1988 «Rumi Maqui en la sierra central. Documentos inéditos de 1907», Documento de Trabajo núm. 25, Lima: IEP.

COORDINADORA NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS

1998 «La situación de los derechos humanos en el Perú», Lima.

COMITÉ DE PRISIONEROS POLÍTICOS y PRISIONEROS DE GUERRA DEL PCP, LTC-YANAMAYO

2002 «Al proletariado y pueblo peruano. A la opinión pública nacional e internacional», febrero 11, http://www.bandera-roja.com/yana2_2002.htm

CORNEJO Polar, Antonio

1989 *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP.

COTLER, Julio

1994 *Política y sociedad en el Perú. Cambios y continuidades*. Lima: IEP.
s /f El descubrimiento de la democracia en América Latina- (manuscrito).

COTLER, Julio y Romeo GROMPONE

2000 *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima: IEP.

CRISTÓBAL, Juan

1985 *¡Disciplina compañeros!* Lima: Ediciones Debate Socialista.

CUADROS, Carlos Ferdinand

1990 *La vertiente cusqueña del comunismo peruano*. Lima: Editorial Horizonte.

CHANDUVÍ Torres

1988 *El Apra por dentro: lo que hice, lo que vi y lo que sé*. Lima.

CHAVARRÍA, Jesús

1970 «The intellectuals and the crisis of modern Peruvian nationalism: 1870-1919», en *Hispanic American Historical Review*, 50: 2, mayo, p. 257-278.

DE LA CADENA, Marisol

2000 *Indigenous mestizos: the politics of race and culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*. Durham y Londres: Durham University Press.

DE LA JARA Basombrío, Ernesto

2001 *Memoria y batallas en nombre de los inocentes del Perú*. Lima: Instituto de Defensa Legal, 2001.

DE LA PUENTE Uceda, Luis

1965 «The Peruvian revolution: concepts and perspectives», en *Monthly Review*, noviembre, pp. 12-42.

DE LAS CASAS, Luis F.

1981 *El sectario*. Lima: Centro de Investigaciones y Capacitación.

DE SOTO, Hemando

1986 *El otro sendero*. Lima.

s/f «¿Violencia o el otro sendero?», http://www.ileperu.org/contenido/Articulos/elotrosendero_desoto.htm

DEFENSORÍA DEL PUEBLO

1999 «Informe sobre el establecimiento penitenciario de Yanamayo, Puna», 1999, <http://www.ombudsman.gob.pe/informes/Yanamayo.pdf>.
s/f Tercer informe anual 1999-2000, <http://www.ombudsman.gob.pe/cap5-52.htm>

DEGREGORI, Carlos Iván

1986 *Ayacucho: raíces de una crisis*. Ayacucho: Instituto de Estudios Regionales José María Arguedas.
1990-91 «A dwarf start», en *NACLA, Report on the Americas*, vol. XXN, núm. 4, diciembre-enero, pp. 10-16.
1990 «La revolución de los manuales: la expansión del marxismo-leninismo en las ciencias sociales y la génesis de Sendero Luminoso», en *Revista Peruana de Ciencias Sociales* 2 (3), septiembre-diciembre, pp. 103-125.
1990 *El surgimiento de Sendero Luminoso: Ayacucho, 1969-1979*. Lima: IEP.
1993 «Juventud rural peruana: entre los dos senderos», Seminario de Expertos sobre Juventud Rural, Modernidad, Democracia en América Latina, Santiago de Chile, octubre, www.cinterfor.org.uy/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth/doc/not/libro27/
2000 *La década de la antipolítica, Auge y huída de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima: IEP.
s/f «El sorprendente colapso de Sendero Luminoso.» (manuscrito)

DEGREGORI, Carlos Iván y otros

1996 *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima: IEP.

DESAI Raj y Harry ECKSTEIN

1990 «Insurgency. The transformation of peasant rebellion», en *World Politics*, vol. XLII, núm. 4, julio, pp. 441-465.

DESCO

1992 «Reporte especial de violencia política», núm. 20, diciembre.

DEUSTUA, José y Alberto FLORES-GALINDO

s/f «Los comunistas y el movimiento obrero», en Alberto Flores-Galindo, *Obras completas*, vol. 1, pp. 137-179.

DÍAZ Martínez, Antonio

1969 *Ayacucho: hambre y esperanza*. Ayacucho: Ediciones Waman Puma. 1978 *China: la revolución agraria*. Lima: Mosca Azul Editores.

DIRLIK, Arif

1989 *The origins of Chinese communism*. Nueva York: Oxford University Press.

ESCAJADILLO, Tomás

1994 *La narrativa indigenista peruana*. Lima: Amaru Editores.

1990 «Scorza antes del último combate», en *Hispanica* 55, abril, pp. 51-72.

FERNÁNDEZ Alonso, Serena

1963 «Las montoneras como expresión política armada en el camino hacia la constitucionalidad del Perú republicano. Siglo XIX», en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo I, número 1, pp. 163-180.

FERRERO, Raúl

1958 *El liberalismo peruano. Contribución a una historia de las ideas*. Lima: Biblioteca de Autores Peruanos.

FIORAVANTI, Eduardo

1974 *Latijundismo y sindicalismo agrario en el Perú*. Lima: IEP.

FLORES-GALINDO, Alberto

1980 *La agonía de Mariátegui*, Lima: DESCO, 1980.

- 1988 *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, tercera edición. Lima: Editorial Horizonte.
- 1996 «La nueva izquierda: sin faros ni mapas», en Alberto Flores-Galindo. *Obras completas*, tomo IV, Lima, CONCYTEC-Sur, pp. 117-124.
- 1993 *Los mineros de Cerro de Pasco, 1900-1930. Un intento de caracterización social*, en Alberto Flores-Galindo. *Obras completas*. tomo 1, Lima, Fundación Andina-SUR.

FRANCO, Carlos

- 1991 «Impresiones del indigenismo», en *La otra modernidad (imágenes de la sociedad peruana)*. Lima, CEDEP, pp. 57-77.

FUMERTON, Mario

- 2001 «Rondas campesinas in fue Peruvian civil war: peasant self-defence organisations in Ayacucho», en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 20, núm. 4, octubre.

GAMARRA, Abelardo

- 1973 *Ciudad de pelagatos*. Lima: Ediciones PEISA.

GAMARRA, Jeffrey

- 1992 «Estado, modernidad y sociedad regional: Ayacucho 1920-1940», en *Apuntes* 31, segundo semestre. pp. 103-114.

GAMARRA Romero, Juan Manuel

- 1987 *La reforma universitaria. El movimiento estudiantil de los años 20 en el Perú*. Lima: Okura Editores.

GARCÍA, José Uriel

- 1937 *El nuevo indio. Ensayos indianistas sobre la sierra surperuana*, segunda edición corregida. Cuzco: H.G. Rozas Sucesores.

GARCÍA Salvatecci, Hugo

- 1990 *Visión de un apóstol: pensamiento del maestro González Prada*, prólogo de Luis Alberto Sánchez. Lima: EMISA Editores.

GARCÍA Sayán, Diego

2001 «Declaraciones del ministro de Justicia», en *El Comercio*, marzo 1.

GHOSH, Amitav

2003 «The anglophone empire», en *The New Yorker*, abril 4,
<http://www.newyorker.com/printable/fact/030407fa/act2>

GLAVE, Luis Miguel

1990 «Los campesinos leen su historia: un caso de identidad recreada y creación colectiva de imágenes (los comuneros canas 1920-1930)», en *Revista de Indias*, vol. I, núm. 190, pp. 809-849.

GLAVE, Luis Miguel y Jaime Urrutia

2001 «Radicalismo político en elites regionales: Ayacucho 1930-1956», en *Debate Agrario* 31, agosto, pp. 1-37.

GONZÁLEZ, Osmar

1996 *Sanchos fracasados: los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima: Ediciones PREAL.

1999 *Señales sin respuesta. Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú, 1968-1989*. Lima.

GONZÁLEZ, Raúl

1992 «Entrevista», en *Idéele*, núm. 36, abril, pp. 15-20.

1990 «Sendero: duro desgaste y crisis estratégica», en *Quehacer*, núm. 64, mayo-junio, pp. 8-15.

GONZÁLEZ Prada, Adriana de

1947 *Mi Manuel*. Lima: Editorial Cultura Antártica S.A.

GONZÁLEZ Prada, Manuel

1969 «El intelectual y el obrero», en *Horas de lucha*, Lima, Ediciones PEISA, pp. 51-60.

GORRITI, Gustavo

1990 *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*. Lima: Editorial Apoyo.

1994 «El Svengali de Fujimori: Montesinos el traidor de la democracia peruana», en *La República*, julio 4.

1992 «Shining Path's Stalin and Trotsky» en David Scott Palmer, editor, *Shining Path of Peru*, New York: Sto Martin's Press, pp. 149-169.

GRANADOS, Manuel Jesús

1981 «La conducta política: un caso particular», tesis de bachillerato en antropología, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, p. 77.

GRENIER, Yvon

1999 *The emergence of insurgency in El Salvador: ideology and political will* Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.

GUADALUPE, César

1989 «El Partido Comunista Peruano de 1930 a 1942 ¿El período de Ravines?», en *Debates en Sociología*, vols. 12-14, pp. 101-128.

GUTIÉRREZ, Julio C.

1986 *Así nació el Cuzco rojo*. Cuzco 1986.

GUZMÁN Reinoso, Abimael («Presidente Gonzalo»)

1973 De A. Guzmán al señor ingeniero José Díaz Flores, Lima, 8 de mayo. Carta mecanografiada.

s/f «Entrevista con el Presidente Gonzalo», Lima 1988, http://www.blythe.org/peru-pcp/docs_sp/entrevis.htm

2001 «Sobre el estudio de las ciencias», en *¡Unimos! Revista sobre Ideología, Política y Cultura*, año 1, núm. 1, octubre, pp. 27-30.

s/f «Acerca de la historia del proletariado internacional» (en conmemoración a su octavo aniversario), [lycos.de/mppa/html/body_acerca_de_la_historia_de_prol.html](http://www.lycos.de/mppa/html/body_acerca_de_la_historia_de_prol.html) mitglied.

s/f «Notas del Presidente Gonzalo. Escritos desde la prisión», 1999, en www.csrp.org/espanol/

HANDELMAN, Howard

1974 *Struggle in the Andes: peasant political mobilization in Peru*. Austin: University of Texas Press, 1974.

HARDING, Colin

- 1988 «Antonio Díaz Martínez and the ideology of Sendero Luminoso», en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 7 (1), 1988, pp. 65-73.

HAYA de la Torre, Víctor Raúl

- 1984 *Obras completas*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca. 1925 «Carta a un universitario argentino», Londres, junio, en *Obras completas*, tomo 1, pp. 80-89.
- 1925 «Discurso del 12 de noviembre de 1933», en *Obras completas*, vol. 5, pp. 153-160.
- 1925 «Cartas a los prisioneros apristas», en *Obras completas*, vol. 7.
- 1987 *Después de mi muerte... la victoria, veinte reportajes, un testimonio*. Lima: Okurra Editores, pp. 26-31 (originalmente publicado en 1934).

HINOJOSA, Iván

- s/f «Sobre parientes pobres y nuevos ricos: las relaciones entre Sendero Luminoso y la izquierda radical peruana», en S. Stem (editor), *Los senderos insólitos del Perú*, pp. 73-92.
- 1994 «El retorno de Mariátegui (después del diluvio)», en *Quehacer* 88, mayo-abril, pp. 87-91.

JACOBSEN, Nils

- 1989 «Civilization and its barbarism. The inevitability of Juan Bustamante's failure», en Judith Ewell y William H. Beezley (editores), *The human tradition in Latin America. The nineteenth century*, Wilmington, Delaware, SR Books, pp. 82-102.

JIMÉNEZ Bacca, Benedicto

- 2000 *Inicio, desarrollo y ocaso del terrorismo en el Perú*, 2 vols. Lima.

KAPSOLI, Wilfredo

- 1980 *El pensamiento de la Asociación Pro-Indígena*. Cuzco: Centro Bartolomé de las Casas.
- 1984 *Ayllus del sol. Anarquismo y utopía andina*. Lima: Ediciones Tarea.

KIRK, Robin

1993 *Grabado en piedra. Las mujeres de Sendero Luminoso*. Lima: IEP.

KLAIBER, Jeffrey L.

1975 «The popular universities and the origins of Aprismo, 1921-1924», en *Hispanic American Historical Review* 55 (4). noviembre, pp. 693-715.

KNIGHT, Alan

1990 «Social revolution: a Latin American perspective», en *Bulletin of Latin American Research* 9: 2, p. 175-202.

LAUER, Mirko

1997 *Andes imaginarios. Discursos del indigenismo 2*. Lima: SUR-CBC.

LEIBNER, Gerardo

1997 «Pensamiento radical peruano: González Prada, Zulen, Mariátegui». en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, vol. 8, núm. 1, enero-junio, pp. 1128.

s/f «Radicalism and integration: the Tahuantinsuyu Committee experience and the indigenismo of Leguía reconsidered, 1919-1924» (manuscrito).

1999 *El mito del socialismo indígena de Mariátegui*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

LETTS, Ricardo

1981 *La izquierda peruana. Organizaciones y tendencias*. Lima: Mosca Azul Editores.

LÉVANO, César

1966 «Lessons of the guerrilla struggle in Peru», en *World Marxist Review* 9. pp. 44-51.

1998 «La captura bajo una nueva luz», en *Caretas*, diciembre 10. <http://www.caretas.com.pe/1998/1533/captura/captura.htm>

LIBÓN, Oscar

2000 «Así fue el motín en Yanamayo», en *La República*, febrero 11.

LOAYZA, Luis

1990 *Sobre el novecientos*. Lima: Hueso Húmero.

LOAYZA Galván, Francisco

1998 *El rostro oscuro del poder*. Lima: San Borja Ediciones S.A.

LÓPEZ, Sinesio

1991 *El dios moral. Estado, sociedad y política en el Perú en el siglo XIX*. Lima: Instituto Democracia y Socialismo.

LYNCH, Nicolás

1990 *Los jóvenes rojos de San Marcos*. Lima: El Zorro de Abajo Ediciones, 1990.

MANRIQUE, Nelson

1981 *Las guenillas indígenas en la guerra con Chile*. Lima: Centro de Investigación y Capacitación.

1988 *Yawar Mayu: sociedades terratenientes serranas 1879-1910*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos-DESCO.

1995 «La cuarta espada y los senderos que se bifurcan», en *Márgenes*, núm. 13-14, noviembre, pp. 11-42.

1999 «Clorinda Matto y el nacimiento del indigenismo literario (Aves sin nido cien años después)», en *La piel y la pluma. Escritos sobre literatura; etnicidad y racismo*, Lima, CIDIAG-SUR, pp. 29-58.

2002 *Tiempo del miedo. La violencia política en el Perú 1980-1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

MAO Tse- Tung

1968 «Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Hunan», en *Obras escogidas de Mao Tse-Tung*, primera edición, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, tomo 1, pp. 19-59.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1994 *Mariátegui total*. Lima: Empresa Editora Amauta. 1917 «Minuto solemne (voces) », 25 de abril, en *Mariátegui total*, pp. 2901-2903.

1924 «Lo nacional y lo exótico», en *Mariátegui total*, pp. 289- 291.

MARTÍNEZ, Maruja

1997 *Entre el amor y la furia*. Lima: Sur, 1997.

McCLINTOCK, Cynthia

1998 *Revolutionary movements in Latin America (El Salvador's FMLN & Peru's Shinning Path)*. Washington, D.C.: US Institute of Peace Press.

McEVOY, Carmen

1997 *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1999 «Entre la nostalgia y el escándalo: Abraham Valdelomar y la construcción de una sensibilidad moderna en las postrimerías de la República Aristocrática», en *Forjando la nación. Ensayos de historia republicana*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú y The University of the South, pp. 247-313.

1999 «Indio y nación: una lectura política de la rebelión de Huancané, 1866-1868», en *Forjando la nación. Ensayos de historia republicana*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú y The University of the South, pp. 61-118.

MILOSLAVICH Tupac, Diana

1998 *Autobiography of Maria Elena Moyano: the life and death of a Peruvian activist*. Miami: University Press of Florida.

MILLER, Rory

s/f «The making of the Grace contract: British bondholders and the Peruvian government, 1885-1890», en *Journal of Latin American Studies*, vol. 8, núm. 1, pp. 73-100.

s/f «La oligarquía costeña y la República Aristocrática en el Perú, 1895-1919», en *Revista de Indias*, 1988, vol. XLVIII, núm. 182-183.

MOROTE Barrionuevo, Osmán

2002 «Testimonio para la Comisión de la Verdad y Reconciliación», junio.

2002 Entrevista con el autor en la prisión de Yanamayo, Puno, junio 18. 2002.

MOROTE Durand, Elena

s/f «Carta enviada desde la prisión de máxima seguridad para mujeres de Chorrillos en Lima-Perú por Elena Morote», en <http://www.amazon.de/exec/obidos/tg/browse/-/301128/%3Fsite-redirect%3Dde/3021982022-8103231>

MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

1963 «Manifiesto de Chiclayo-Segunda Declaración de La Habana», Lima, Ediciones Voz Rebelde.

MOVIMIENTO POPULAR PERÚ

s/f «El fracaso de operación acuerdo de paz», www.blythe.org/peru-pp/misc/paz.htm

MUCRE, Ulrich

2000 «El liberalismo peruano después de Ramón Castilla: ideario y política de Manuel Pardo», en *Homenaje a Félix Denegri Luna*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000, pp. 558-570.

NALEWAJKO, Malgorzata

1995 *El debate nacional en el Perú (1920-1933)*. Varsovia.

NEIRA, Hugo

1983 «El pensamiento de José Carlos Mariátegui: los «mariateguismos»», en *Socialismo y Participación* 23, septiembre, pp. 55-76.

1997 *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de lectura herética*, segunda edición. Lima: SIDEA.

NICKSON, R. Andrew

1992 «Democratisation and the growth of communism in Nepal: a Peruvian scenario in the making?», en *Journal of Commonwealth and Comparative Politics*, vol. 30, núm. 3, noviembre, pp. 358-386.

NIETO Montesinos, Jorge

1983 *Izquierda y democracia en el Perú, 1975-1980*. Lima: DESCO.

s/f «¿Vieja o nueva izquierda?», en Alberto Adrianzén (editor), *Pensamiento político*.

1986 «Haya, Mariátegui y el comunismo latinoamericano: 1926-1928», en *Socialismo y Participación* 35, septiembre, pp. 49-69.

OBÍN, Manuel Jesús

1901 *Política peruana. Hombres y cosas. Apuntes de nuestro «Album Memorial». La revolución de 1894-1895. Reminiscencias y revelaciones*. Lima: Imprenta de «El País».

ORBEGOSO, Manuel Jesús

1989 «Un rebelde con causa (entrevista a Luis de la Puente Uceda)», en MJO-Entrevistas, Lima.

PACHECO Vélez, César

1993 «El proyecto nacional de V.A. Belaúnde y su generación», en *Ensayos de simpatía. Sobre ideas y generaciones en el Perú del siglo XX*, Lima, Universidad del Pacífico, 1993, pp. 237-284.

PALMA, Ricardo

1979 *Cartas a Piérola sobre la ocupación chilena de Lima*. Lima: Editorial Milla Batres.

PARIS, Robert

1983 «Mariátegui y Gramsci: prolegómenos a un estudio contrastado de la difusión del marxismo», en *Socialismo y Participación* 23, septiembre, pp. 31-54.

PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ (PCP)

- 1977 «Prisioneros de guerra penal de Yanamayo», febrero 1977, <http://www.geocities.com/pcpmlmpg/docy.html>
- 1986 «Nada ni nadie podrá derrotarnos», junio.
- 1987 «Dar la vida por el partido», junio.
- 1987 «4 de octubre 'Día del Prisionero de Guerra'», <http://www.blythe.org/peru-pcp/Diario/ocprison.htm>. y Presidente Gonzalo, «Dar la vida por el partido», junio.
- 1989 «Retornemos a Mariátegui y reconstituamos su partido (1975)», en Luis Arce Borja (editor), *Guerra popular en el Perú (Pensamiento Gonzalo)*, Bruselas, pp. 59-91.
- 1989 «No votar: sino generalizar la guerra de guerrillas para conquistar el poder para el pueblo», en Luis Arce Borja (editor), *Guerra popular en el Perú (Pensamiento Gonzalo)*, Bruselas, pp. 208-216.
- 1989 «Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial (agosto 1986)», en Luis Arce Borja (editor), *Guerra popular en el Perú (Pensamiento Gonzalo)*, Bruselas, pp. 219-304.
- 1990 «¡Día de la heroicidad! Tercer aniversario», junio. -¡Elecciones, no, guerra popular, sí!»,
- 1990 «¡Construir la conquista del poder en medio de la guerra popular!», en PCP,
- 1991 «Sobre las dos colinas», documento de estudio para el balance de la III campaña.
- 1991 «¡Construir la conquista del poder en medio de la guerra popular!», II Pleno del Comité Central, Sesión Preparatoria, febrero, http://www.blythe.org/perupcp/docs_sp/iipleno.htm
- 1993 «¡Asumir y combatir por la nueva gran decisión y defInición!», octubre, www.geocities.com/comunismoperu/asumir93.htm
- s/f «Cronología del genocidio de junio. Luminosa Trinchera de Combate de El Frontón».
- s/f «¡Férrea resistencia feroz! (testimonios gráFicos) ».
- s/f «Defensa del izquierdismo», Ediciones Bandera Roja, http://www.geocities.com/pcp_banderaJoya/02deba/correo/16joaquin.html.

- 2000 «¡Defender la trascendencia e invencibilidad de la Guerra Popular!», Luminosa Trinchera de Combate de Yanamayo, mayo.
- 2002 «¡Desarrollar la segunda ola del movimiento popular por conquistas, beneficios, derechos y libertades democráticas y luchad por la II Reconstrucción del Partido Comunista del Perú!», mayo.

PÁSARA, Luis

- 1987 «La 'libanización' en democracia», en Luis Pásara y Jorge Parodi, *Democracia, sociedad y gobierno en el Perú*, Lima, Centro de Estudios de Democracia y Sociedad, pp. 17-52.
- 1986 *Radicalización y conflicto en la Iglesia peruana*. Lima: Ediciones El Virrey.

PELÁEZ, Vicky

- s/f «Morir en Canto Grande», en *Revista Poética Almacén*, www.librodenotas.com

PÉREZ Guadalupe, José Luis

- 1994 *Faites y atorrantes. Una etnografía del penal de Lurigancho*. Lima: Centro de Investigaciones Teológicas.

PINTO, Willy F.

- 1985 *Manuel Gonzalez Prada: profeta olvidado (seis entrevistas y un apunte)*, segunda edición. Lima: Editorial Cibeles.

PLANAS, Pedro

- 1986 *Los orígenes del APRA: el joven Haya*, segunda edición. Lima: Okura Editores.
- 1994 *La República Aristocrática*. Lima: Fundación F. Ebert.
- 1994 *El 900. Balance y recuperación*. Lima: CITDEC.

PLANAS, Pedro y Hugo VALLENAS

- 1990 «Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo (aportes para una contextualización del pensamiento de Haya de la Torre)», en Raúl Chanamé, Pedro Planas, Hugo Vallenas, María Teresa Quiróz, *Vida y obra de Victor Raúl Haya de la Torre*, Lima, Instituto Cambio y Desarrollo, pp. 96-220.

POOLE Deborah A. y Gerado RÉNIQUE

1992 *Peru: time of fear*. Londres: Latin America Bureau.

POOLE, Deborah A.

1990 «Ciencia, peligrosidad y represión en la criminología indigenista peruana», en Carlos Aguirre y Charles Walter, *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, pp. 335-367.

PORTOCARRERO, Gonzalo

1998 *Razones de sangre*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

PORTOCARRERO Gonzalo y Patricia OLIART

1989 *El Perú desde la escuela*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

PRADO, Jorge DEL

1997 «Testimonio de parte», en *Quehacer* 109, septiembre-octubre.

PRIMERA CONVENCION DE ORGANIZACIONES y MASAS POR UNA AUTÉNTICA COMISION DE LA VERDAD

2001 «Mociones presentadas por la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Víctimas del Genocidio», Lima, agosto.

PRISIONEROS POLÍTICOS Y PRISIONEROS DE GUERRA DEL PCP

2002 «¡Rechazamos la nueva concentración de prisioneros políticos en el penal de Yanamayo!», diciembre 13, www.indymedia.ch/mix/2002/j2380.shtml 12

PUMARUNA, Américo (Ricardo Letts)

1967 «Perú: revolución, insurrección y guerrillas», en *Pensamiento Crítico*, La Habana, vol. 1, febrero, pp. 74-128.

QUIJANO, Aníbal

1995 *El fujimorismo y el Perú*. Lima: SEDES.

RANQUE, Axel

1992 «Les origines et les divisions des partis maoïstes péruviens dans les années 1960», memoria de maestria en historia, Universidad de Paris 1, septiembre.

RATLIFF, William E.

1969 «Chinese communist cultural diplomacy toward Latin America, 1949-1960», en *Hispanic American Historical Review*, vol. 49 (1), pp. 53-79.

RÉNIQUE, José Luis

1988 «La utopía andina hoy», en *Debate Agrario* 2, junio pp. 131-45.

1990 «¡Mueran los gringos, viva la huelga! Los mineros de la Cerro de Pasco Corporation en 1930», en *Márgenes* 4, marzo, pp. 241-267.

1991 «La batalla por Puno: violencia y democracia en la sierra sur del Perú», en *Debate Agrario* 10, marzo, pp. 83-108.

1990-91 «The revolution behind bars», en *NACLA, Report on the Americas*, vol. XXN (4), diciembre-enero, pp. 17-19.

1991 *Los sueños de la sierra*. Lima: CEPES.

1997 «Flores Galindo y Vargas Llosa: un debate ficticio sobre utopías reales», en *Ciberayllu*, <http://www.andes.missouri.edu>

1994 «The state and fue struggle for land in the southern highlands of Peru», en Deborah A. Poole y Christiane Paponnet-Cantat (editores), *Unruly order. Violence, power and regional identity in the Andes*, Boulder, Colorado, Westview Press, pp. 223-246.

1998 «Apogee and crisis of a 'third path': mariateguismo, 'people's war,' and counterinsurgency in Puna, 1987-1994", en Steve Stern (editor). *Shining and other paths. War and society in Peru, 1980-1995*, Durham Londres, Duke University Press, pp. 307-338.

2002 «De literati a socialista: el caso de Juan Craniqueur, 1911 -1919», en Javier Flores Espinoza y Rafael Varan Gabai (editores), *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G. Y.*, Lima, Pontificia Universidad Católica, pp. 157-178.

REVOLUTIONARY INTERNATIONAL MOVEMENT

1993 «Long live marxism-leninism-maoism!», diciembre 26.

REYNA, Carlos

2000 *La anunciación de Fujimori. Alan García 1985-1990*. Lima: DESCO.

ROBERTS, Kenneth M.

1998 *Deepening democracy? The modern left and social movements in Chile and Peru*. California: Stanford University Press.

ROCA, Erasmo

1935 *Por la clase indígena*. Lima.

ROCHABRÚN, Guillermo (editor)

2000 *La mesa redonda sobre Todas las sangres*, segunda edición. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Pontificia Universidad Católica.

ROSPIGLIOSI, Fernando

1999 «Ocultando errores», en *Caretas*, octubre 15,
<http://www.caretas.com.pe/1999/1589/controversias/controversias.htm>OSI

2000 *Montesinos y las Fuerzas Armadas*. Lima: IEP.

SÁNCHEZ, Luis Alberto

1977 *Nuestras vidas son los ríos: historia y leyenda de los González Prada*.
 Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Dirección Universitaria
 de Biblioteca y Publicaciones.

1979 *Haya de la Torre o el político. Crónica de la vida sin tregua*, tercera
 edición. Lima: 1979.

SANDERS, Karen

1997 *Nación y tradición. Cinco discursos en tomo a la nación peruana 1885-1930*. Lima: Pontificia Universidad Católica-Fondo de Cultura Económica.

SELBIN, Eric

1993 *Modern Latin American revolutions*. Boulder: Westview Press.

SEOANE, Juan

1937 *Hombres y rejas*. Santiago de Chile: Ercilla, 1937.

SCORZA, Manuel

1979 «Sobre la irrealidad total, he puesto la realidad absoluta», entrevista inédita (1979). <http://www.ucm.es/info/especulo/numero7/scorza.htm>

SEGUNDA CONVENCIÓN NACIONAL DE ORGANIZACIONES Y MASAS POR LA AUTÉNTICA VERDAD HISTÓRICA

2003 Mociones y agenda. febrero, <http://www.afadevig.com>

SMITH, Michael L.

1992 *Entre dos fuegos, ONG, desarrollo rural y violencia política*. Lima: IEP.

STEIN, Steve

1980 *Populism in Peru: the emergence of the masses and the politics of social control*. Madison: University of Wisconsin Press.

STERN, Steven J. (editor)

1999 *Los senderos insólitos del Perú. Guerra y sociedad, 1980-1995*. Lima: IEP-Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

TAMAYO Herrera, José

1978 *Historia del indigenismo cuzqueño republicano*. Lima. 1982 *Historia social e indigenismo en el altiplano*. Lima: Editorial Treintatrés.

TAPIA, Carlos

2000 «Declaraciones», en *La República*, febrero 19.

TERÁN, Óscar

1985 *Discutir Mariátegui*. Puebla: Editorial Autónoma de Puebla, 1985.

THORNDIKE, Guillermo

1991 *Los topos. La fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande*. Lima: Mosca Azul Editores.

TOCILOVAC, Goran

1975 *La comunidad indígena y Ciro Alegría: un estudio de El mundo es ancho y ajeno*. Lima: Ediciones de la Biblioteca Universitaria.

TOCHE, Eduardo

1999 «WWW Sendero.org», en *Quehacer*. núm. 120, septiembre-octubre.

TOLENTINO, Edgard Pedro

2001 «No queremos trasladarlos sino matarlos como perros. Testimonio sobre el genocidio del 6, 7, 8 Y 9 de mayo de 1992 en el penal de Canto Grande. Lima-Perú», en *Unimos. Revista sobre Ideología., Política y Cultura*, núm. 1, octubre.

TUESTA Soldevilla, Fernando y Aldo PANFICHI

1996 *Los enigmas del poder: Fujimori 1990-1996*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.

URQUIAGA, José

1977 *Indios (Puno 1916)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Seminario de Historia Rural Andina, 1977.

VALCÁRCEL, Luis E.

1927 *Tempestad en los Andes*. Lima: Biblioteca Amauta. 1981 *Memorias*. Lima: IEP.

VÁSQUEZ, Emilio

1976 *La rebelión de Juan Bustamante*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

VALENCIA Quintanilla, Félix

1974 *La semifeudalidad en el Perú y la supuesta predominancia capitalista de Rodrigo Montoya*. Lima.

VÉLIZ, Ana

2003 «Todo se negoció en sótanos del SIE», en *La República*, marzo 16.

VICH, Cynthia

2000 *Indigenismo de vanguardia en el Perú. Un estudio sobre el Titikaka*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Boletín

VIDAL, Ana María

1993 *Los decretos de la guerra*. Lima: IDS, 1993.

VILLARÁN, Manuel Vicente

1962 «Condición legal de las comunidades indígenas», en *Páginas escogidas*, Lima, pp. 3-8.

WIENER, Raúl A.

1996 *Fujimori, el elegido del pueblo: balance del proceso político en el Perú*. Lima.

WISE, David O.

1983 «La consagración de González Prada: maestros y epígonos, 1918-1931», en *Cuadernos Americanos*, vol. 250, núm. 5, pp. 136-172.

Diagramado en el

Instituto de Estudios Peruanos por:

Rosy Castro Mori Impreso en los talleres gráficos
de

Tarea Asociación Gráfica Educativa

Psje. Maria Auxiliadora 156 - Breña Teléfono: 424-
8104 / 332-3229

E-mail: tareagrafica@terra.com.pe